

REVISTA CONTEMPORÂNEA



36940X

REVISTA

CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

RAFAEL ALVAREZ SEREIX

AÑO XXIV—TOMO CXII

OCTUBRE—NOVIEMBRE—DICIEMBRE 1898

(DERECHOS RESERVADOS)



DIRECCIÓN

Huertas, núm. 41, tercero.

ADMINISTRACIÓN

Pizarro, núm. 17, principal.

MADRID



MADRID, 1898

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

DOS CARTAS DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ

Corrían los últimos años del siglo XVIII: empuñaba el centro de la monarquía española el bondadoso Carlos IV, cuyas fuerzas morales é intelectuales eran impotentes para sostener su gran peso: estaba al frente de los Ministerios el anciano Conde de Floridablanca: era el árbitro de las voluntades del Real Alcázar *Manolito*; aquel tan gallardo mozalbete, que de humilde, aunque no honrado, hidalgo extremeño había llegado á ser Duque de la Alcudia, Grande de España, y qué sé yo cuántas cosas más. La vecina república, entonces como ahora y como siempre, deseosa de disponer de nuestros destinos, andaba buscando el medio de lograr lo que nunca ha podido, y no sé si podrá algún día. Pero como las conquistas por medio de las armas hayan sido siempre sumamente difíciles, trató de ver si por la intriga ó por cualquier otro medio, de los que no son legales, podía llegar á conseguirlo.

La opinión común, que unas veces acierta y otras yerra, es que Francia encontró el camino que buscaba, y que éste fué el alma corrompida y baja de D. Manuel Godoy. Él se vindicó después de esta acusación; pero es lo cierto que estaba saturado de las ideas que dieron origen á la revolución francesa, que su casa era el punto de reunión de varios literatos afrancesados y que él fué quien entregó la patria á los enemigos.

Nada, sin embargo, mejor que los hechos probará lo que en esto haya de verdad. Cuando las naciones de Europa se coligaron para sofocar en Francia la revolución, que tanta sangre inocente derramó sin más objeto que derramarla, el Conde de Floridablanca hizo que España entrara en la liga; pero D. Manuel Godoy atizó contra él la envidia del Conde de Aranda, partidario de la paz con los sanguinarios secuaces

de Robespierre. Hizo, pues, que Aranda subiera al ministerio porque era partidario de la paz; pero por esta misma causa le derribó, encumbrándose él mismo para continuar la guerra, como así sucedió, por algún tiempo, hasta que, hallando coyuntura, se separó de Inglaterra é hizo paz y alianza con Francia, condecorándose á sí mismo con el título de Príncipe de la Paz. Era esto en 1795.

En los años anteriores, siendo ya ministro Godoy, cuando las inmensas hecatombes de franceses hacían estremecer de horror á toda Europa, multitud de desgraciados, huyendo de una muerte segura, se refugiaron en España, donde fueron acogidos con la mayor caridad por parte del pueblo y de los Obispos. Distinguíéronse entre éstos D. Antonio Despuig, Obispo de Orihuela, y D. Francisco Fabián y Fuero, Arzobispo de Valencia, que no sólo socorrieron á los emigrados, sino que publicaron pastorales en este sentido. Sabido es que las autoridades civiles siguieron una conducta enteramente contraria y altamente reprehensible; pero lo que tal vez no saben todos es que esa conducta les estaba impuesta desde las altas esferas del gobierno; que el jefe de éste, aunque hacía la guerra á los revolucionarios franceses, perseguía ferozmente á los infelices que huían de ellos y á los que les favorecían. ¿Quiérese una prueba? Pues léase la siguiente carta, escrita sin duda por alguno de los abates contertulios de Godoy, sobre la cual todo lo que se nos ocurre decir va puesto por notas. Advertimos que está copiada del borrador original, que va copiada con su misma ortografía, poniendo entre paréntesis los tachados y en letra bastardilla las correcciones que hay en él:

«Al Ex.^{mo} Señor D.ⁿ Antonio Despuig, Obispo de Orihuela, que se dice Arzobispo de Valencia (1).

»Si erraverit Frater tuus corrige illum inter te et ipsum solum.==

»Venerable Padre; un christiano que se gloria en la Cruz

(1) No hay que decir cuánto es el odio y furor reconcentrados que encierran esta expresión y las primeras de la carta y la aplicación del texto sagrado.

de Nuestro Señor Jesuchristo, y está dispuesto á derramar su sangre en obsequio de la Religion; un Español que en quanto le permiten sus facultades se sacrifica á su Rey, y no omite trabajo por el bien de la Patria; y un hombre que conoce á fondo los indelebles principios de la Justicia, y no ignora (1) los que han adoptado los Franceses, ha leído una Carta exortatoria, ó sea decla(racion)*matoria* á la Ciudad de Valencia firmada por V. E. en 18 de Mayo de este año; Ó amado Padre! ¿Si V. E. no fuera un Obispo, que cosa mas bella? ¿qué pieza mas eloquente? En ella se ve un Trajano á la Cabeza de sus Tropas enardeciendolas para combatir á los Partos y Germanos. Un Tito exortando á la debastacion de la infeliz Metropoli de los infames Ebreos, y un Teodosio animando á (los) *sus* Escuadrones al Triunfo de los Barbaros del Norte (2). Mas *por desgracia* no se ve un Pablo, no se ve un Pedro, ni se ve un Juan. El Apostol *nos* manda (unirnos) *vestirnos* de Nuestro Señor Jesuchristo en tales terminos, que en todas nuestras acciones, y palabras no se viese otra cosa que el Crucificado. ¿Y quando, Venerable Padre se vio á Jesuchristo al frente de un exercito para combatir á sus Contrarios? ¿quando se le oyó declamar contra sus enemigos? (3) ¿quando aconsejó defender la fee con la espada, ni la Iglesia amenazara (de los) de los Reales (sic)? Guerra de Religion! (4) Cruzada! como es posible que si hubierais reflexionado algun tanto huvierais (concebido) *resucitado* estas dos falsas ideas; cuyos funestos exemplos llora y llorará la Iglesia por (tantos) eternos siglos? La verdad necesita acaso del apoyo del cañon? (5) ó el error se ha de estirpar *acaso* con las Bombas? Si los Franceses convaten la Religion, como decis, porque no la defendeis vos

(1) Y sigue de todo corazón, debía haber dicho.

(2) Como se ve, el autor estaba instruído en Historia sagrada y profana.

(3) Al autor le parecían, sin duda, panegíricos los discursos de Jesucristo contra los Fariseos. ¿Por qué declamaría él aquí contra el Obispo de Orihuela?

(4) Si el asesinar los sacerdotes, prohibir el culto católico y adorar la diosa razón no era guerra religiosa, ¿qué sería? Los amigos de Godoy eran hombres de buen humor.

(5) Es decir que, en vez de rechazar con las armas la invasión francesa, debían los españoles haberse puesto á rezar. Se conoce que este filibustero de entonces era piadoso por extremo.

con la palabra, y el exemplo, manteniendo en su (fuerza) *pureza* el deposito de la fee que os está encargado, y que solo se conserva con la virtud, la doctrina y (la comision) *conviccion* del entendimiento? ¿por que en vez de vomitar colera en vuestras expresiones, no derramais lagrimas (ante el) *con* acatamiento (de) *ante* Dios? ¿Vos, y vuestros Sacerdotes destinados á llorar entre el vestibulo, y el Altar encargados de predicar la paz á las gentes, (y) consagrados á la caridad, y á la mansedumbre (1), ireis entre el bullicio de las Tropas, os hallareis entre el furioso encarnizamiento de los Combates, y soplareis el fuego de la guerra? No lo permita Dios, ni tal mancha desacredite otra vez á los Ministros del Santuario (2). Acordaos Señor que los antiguos Obispos Aragoneses, y Valencianos (3), quando ofrecian algun servicio á sus Reyes, lo hacian protestando expresamente que no entendian huviese de servir para la guerra, ni debastacion de alguno; tanto era el terror de caer en irregularidad, (que) la Iglesia siempre *ha* aborreci (o)do la efusion de sangre, por mas que Roma la haya autorizado varias veces (4).

»Que si los Eclesiásticos para defender sus vidas y haciendas pueden oponer la fuerza á la fuerza; para defender la Iglesia, y su doctrina deven ofrecer su garganta al cuchillo (5). Que *si* en ningun tiempo se vé la Religion (mas) *tan* necesitada de mostrar con las obras (la fuerza) *el fondo* de su creencia (que) *como* quando se ve (perseguida) *mas oprimida* de sus contrarios. Que la violencia de (las Puertas) *furiosas fuerzas*

(1) Ni de una ni de otra das tú aquí muchas pruebas, y eso que vestías sotana.

(2) Como tú tratas de hacerlo con esta y otras expresiones de apariencia tan sencilla é inocente. ¡Cómo se ve que te pesaban mucho los hábitos!

(3) De los que tú no pudiste ser, á pesar de esta carta y otras bajas adulaciones.

(4) Un amigo y tertulio de Godoy, partidario de la *Iglesia nacional*, no podía menos de atacar á Roma, es decir, al Vicario de Jesucristo. Según este doctor del jansenismo, la Iglesia es independiente del Obispo de Roma, ó lo que es lo mismo, en su algarabía sectaria, la Iglesia tiene tantas cabezas como jefes de Estado hay en el mundo. ¿Qué cánones podría citar que autoricen la efusión de sangre?

(5) Aquí tienen ustedes condenada por este libelista la conducta de San Justino, de Tertuliano y demás apologistas del Catolicismo. Por eso obraba mal Pío VI condenando la constitución civil del clero y los ataques de la revolución francesa al Catolicismo.

del Infierno no se (resiste) *contrarresta* con la *debil* oposicion del (genero) *poder* humano, ni la Columna eterna de la verdad está erigida sobre el inconstante firmamento de las Constituciones de los Reynos (1). No ignorais amado Padre, que si por desgracia vivimos en un siglo turbulento, por fortuna vivimos en un siglo ilustrado (2), en que es abominable la fantastica idea de Guerra de Religion que hasta ahora no ha visto (3), ni verá el mundo, aunque no pocas veces haya sido seducido por ella. Esta es una guerra de Reyes, é intereses, *de Príncipes* como (todas) lo han sido en todos tiempos. En ella se ven Sacrilegios, debastaciones, fuerzas, robos, muertes, y otras atrocidades, que en ocasiones semejantes se han visto, y que nosotros hemos cometido, como nuestros Contrarios. El Soldado siempre fue uno, y el mismo que forzó las Virgenes Sagradas, hurtó los Copones, alojó los caballos en la(s) Capilla(s) Pontificia(s), quando el sa(co)queo de Roma; es el que mancha el lecho conyugal, juega con la imagen de San Andres, y despoja las Iglesias en los sa(cos)queos del Roseillon (4); los Franceses tienen sus desvar(atos)ros porque tienen sus pasiones; mas sus tiros no se dirigen á las cruces de nuestros Campanarios, sino al Cetro de nuestros Reyes, y el que sean nuestros enemigos, no nos da derecho á calumniarlos (en) *con* el disparatado juramento de arrancar las que vos atribuis en boca de los Catalanes. El modo con que nos hacen la guerra no es muy justo; pero el haver soltado contra ellos los malhechores, y facinerosos, que teniamos encerrados como fieras debastadoras de la sociedad, fue una picardía in-

(1) Lo que aquí dice el autor no es lo que quiere decir. Su pensamiento es que, cualquiera que sea la forma de gobierno, éste es siempre el jefe de la Iglesia, como pretendía serlo la Convención.

(2) No hay más que ver la redacción y ortografía de este asqueroso anónimo para convencerse de ello.

(3) ¡Mire usted si eran ilustrados los amigos de Godoy! De una plumada anulan todas las guerras de religión que ha habido en el mundo. ¿Qué reyes ni qué príncipes dirigían las guerrillas españolas en la guerra de la Independencia? Por más que se trate de desfigurar la verdad, siempre será cierto que aquella titánica lucha no tuvo más móviles que la Religión y la Patria.

(4) Sin querer dice aquí el libelista una graa verdad: soldados no católicos, mandados unos por Coudé y otros por Dugommier, ambos franceses, fueron los autores de aquellas y de estas tropelías.

disimulable (1). En una palabra Señor, que el Capitan general haga las mas patéticas exortaciones, aunque sea exagerando por alarmar al Pueblo, y enardecer á la defensa de su Pais, y propios hogares, puede ser un merito que le haga honor; pero que vos lo hagais es un Sacrilegio (2) con que profánais vuestro Character. El Reyno habla mucho de vos por el ruidoso acontecimiento de una pretendida traslacion, y ya que con verdad, ó sin ella os motejen de (avaricia) *ambicioso* (3), no será razon os motejen de fanati(smo)co, si teneis legitima mision. Si con efecto la providencia os ha destinado á ser Apostol de los Valencianos, lo qual es muy dudoso, no os pareis á los umbrales de la Iglesia á dar voces que lleva el viento, entrad á lo interior del Santuario y purificadle de las inmudicias, que há introducido en él la ignorancia, la codicia, y el libertinage (4). Recoged de las Plazas, y Calles las Piedras de este Sagrado edificio, que ha esparcido por ellas la calamidad de los tiempos. Reunid con vuestro silbo unas obejas que tal vez el indiscreto celo tiene escurriadas, pastoradlas con la sana doctrina de la caridad fraterna, y de la Subordinacion á las potestades (sublimes) *legítimas* (5), que es lo que mas necesitan. Hacedlas ver que la Hospitalidad es una virtud, que nuestros Padres tuvieron por caracteristica del Christianismo, siendo un precepto apostolico el recibirnos unos a otros en honor de Dios (6). Ved amabilisimo Padre, que un Obispo no debe ignorar, que la sola mansedumbre de un Leon contuvo el furor de Atila; que no habian podido contener los Exercitos Romanos, es indecoroso dude ahora del poder de

(1) ¿De modo que es una picardía sacar de las cárceles quien se oponga á los heroes del 14 de Julio? Pero, hombre, ó eres partidario de los principios de los franceses, ó no. Si lo eres, ¿por qué censuras en España lo que ellos hicieron en París? Y si no lo eres, ¿por qué censuras que se combatan sus principios? ¡Miren si ya entonces valía mucho el oro francés!

(2) ¿Dónde habría aprendido Godoy esta teología?

(3) ¿Qué tendrían que ver las cualidades del prelado con sus razones?

(4) ¡Esto dicho por Godoy!

(5) Es decir, al poder secular. Hasta por los galicismos que hay en él parece este razonamiento traducido de alguno de los muchos libros jansenistas franceses que poco antes se habían introducido furtivamente en España para hacer propaganda.

(6) Luego se debía recibir á los invasores cuando se expulsaba á los emigrados.

Dios, que confie mas en las flacas fuerzas (de Egipto) *del exercito* que en (el) *su* eterno brazo del omnipotente. Que si el hombre no puede vencer al hombre, sino peleando con el, brazo á brazo, ú oponiendo 20,000 hombres á 10,000, el hijo de Dios le enseñó á vencer el mundo entero sin mas armas que la humildad contra la soberbia, la mansedumbre contra la ira, y el amor contra el odio (1).

»Que no habiendo salido de vuestra pluma un solo rasgo para confirmar las razones, que con mas propiedad llamareis sofismas, que los libertinos pretendan apoyar con la multitud, es caer en la (misma) injusticia (de) *el* combatirl(a)os *tambien* con solo la multitud, sin valerse de la razon. Que si esta guerra es de Religion como vos la graduais, (es del) *es indudable que entonces consiste en* el error, y en logrando estirpar este, logramos la paz deseada (2). Que vos por vuestro Sagrado Ministerio, estais en la estrechísima obligacion de mostrar las luces de Vuestra Sabiduria, para que nuestros hermanos (3), que andan errados, vuelvan al redil *de la Iglesia*, y nosotros nos libremos de los precipicios, *a* donde los ha conducido su ceguedad. Que vuestro oficio, y el de vuestros Eclesiasticos es enseñarnos á triunfar muriendo, dejando á nuestro Príncipe, y nuestros Generales (4) que nos enseñen á morir triunfando, que si los Franceses se empeñasen (á rebo-car del Postliminio los siglos de) *en renovar Postliminium del siglo de la barbarie*, los Españoles devemos empeñarnos en sostener el siglo de la ilustracion; y en fin que si la avaricia, y el sordido interes pueden dividir los (hombres) *Reynos* hasta la extremidad de hacerse la guerra, la Santidad, y moderacion de los vicarios de Jesuchristo debe procurar que aun en este caso lastimoso, la inconsutil tunica de la caridad, se mantenga indivisa. Padre mio, perdonad estas advertencias,

(1) Todo esto, sobre profundamente impío, es sublimemente tonto.

(2) Luego si convencemos á Inglaterra que fué una usurpación la toma de Gibraltar, nos entregará la plaza y aun nos abonará los perjuicios. Como los amigos de Godoy vivían en un siglo ilustrado, se pintaban solos para discurrir.

(3) ¡Buenos estaban los hermanos franceses y españoles para dejarse convencer!

(4) Por ejemplo, el Marqués de las Amarillas.

que un Christiano os hace sin mas motivo que el de la Caridad fraterna, pesadlas con la balanza del Santuario, analizadlas en el chrisol de vuestra conciencia, y examinadlas ala antorcha de la Religion, vereis que ni el Señor ni la Señora (1) pueden agradarse de vuestro celo acalorado. Yo espero Señor que V. E. guiado del resplandor de la Luz increada (2), verdadera estrella (3), que nacio de Jacob (4) y armado con la misteriosa vara que creció de Israel expugnará los nuevos errores, que son en nuestros dias los Capitanes de Moab, y disipará las heregias que son los hijos de Set, sin mas estrepito, que el soplo de su voca, y la palabra de sus labios. Que abrazareis el escudo de la fee, y os vestireis la Loriga de las virtudes, que son los Arneses de un Obispo; que orareis, que instareis, que arguireis, que conjurareis, que rogareis con toda paciencia, y doctrina, y que si necesario fuese dareis á Dios, á los Angeles, y á los hombres el glorioso espectaculo de firmar vuestra fee con vuestra sangre, ofreciendo, en placable sacrificio por vuestras Obejas; pero os ruego por las entrañas misericordiosas de la Santísima Virgen, que os dejeis de la galana aprehension de meteros á Soldado, sino quereis escandalizar al mundo catolico. Emplead vuestras manos en alzarlas al cielo, como Moises; pero no las mancheis con la sangrienta espada, como Pedro, sino quereis ser reprendido por Christo.

»El Espiritu Santo sea en vuestro Corazon, amadisimo Padre, en tanto que una apostolica bendicion cae sobre mi, que solo me honro en ser de V. E. = un Christiano. Valencia 24 de Mayo de 1794.»

Sin duda este anónimo no produjo el efecto que deseaba la pandilla de hermanos afrancesados, pues á los tres meses y

(1) ¿Si andaría también la Reina mezclada en la hermandad que produjo estas dos cartas?

(2) ¿Qué luz era ésta? ¿Sería la que brillaba en la tertulia?

(3) ¿Estrella ó estrellas?

(4) Todo este alarde de erudición rabínica ó talmudista no tiene otro objeto que asegurar lo que ya hoy se dice más por lo claro, es decir, que el Catolicismo moriría deshecho por las doctrinas de la secta á que pertenecían los confeccionadores de este documento. ¡No hicieron con él mala *plancha!*

once días se creyó el bueno de Godoy en el caso de hablar por lo claro, dirigiendo al señor Arzobispo de Valencia, don Francisco Fabián y Fuero, la siguiente cariñosa carta:

«Ex^{mo} S^{or}

»El Rey há tenido un escrito impreso con titulo de Carta Pastoral que há dirigido V. E. á los fieles de la Ciudad de Valencia y su Arzobispado, y se há enterado de su contenido poco apto para provar la obediencia á las legítimas potestades, de que V. E. tanto abla en el. Esta conducta de V. E. merece el desprecio de S. M. y me manda decirle que si no se abstiene de tales excesos, seran correjidos sus defectos como merecen, pues basta que sepa V. E. el desagrado de S. M. acia su persona para que procure no salir al publico en cosa alguna; lo participo á V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios gue. á V. E. m.^s a.^s Sⁿ Ildefonso 5,, de Sept.^{re} de 1794. El Duque de la Alcudia.

Ex.^{mo} S.^{or} D.ⁿ Fran.^{co} Fabian y Fuero.»

Los delitos cometidos por los Ilmos. Sres. Fabián y Fuero y Depuig fueron que el primero sostenía á sus expensas doscientos sacerdotes franceses emigrados y setecientos el segundo, y sobre esto exhortaban á sus diocesanos á defender la patria contra los invasores. Las palabras de Godoy á uno y otro no se quedaron en amenazas, sino que los persiguió cruelmente obligándoles á que dejasen sus diócesis y muriesen en el destierro. Es posible que á los otros Obispos que acogieron emigrados franceses les escribiera cartas semejantes á éstas.

Tan odioso hicieron el nombre de Godoy estas tiranías, cual se puede colegir de no haber encontrado un gobierno que le permitiera volver á la patria, habiendo sido tantos y tan diversos los que hubo en España desde que fué expatriado, hasta que se le indultó en 1854.

CARLOS LASALDE

Escolapio.

LAS AGLOMERACIONES URBANAS

I

El hombre es un ser sociable por excelencia; desde su aparición sobre la tierra está asociado con los miembros de su familia, con los hombres de su tribu, para la caza y la vida en común. El troglodita que vivía en las cavernas, no teniendo por armas más que algunos sílex apenas afilados, sólo llegaba á vencer á los grandes animales que le rodeaban por medio de la asociación. Bien pronto creciendo las necesidades con la civilización, si cabe ya emplear esta palabra, se levantan chozas en sitios favorables (1), cerca de ríos abundantes en peces, en medio de tierras fecundas y bosques poblados de caza.

Tales fueron los orígenes humildes de las ciudades. Su importancia y su poder aumentan rápidamente, y por muy atrás que nos remontemos en el curso de los siglos, vemos en la Caldea, en Egipto, más tarde en Grecia, Italia y Gales, ciudades importantes y populosas, desempeñando un papel considerable entre los pueblos y afirmando ya nacionalidades apenas formadas.

Esta preponderancia de las ciudades, este abandono de los campos, preocupaban en épocas remotas á los filósofos y pensadores. Aristóteles (2) condena las grandes ciudades, no solamente como incompatibles con el orden público, sino también por dar demasiados artistas y pocos soldados. Cicerón (3) desconfía de las ciudades marítimas, donde la mezcla de ha-

(1) Las aglomeraciones humanas han huído desde los primeros tiempos de las altitudes altas y de las latitudes extremas.

(2) *Política*, VII, § 4.

(3) *De República*, II.

bitantes aumenta el peligro. Salustio cita el abandono de los campos como una de las causas de la ruina de la constitución romana (1) y Plinio arroja al viento su célebre frase: *Latifundia perdidere Italiam jam vero et provincias* (2). Los griegos y romanos eran impotentes para detener el movimiento. Las naciones viejas desaparecen; otras razas les reemplazan. La savia, el vigor de estas razas nuevas, son uno de los hechos capitales de la historia. Se fortifican las ciudades; obtienen, ó más bien, compran á los reyes y á los soberanos concesiones importantes que las cartas vienen á consagrar. Ofrecían á los habitantes por sus fortificaciones la seguridad contra los mandrines, por su energía en defender sus derechos la seguridad contra los que trataran de violarlos.

No parece, al menos en Francia, que durante largos siglos el aumento de las ciudades como número ó como importancia haya dado lugar á serias quejas. Es preciso llegar al siglo XVIII para que surja la cuestión; entonces aún es muy confusa. No podía ser de otro modo, lo he demostrado hace algunos años, porque en esta época nadie sabía cuál era la población de Francia, y menos aún la de Europa. La cuestión no podía, por tanto, ser tratada sino desde el punto de vista filosófico ó especulativo. La vemos vacía y declamatoria con Rousseau (3). «Los hombres, dice, no se han hecho para vivir en hormigueros, sino esparcidos sobre la tierra que cultivan.» Se aproxima más á la verdad cuando añade que las razas degeneran en las ciudades y deben ser incesantemente renovadas por los habitantes de los campos, so pena de debilitarse y extinguirse.

«Las grandes ciudades, dice Nathaniel Kenb (4), destruyen toda moralidad, toda salud, consumen todos los recursos de una sociedad.» En la misma época, Sussmilch (5) escribía en Alemania: «Las grandes ciudades son los adornos del Estado, pero también monstruosidades muy peligrosas». En nuestros

(1) *Catilina*, cap. XXXVII.

(2) Libro XVIII, cap. VII, § 3.

(3) *Emile*, lib. I.

(4) Citado por Hasbach, *Die Englischen Landarbeiter*.

(5) *Gattliche Ordnung*, pág. 21.

días, A. Blanqui decía que el movimiento emigratorio hacia las ciudades no podía durar. Olvidaba que la centralización atrae el dinero hacia las grandes poblaciones, hacia las capitales sobre todo, y que los hombres siguen al dinero como atraídos por un irresistible imán.

No sería difícil multiplicar los ejemplos. Es cierto que casi todos los economistas ven con zozobra la despoblación de nuestros campos y el acrecentamiento exagerado de nuestras ciudades.

Los temores son más vivos aún entre los hombres políticos, que conocen los elementos peligrosos que encierran las ciudades modernas y el formidable incendio que á la menor chispa podría estallar. La habitación en una misma ciudad de las diferentes clases que forman toda sociedad humana, lejos de reunir las, tiende, por el contrario, á alejarlas cada vez más unas de otras. La simple comparación de los suntuosos hoteles del VIII ó del XVI distrito de París y del West-End, en Londres, con los miserables alojamientos en que familias enteras yacen en triste promiscuidad, como acontece en el XX distrito ó en Lower-Hamlets, por ejemplo, va amasando desgraciadamente entre los desheredados de la vida una levadura de odio y envidia, cuyas manifestaciones vienen de vez en cuando á turbar nuestra tranquilidad.

Pero, sean los que fueran nuestros temores, cualesquiera que sean nuestras legítimas inquietudes, no existe ningún medio de parar ni aun de contener el movimiento que arrastra á las poblaciones rurales hacia las ciudades. Meuriot (1) observa con justa razón: «No por capricho de los grandes propietarios acuden las poblaciones rurales hacia la ciudad, sino impulsadas por una revolución económica, la más profunda que el mundo ha visto, la transformación completa del trabajo industrial y del trabajo agrícola».

Estudiemos los numerosos hechos que el Sr. Meuriot aduce, de este modo podremos sacar las conclusiones á que dan lugar, sin dejarnos desvanecer por la grandeza de los horizontes que abren á nuestros ojos.

(1) *Les agglomérations urbaines dans l'Europe contemporaine.*—París, 1897.

II

La población de Europa ha aumentado en un siglo un 117 por 100 (1).

He hecho resaltar los peligros que origina en pocos siglos esta población creciente sin cesar en proporciones difíciles de prever (2). Pero lo porvenir no nos inquieta nada, tenemos bastante que hacer para sobrellevar el presente, y los cuidados que inspira no dejan lugar á otras preocupaciones. En Francia, además, estamos muy lejos de hallarnos afligidos por una población superabundante y la natalidad presenta cada año un déficit creciente. En siete años, de 1890 á 1896, el exceso de nacimientos sólo ha sido de 58.809, y todavía para obtener este escaso resultado ha sido preciso incluir los nacidos de padres extranjeros residentes en Francia, y como entre ellos la natalidad es importante, parece aumentar la nuestra (3).

No sucede lo mismo en los países vecinos ni en los rivales, y esto es un hecho que no se debe olvidar nunca. En Alemania, el aumento de la población por el solo excedente de los nacimientos ha sido en seis años (1890 á 1895) de 4.560.745; en Inglaterra, durante el mismo período, de 2.462.083; en Austria-Hungría, de 2.377.050; en Italia, de 1.913.097.

En el colosal imperio de Rusia, según un cálculo publicado en 1879, pero que no parece muy exacto, el aumento anual de la población fué de 781.000. En 1892, último año de que hay datos, los nacimientos fueron 5.054.923, los fallecidos 4.463.491, dejando solamente un excedente de 591.432. La elevada cifra de defunciones destruye el efecto de la natalidad, por importante que sea. Otros cálculos dan

(1) Levasseur, *Population française*, tomo I, pág. 318.

(2) *La fin de l'humanité*, 1897.

(3) La cifra de nacimientos de 1892 á 1896 ha sido de 4.285.666. Diez años antes, de 1882 á 1886, era de 4.672.883. Cada período quinquenal lo marca un decrecimiento. «La despoblación es una enfermedad social, tanto más peligrosa, se ha dicho, cuanto que mata á las naciones sin hacer sufrir á los individuos.» (*Bull. Soc. Anthr.*, 1892.)

un resultado no menos concluyente. Hay en Francia 163 nacimientos por 1.000 mujeres casadas de quince á cincuenta años; en Alemania, 270; en Escocia, 269; en Bélgica, 261; en Italia, 251; en Inglaterra y en Austria, 250; en Suecia é Irlanda, 240; en Suiza, 236. La débil natalidad francesa, que resalta más cuando se compara con la natalidad extranjera, da como primera consecuencia que el acrecentamiento de las ciudades se verifica á expensas de los campos, y que la población rural pierde todo lo que gana la población urbana.

En 1872 se contaban en Francia 660 ayuntamientos con 2.000 á 5 000 habitantes, 368 de 5 000 á 20.000, 65 de 20.000 á 100.000; en fin, nueve que pasaban de esta cifra. Veinte años después, en 1891, el número de las poblaciones de cada una de estas categorías es de 715, 424, 92 y 12. Su población respectiva es de 2.432.000, 3.832.000, 3.460 000 y 4.587.000. Tenemos un aumento de 141 en el número de ciudades y de 3.177.000 en su población. Sobre todo, en los ayuntamientos más importantes, aquellos en que la inmigración se verifica más activamente, es donde se produce este acrecentamiento.

Un documento emanado de la Constituyente, pero al cual conviene no conceder sino una confianza limitada, por ser en esta época poco fidedignos los datos recogidos, elevaba la población rural á 20.521.000 y la urbana á 5.709.000. La proporción respectiva era, pues, de 78,24 para la primera, y de 21,76 para la segunda. En 1846 se adoptó la cifra de 2.000 habitantes como base de la clasificación de una población urbana; 8.646.000 franceses, ó sea 24,4 por 100, pertenecían á la ciudad. En 1896 la población urbana subía á 15.030.000, ó sea 39,5 por 100 de la población total. Así se ve cuáles son sus progresos. La población rural formaba en 1846 las tres cuartas partes de nuestra población; cincuenta años después, no era más que los dos tercios, y el Sr. Turquan supone que hacia 1920 se equilibrarán las dos (1).

El crecimiento de la población urbana se debe enteramente á la inmigración, porque el exceso de los nacimientos sobre

(1) Gráfico publicado por el Sr. Meuriot, figura 11, pág. 87.

las defunciones es casi nulo. De 1872 á 1891, el de las ciudades de más de 100.000 almas fué de 1.045.000 almas; de esta cifra, 890.000, ó sea el 87 por 100, correspondían á la inmigración.

Esta inmigración produce un decaimiento correspondiente en nuestros campos, y en ciertas partes de Francia va cada año acentuándose. En la región del Garona, á pesar del crecimiento de Burdeos y de Tolosa, la población de 4.250.000 en 1846 ha bajado á 4.000.000. El Dr. Guiraud decía á la Asociación francesa para el progreso de las ciencias, en la sesión celebrada en Tolosa en 1887 (1): «En las regiones del Mediodía no se trata de un escaso crecimiento, sino más bien de un descenso, de una verdadera despoblación, que sigue una marcha progresiva, continua, desde mucho tiempo acá, y que amenaza, á no presentarse algo que impida su progreso, transformar ricas comarcas en desiertos, porque precisamente en los parajes más ricos y fértiles es donde el fenómeno se manifiesta con mayor intensidad». La Normandía (2), á consecuencia del exceso de defunciones, ha bajado de 1.968.000 á 1.596.000 habitantes. ¿Se quiere un ejemplo de este triste estado de cosas?

En el cantón de Beaumont-Hague (Mancha), la población exclusivamente rural ha disminuído en más de la mitad. Los nacimientos han sufrido un decrecimiento más sensible todavía. ¡De 330 han bajado á 72! ¡Desde 1830 hay todos los años exceso de fallecidos! Tierras en otros tiempos cultivadas permanecen yermas; las aldeas abandonadas se arruinan (3). En los departamentos alpinos la disminución pasa del 11 por 100 (4). En la región del Este se produce igual triste fe-

(1) Tomo II, pág. 1 035 y siguientes.

(2) A tal situación ha llegado la Normandía, que los cronistas de los siglos XIII y XIV nos dicen siempre muy poblada. Los censos y registros llaman la atención por el gran número de niños que son allí llevados. Los elementos étnicos de los departamentos normandos son ante todo celtas y escandinavos. Los descendientes de los celtas que pueblan aún la Bretaña tienen una natalidad elevada, y los escandinavos salen de la Scanzia, que Tomandella llama *officina gentium aut vagina nationum* (*De Getarum sive Gothorum origine.*)

(3) Arsenio Dumont, *Mem. Soc. Anthr.*, 3.^a serie, tomo I.

(4) En ciertas regiones de la Provenza, según dice el consejero Proa,

nómeno, y la Borgoña y el Franco-Condado ven cada año disminuir su población. En un principio, el decrecimiento, que se producía sobre todo en los departamentos de gran población rural, parecía no obedecer sino á causas locales; hoy, no hay que dudarlo, depende de causas más profundas á las que será muy difícil aplicar un remedio eficaz.

La región mediterránea es la única excepción en el triste cuadro que vamos trazando. En 1801, su población era de 1.587.000; en 1846, de 2.144.000; en 1896, de 2.625.000; Marsella ha cuadruplicado desde principios de este siglo; Niza pronto pasará de 100.000 almas. La costa de Azur, con sus sitios encantadores, inundados de sol y de luz, atrae á toda Europa. Pero las poblaciones rurales se hallan muy decaídas. Todo pertenece á la ciudad, y el Sr. Meuriot puede, con razón, dar por terminada esta parte de su trabajo con estas tristes palabras: «No es solamente á una disminución de nuestra población rural á la que asistimos, sino á un verdadero aniquilamiento, y se puede casi prever ya el día en que un gran número de agrupaciones rurales habrán cesado de existir sobre nuestro suelo» (1).

Este aumento de la población urbana se manifiesta en todos los países y continentes. Se nota, sobre todo, en las ciudades muy grandes; cuanto más considerable es una población, más tiende á engrandecerse aún, y el Sr. Levasseur, gloria de la ciencia contemporánea, ha sentado como axioma que la fuerza de atracción de los agrupamientos humanos es proporcional á su masa (2).

Acabamos de verlo en Francia; en Inglaterra, los distritos inferiores á 2.000 almas representaban en 1881 el 26 por 100 de la población; diez años después, á causa del crecimiento de las grandes ciudades, sólo representaban un 24 por 100. Pero, al contrario de lo que pasa entre nosotros, la población agrícola no ha cesado igualmente de aumentar por el exceso

ribazos plantados de olivos, tierras que antes daban trigo, no se cultivan ya. En varias partes de los Bajos Alpes la emigración es tan grande que sólo se cultivan las tierras próximas á las aldeas; las alejadas se abandonan.

(1) Loc. cit., p. 120.

(2) *Population française*, tomo II, pág. 355.

anual de nacimientos, y esto á pesar de la crisis agrícola que azota tan duramente á nuestros vecinos. En Francia se ha podido detener, á lo menos parcialmente, por un derecho elevado sobre los granos. En Inglaterra, los cereales entran libremente y los labradores no pueden luchar con la concurrencia de los diferentes países productores.

Desde cualquier punto de vista que se mire, los progresos de Inglaterra son sorprendentes y su expansión recuerda la del imperio romano. Á fines del siglo XVII, aquel país no tenía más que 5.500.000 almas, no poseía más que una sola gran ciudad, Londres (1), que con sus 530.000 habitantes apenas igualaba á París. Sólo había dos ciudades de 30.000 almas: Norwich, ciudad industrial, y Bristol, el puerto principal del Oeste. Las antiguas ciudades históricas. York, Exeter, Winchester, Shrewsbury, no tenían más que 10.000 habitantes. Los grandes centros, industriales y comerciales, Liverpool, Manchester, Sheffield, Leeds, Birmingham, sólo eran suburbios y no se sospechaba su importancia futura.

La explotación del hierro y de la hulla, que constituyen una gran parte del subsuelo de Inglaterra, el adelanto de las industrias textiles por la adopción del telar mecánico, han producido un cambio radical en la situación del país desde el punto de vista económico, político y social.

El aumento de la población urbana es uno de los síntomas de este cambio. Desde 1801 á 1891, ha aumentado Londres en 336 por 100; las ciudades con más de 100.000 almas, un 558 por 100. Entre los condados industriales, el de Durham un 582 por 100; los de Cheshire y Lancashire, un 465 por 100. Con una superficie menor, el de Lancashire contiene 4 millones de habitantes, doble del departamento del Norte en Francia.

El elemento, urbano que hoy alcanza el 92 por 100 de la población total, se puede asegurar que no existía. En el Wes-Riding del Yorkshire la proporción es de 15 por 100. No sería

(1) *Greater London*, nombre que se da hoy al distrito entero, comprende 5.633.332 habitantes, doble que el Canadá, que es tan grande como Europa, un millón más que Australia.

difícil multiplicar estos ejemplos. Hoy, un tercio de la población inglesa vive en las grandes aglomeraciones (1), y hay que remontarse á los antiguos imperios del Asia para encontrar un hecho demográfico semejante. Si consideramos la población de las ciudades que pasan de 10.000 almas, se verá que se eleva á cerca de 18.000.000, ó sea al 61 por 100 de la población total.

La población rural no cesa, sin embargo, de crecer, pero en mezquinas proporciones que no admiten comparación con el inmenso desarrollo de la población urbana. Las siguientes cifras lo demuestran.

POBLACIÓN RURAL DE INGLATERRA

1801	5.277.291
1821	6.788.660
1841	8.229.400
1861	9.348.964
1871	10.135.640
1881	7.928.250 (2)
1891	8.198.240

Escocia presenta un gran contraste con Inglaterra; el exceso de nacimientos sobre las defunciones es muy elevado, pero la emigración es considerable. Los escoceses van á buscar á Inglaterra, y sobre todo al Ulster, donde domina el calvinismo, empleos más lucrativos ó jornales más altos. Los campos ven también decrecer su población á causa de la crisis agrícola, más intensa quizás que en Inglaterra; pero esta población no cesa de aumentar en las grandes ciudades (3): era en 1811 de 227.000; en 1871, de 880.000; en 1891, de 1.104.000 almas.

(1) En 1801, Londres solo pasaba de 100.000 almas; en 1811, Liverpool llegaba á la misma cifra; en 1821, ocho ciudades contaban con 100.000 habitantes; siete en 1831, ocho en 1841, nueve en 1861, 12 en 1871, 19 en 1881, 23 en 1891, más bien 29, si contamos las ciudades de Escocia, de Irlanda y del principado de Gales. Las ciudades comprendidas entre las cifras de 50.000 y 100.000 son en número de 42.

(2) La diferencia, más aparente que real, tiende á presentar una nueva forma de clasificación adoptada para el censo de 1881. Toda la población comprendida en los *Urban Sanitary Districts*, considerada como rural hasta entonces, ha sido anexionada á las ciudades.

(3) Edimburgo, Glasgow, Dundee, Aberdeen.

En Irlanda presenciarnos un fenómeno particular: el país es esencialmente agrícola (1) y la crisis de la agricultura le ha sido particularmente nefasta. Al lado de los crecimientos de la población inglesa se nota en Irlanda una disminución debida á la emigración, que asciende á una cifra muy grande. Entre estos emigrantes determinado número se dirige á los Estados Unidos; pero la mayor parte se esparce por las ciudades industriales inglesas, donde encuentran salarios desconocidos en su país.

Alemania ha tomado un vuelo extraordinario desde 1871 (2).

Gracias á la natalidad excepcional de la raza, la población subía en 1895 á 52.246.589 almas. Lo mismo que en Inglaterra, la explotación de la hulla, los adelantos del comercio y de la industria, son las causas de esta prosperidad; de aquí que la rápida progresión de la población se advierte principalmente en los grandes centros. En 1871 Alemania no tenía más que ocho ciudades de más de 100.000 almas (3), con una población de 1.968.000 habitantes; en 1885 se elevaba aquel nú-

(1) No hay más que dos grandes ciudades en Irlanda, Dublin, la capital, y Belfast, la ciudad principal del Ulster, fundada y colonizada por los ingleses en el siglo XVI y que por su estado floreciente muestra la diferencia entre las dos razas.

(2) Resulta de una memoria del Sr. Gaskell, agregado comercial á la embajada de Inglaterra en Berlín, publicada recientemente por el *Foreign Office*, que los progresos de Alemania son notables. De 1872 á 1897 la población ha aumentado un 30 por 100, el comercio con el extranjero 60 por 100, el tráfico marítimo 128 por 100, el mismo con las dos Américas 480 por 100, con la India 475 por 100, con Australia 60 por 100, con la Gran Bretaña 129 por 100, con la Europa del Norte el 60 por 100. El tonelaje de los buques ha triplicado desde 1871 y doblado desde 1880. El de los buques entrados en los puertos alemanes era en 1873 de 12.300.000 toneladas, en 1895 de 30.500.000 toneladas. El tonelaje de los vapores de más de 1.000 toneladas era en 1887 de 638.296; siete años después, en 1895, de 1.301.771. Semejantes cifras no necesitan comentarios. Durante este mismo período el tonelaje de los buques franceses sólo ha subido de 722.262 á 864.598. (C. Roux, *Matin*, 2 de Diciembre de 1896.) En 1872 Francia exportaba por valor de 3.760 millones de mercancías, Alemania 2.975 millones, ó sea 785 millones en menos; en 1895 Alemania exportaba por valor de 4.144 millones y Francia 3.376. Desde la República nuestras exportaciones han disminuído en 400 millones y las de Alemania han aumentado en 1.200 millones. (Schwob, *Le danger allemand*, citado por Doumer, *Matin*, 18 de Diciembre de 1896.) Añadiremos que en Francia el término medio de los impuestos es de 77 francos por cabeza, en Alemania de 51 francos; en esto solamente aventajamos á nuestros vecinos.

(3) En 1801 no tenía más que dos, Berlín y Hamburgo, y lo mismo sucedía hacia 1840. (Meuriot, loc. cit., pág. 169).

mero á 20 y su población á 4.462.000; en 1895 encontramos 27 ciudades, con un total de 7.261.000 habitantes (1). En veinticuatro años el aumento de la población de estas ciudades ha pasado de 5 millones.

Las ciudades de 20 á 100.000 almas eran 75 en 1871 y en 1895 142. Más de la cuarta parte de la población alemana habita hoy ciudades con más de 20.000 habitantes. Sin embargo, si la población urbana crece todos los años en número é importancia, la población rural no disminuye, como acontece en Francia. El número considerable de los nacimientos la mantiene en estado estacionario (2). Según un cuadro que tenemos á la vista, hasta ha crecido notablemente durante el período de 1891-95 en el reino de Prusia...

La concentración urbana no es igual en todas las regiones. Hoy se verifica sobre todo en el Oeste; durante la primera mitad del siglo sucedía lo contrario. El Este—dice Meuriot—encierra á la antigua población sajona, menos impregnada de las ideas latinas; la industria está menos desarrollada, el sentimiento feudal es más poderoso y los lazos de patronato que los siglos han afirmado subsisten todavía á pesar de los esfuerzos en contra de los niveladores. Desde 1824 á 1849 la agrupación del extremo Este (Prusia oriental, Prusia occidental Posnania) creció en 30 por 100. Desde entonces ocurre lo contrario, y se ha establecido una gran corriente de emigración hacia el Oeste (Westfalia, Prusia Renana) y también hacia el reino de Sajonia, donde se ha triplicado la población de 1824 acá. Las ciudades, las grandes ciudades sobre todo, han salido beneficiadas con esta emigración. La gran atracción de la industria está en que los salarios son más elevados que los provechos más considerables concedidos por los patronos. El emigrante no ve más que la tarifa de salarios, olvida la carestía correspondiente de la vida, olvida las huelgas y los días sin

(1) Berlín, Hamburgo, Leipzig, Breslau, Dresde, Colonia, Francfort, Magdeburgo, Isanurrer, Dusseldorf, Königsberg, Nuremberg, Chemnitz, Stuttgart, Altona, Brema, Stettin, Elberfeld, Estrasburgo, Charlotemburgo, Barmen, Dantzig, Halle, Brunswick, Dortmund, Aix-la-Chapelle, Grefeld.

(2) La cifra de los nacidos se ha elevado en cinco años á 9 534 370.

trabajo, olvida las miserias de la ciudad, que reemplazan á la vida sana y fortificante de los campos (1).

Hablaremos brevemente de los demás países; en todas partes tenemos que señalar iguales hechos: el crecimiento exagerado de las ciudades y el decaimiento de los campos. En Austria-Hungría, donde la industria no ha alcanzado aún su completo desarrollo, ese crecimiento es quizá menos sensible; la influencia de los centros industriales se siente ya, sin embargo, pero el movimiento emigratorio á que dan origen está lejos de ser tan considerable como en los grandes Estados de Occidente. En 1801 aquel inmenso imperio sólo contaba con una ciudad de más de 100.000 almas; Viena, con 231.000 habitantes.

Hoy posee seis: Viena, Praga, Trieste, Gratz y Lemberg y en la Transleítania Budapest (2). La relación de la población residente en los ayuntamientos de menos de 2.000 almas con la población total en 1880, de 703 por 1.000 habitantes; en 1895 era de 675; hay disminución, pero poco sensible.

El aumento de la población urbana en Suiza es muy aparente. Los cantones agrícolas ó forestales, católicos en general, se hallan en disminución. Los cantones industriales hallanse, por el contrario, en gran prosperidad.

Las ciudades han representado siempre considerable papel en Italia. ¿Quién no recuerda el lugar que ocupaban en la Edad Media, sus luchas intestinas y sus rivalidades seculares? Al principio de este siglo la península sólo tenía cinco ciudades con más de 100.000 almas, y en total no excedían de 1.000.000 de habitantes; ahora tiene 12 ciudades con una población superior á esta cifra, y después de la formación del reino de Italia la población urbana ha aumentado en un 36

(1) Las fábricas de sederías de Elberfeld, Grefeld, Barmen y Rousdocf contaban en 1844 25.000 obreros, en 1855 42.000, en 1883 870.000. El valor de la producción ha subido de 90 á 225 millones. Alemania producía 500.000 toneladas de hierro; su producción ha doblado. Por esto se puede juzgar el gran número de obreros que se ha debido aumentar con esta poderosa producción.

(2) Budapest, capital del reino de Hungría, tenía en 1841 107.000 habitantes; en 1890, 506.000.



por 100, mientras que el crecimiento de la población total sólo es de 12 por 100 (1).

Este movimiento es sensible, sobre todo en algunas ciudades. Turín absorbe el 70 por 100 del crecimiento del Piamonte, Génova el 63 por 100 del de la Liguria. En la Lombardía las ciudades toman el 48 por 100 del aumento total. En Toscana el crecimiento se nota, sobre todo en Florencia, en Emilia, en Bolonia. Y en Roma la atracción de la capital se hace sentir cada vez más. Nápoles conserva su puesto de ciudad la más poblada de Italia; pero el crecimiento es más sensible en Roma, Milán, Genova y otras ciudades. La gran miseria que reina en Sicilia no impide el aumento de la población y el número de nacimientos la agrava.

El crecimiento tan rápido de las ciudades italianas resulta más notable cuando se ve que lo produce tan sólo el exceso de nacimientos sobre las defunciones (2). En veinte años, de 1872 á 1891, la inmigración no ha dado más que el débil contingente de 350.000 nuevos ciudadanos, del que sólo diez ciudades han aprovechado.

El aumento de la población no se hace sentir menos en los campos, y es tanto más saliente cuanto que coincide con una fuerte emigración. En cinco años (1888-1892) la emigración no ha bajado de 4.262.624 individuos (3).

(1) Población de las ciudades de más de 100.000 (por millares):

	1871	1891
Roma.....	224	436
Nápoles.....	448	518
Milán.....	261	424
Turín.....	212	331
Palermo.....	219	272
Génova.....	130	211
Florencia.....	167	198
Venecia.....	129	146
Bolonia.....	115	143
Mesina.....	111	142
Catania.....	84	117
Livurnia.....	97	104

(2) En Venecia, por excepción, los fallecidos superan en una débil proporción á los nacimientos. Las lagunas son por esencia malsanas.

(3) 486.741 emigrantes quedaron en Europa, 744.976 marcharon á la América del Norte ó á la América del Sur, 10.907 se establecieron en Egipto, en Argelia, en Australia. Sólo nos falta el año 1892 para esta última categoría de emigrantes.

Los países escandinavos tienen la misma historia. En Suecia la población urbana progresa rápidamente. En 1850 no existía aún en el país ninguna ciudad de 100.000 almas, y sólo cinco ciudades cuya cifra pasara de 10.000. Cuarenta años después, en 1890, dos ciudades contaban 100.000 almas y siete más de 10.000.

Noruega, perdida en los hielos y brumas del Norte, es un país esencialmente agrícola, por lo menos donde es posible el cultivo. La población urbana á principios del siglo sólo ascendía á 93.500 almas, algo más de la décima parte de la población, que era en aquella época de 789.000. En 1890 la población urbana era de 467.000, ó sea más de 26 por 100 para una población de 1.521.000.

Admitiendo los datos incompletos de la estadística rusa, resulta en todo el imperio un desarrollo muy sensible de las ciudades.

Hacia 1860 había catorce ciudades de más de 50.000 almas, sumando entre todas 2.420.000 habitantes. En 1890 trece ciudades tenían más de 100.600 habitantes, y la cifra de su población llegaba á 4.000.000. Á partir de 1867 su crecimiento ha sido de más de 60 por 100, mientras que el del imperio no pasaba de un 25 por 100.

Un censo aún no terminado eleva á diez y seis el número de las ciudades de más de 100.000 almas. San Petersburgo ha más que doblado. Karkof y Odessa han triplicado. Riga ha aumentado en 176 por 100. En Varsovia ha doblado la población, y á pesar del duro yugo que pesa sobre los polacos, el crecimiento de la población del gran ducado ha sido de 56 por 100.

Podríamos continuar nuestro viaje por Europa; donde quiera veríamos el aumento de la población urbana á expensas de la población rural; donde quiera veremos agravarse el mal con extraña persistencia. Los mismos hechos se producen al otro lado del Atlántico. En 1870 las grandes ciudades de los Estados Unidos contenían el 64 por 100 de la población.

En 1890 Nueva York contaba 1.515.000 habitantes, y después de la anexión de Brooklyn 2.312.000; Filadelfia y Chicago tienen más de 1.000.000 de almas; San Luis, Boston y

Baltimore más de 400.000; hay nueve ciudades que pasan de 200.000, y en otras doce la población excede de 100.000. En ningún país el exceso de la población urbana aparece tan formidable (1).

Desde otro punto de vista, las nuevas construcciones en Chicago costaron en 1896 114 millones; en 1897, 109 millones; las de Filadelfia, durante esos mismos años, 124 y 130 millones; las de San Luis, 55 y 47 millones; las de Detroit, 27 y 22. En los Ángeles, ayer todavía, una Antilla medio india de nombre desconocido, ha gastado en 1896 15 y 17 millones. La importancia de estas construcciones está en relación con el progreso de la población.

La India da iguales resultados, aunque menos terminantes. La población de Bombay, según el censo de 1891, era de 821.000 almas; la de Calcuta con sus arrabales, de 810.000. Madrás tenía 452.000 habitantes; Hiderabad, 415.000. Veinticuatro ciudades contaban 200.000 almas, y desde 1891 el aumento es más notable en las ciudades donde la población excede de 20.000 almas que en las que no alcanzan á esta cifra. Es de 10,3 para las primeras y de 7,5 para las segundas.

Así, pues, si recorremos el mundo civilizado, veremos en todas partes que la población urbana aumenta de año en año.

Hay en todo esto, nunca se repetirá bastante, un gran hecho político y económico destinado á desempeñar un papel importante en el siglo venidero. Conviene, por lo tanto, investigar las causas y estudiar las consecuencias.

EL MARQUÉS DE NADAILLAC,

C. del Instituto de Francia.

(Concluirá.)

(1) *Alm. de Gotha*, 1894.

ESTUDIOS MILITARES

EJÉRCITOS MERCENARIOS Y EJERCITOS NACIONALES

FUNDAMENTO DEL DEBER DEL SERVICIO MILITAR Y DE LA INSTRUCCIÓN
DOS CUESTIONES RELACIONADAS CON ESTE DEBER

(Fragmento de una obra por acabar.)

Preliminar.

En la sección *Comentarios*, del número 14.826 de *La Correspondencia de España*, correspondiente al día 6 de Setiembre del año que va expirando, bajo el epígrafe *Ingleses, italianos... y españoles*, el acucioso redactor ó colaborador militar de «la competente», D. JENARO ALAS (1)—cuyos originales escritos de milicia saboreo yo siempre con complacencia, como fruto de una inteligencia que, según confesión propia en los antiguos «Lunes» de *El Imparcial*, se había asomado al extenso campo de la ciencia por la estrecha ventana de la matemática,—inserta el medio suelto, medio artículo, siguiente:

«No muy lejos de donde el ejército italiano fué hecho tri-
zas por los bárbaros guerreros de Menelik, acaba de tener el
ejército inglés una señalada victoria sobre los bravos y tam-
bién bárbaros derviches de Osmán Digma. Los soldados del

(1) Hace pocos días, según el texto de una carta del propietario de *La Correspondencia de España*, inserta en su periódico, el Sr. ALAS, como el Sr. MELLADO, no pertenecen ya á la redacción de la publicación popular.

Como el presente trabajo está hecho antes de que la *sección militar* del referido periódico quedara huérfana de su ilustrado redactor, no creo que debo alterar lo que escribí el 9 de Setiembre pasado, cuando todavía en aquella fecha el Sr. ALAS actuaba de consejero áulico, del Ministro de la Guerra en particular, y de la Nación en general, desde las columnas del diario noticiero.

ejército italiano eran en su mayor parte *mozalbetes llevados á filas por la ley del servicio militar*; los soldados ingleses que pelean en la Nubia son todos soldados por su voluntad, y el Gobierno no los envía á las colonias hasta que cumplen veintidós años de edad y llevan dos ó tres de servicio.

»No sólo la equidad sale ganando en el sistema inglés respecto al italiano *y otros idénticos, sino también el interés nacional*; pues aunque sea caro el hombre mercenario, *que lo mismo soldado que oficial echa sus cuentas* antes de dedicarse á la profesión militar, siempre que se trate de otra cosa que defender el suelo patrio, *ese mercenario resiste más y ha aprendido más que el mozo llevado á la fuerza* (1) á una ocupación pasajera y para él honrosa en grado sumo.

(1) El retraso de la publicación de este artículo, por causa de enfermedad, que me impidió entregarlo á tiempo para que hubiera salido á luz, por lo menos, dentro del mes de Septiembre próximo pasado, ha tenido, sin embargo, la ventaja de permitirme reproducir en esta nota parte de las declaraciones del GENERAL AZCÁRRAGA, publicadas por *El Liberal* del 28 del mes anterior, y que, con la autoridad que las avalora, vienen, en esta ocasión, como miel sobre hojuelas.

Dice el ilustre General: «Se sienta como axiomático que se mandaron á Ultramar 200.000 hombres, *que ni eran soldados, ni tenían instrucción*.—Yo declaro, y lo demostraré, que semejante concepto carece de exactitud...—Conviene recordar que en el espacio de dos años se enviaron á Cuba, Puerto Rico y Filipinas 214.333 hombres, en la forma que voy á exponer:—La primera expedición que salió para Cuba al iniciarse la invasión de Baire, la envió en Marzo de 1895 mi digno antecesor, compuesta de siete batallones provisionales, constando en total de 6 300 hombres, sacados todos de los cuerpos de Infantería, y, por tanto, *soldados hechos, con instrucción y edades varias*.—El aspecto que fué tomando la insurrección obligó á ir aumentando el envío de refuerzos, y sucesivamente se mandaron de los 56 regimientos de infantería: 10 batallones de Cazadores, formados con los 20 de este instituto; 200 compañías, sacadas todas de los cuerpos de Infantería, para elevar á 8 las de los batallones del ejército de Cuba; dos batallones del ejército de Puerto Rico; 4 batallones de infantería de Marina; el batallón voluntarios de Madrid; otro del principado de Asturias, y 6 batallones provisionales.—Todas estas unidades se formaron con los soldados ya instruídos que tenían los respectivos cuerpos, con soldados de la 1.^a reserva que habían cumplido tres años de servicio en filas, con excedentes de cupo, con voluntarios, en su mayoría licenciados del Ejército, y, por último, con reclutas de los contingentes de los reemplazos de 1895 y 1896.—De manera que en cada una de las expediciones iban, dentro de las unidades orgánicas, mezclados soldados ya instruídos y soldados con escasa instrucción, y mezclados también en cuanto á las edades.—Esto en lo que hace referencia al arma de Infantería, porque los 12.000 soldados de Caballería, Artillería é Ingenieros que embarcaron para Ultramar, todos tenían completa la instrucción, y llevaban en filas en los regimientos algún tiempo, *lo que por sí solo prueba que eran mayores de veinte años, y estaban ya apegados á la vida militar*.—Por lo demás, nunca llegó á mi noticia que por falta

»Cuando se habla, *todavía* y á pesar del terrible escarmiento que hemos tenido, de llevar miles y miles de soldados forzosos á alguna colonia, hay que creer que en España se ha perdido el sentido común; pues de otra suerte debería ser considerado como enemigo del reposo público y tratado como tal cualquiera que propusiese en adelante el embarque para las colonias de un solo español que no vaya porque quiera y que no vaya en condiciones fisiológicas propias para servir de algo en aquellos regiones insalubres.

»Mientras no nos convenzamos de esto, nuestros dominios coloniales, por pequeños que sean, serán bastante grandes para comprometer nuestra tranquilidad; y por lo que hace al prestigio militar, lejos de igualarnos al que han sabido conquistar los ingleses en sus guerras coloniales, nos pondremos *siempre* al nivel de Italia en su desastrosa aventura de la Eritrea.

»Dirán los lectores que no hay español que no esté convencido de ello: pues no hay tal cosa; y si ahora, muy en caliente, no se adoptan medidas para evitar los errores funestísimos, téngase por seguro que no pasarán muchos años sin que, esos errores se repitan, y tras ellos vendrían, como vinieron ahora, los consecuencias.—JENARO ALAS.»

*
* *

Yo me confieso uno de esos españoles faltos de sentido común, que creen que sólo en Inglaterra y en los Estados Unidos pueden dar resultado los ejércitos mercenarios, pero no en las naciones del continente europeo; esos ejércitos que encantan al Sr. Alas son por razones de raza y de riqueza, y por el fundamento que esas naciones atribuyen al servicio militar, la excepción que confirma la conveniencia de los *ejércitos nacionales* que, fundando el *deber del servicio militar en prin-*

de edad ni de instrucción dejaran los soldados de cumplir valerosamente con sus deberes».

.....
Creo que con esto basta para desvanecer las sospechas que suscita el sentido intencionado de las palabras que he subrayado en el final del segundo párrafo de la *elegía* humanitaria del Sr. Alas, que he reproducido íntegra.

cipios sociales más elevados que los industriales y mercantiles que informa la organización de esos ejércitos mercenarios,— como probaré más adelante—en las naciones continentales, donde todavía quedan algunos restos de idealismo, se comprende toda la realidad del fundamento del deber militar, *y ni los soldados, ni mucho menos los oficiales, echan otras cuentas que las de cumplir dicho deber, que es obligatorio é inalienable* para todo ciudadano que nace en un Estado.

Creo que puede estar tranquilo el Sr. Alas, porque no habrá necesidad de enviar tropas á ninguna colonia; pero si fuera preciso enviarlas, estoy conforme con él en que se escojan entre la gente más veterana é instruída de los cuerpos— en ningún caso mercenarios—y se someta á los elegidos á un reconocimiento más detenido y severo de lo que se ha acostumbrado hasta el presente, y se conseguiría enviar fuerzas de condiciones fisiológicas y de instrucción capaces de soportar con muchas probabilidades de resistir con ventaja los ataques del clima y los del enemigo, á pesar de no ser *mercenarios, sino ciudadanos que van á saldar una deuda sagrada con la patria*; porque tenga usted entendido, Sr. Alas, que acaso como consecuencia de mis escasos alcances he tenido siempre por partes integrantes de la patria á las colonias que... hemos perdido, y por lo mismo no puedo admitir el especioso distinguo que usted establece, para justificar su aserto, entre el *suelo patrio* y el *de las colonias*, diciendo: *Siempre que se trate de otra cosa que defender el suelo patrio, ese mercenario resiste más y ha aprendido más que el mozo llevado á la fuerza...*

Ese mercenario resistirá mientras no le falte un prest subido, pagado puntualmente, cómodos alojamientos, traje vistoso, alimentación suculenta, lo mismo en paz que en guerra, y una disciplina excesivamente rigurosa para contener los instintos de aventureros que se dedican al servicio militar asalariado porque no sirven para otra cosa, y estos ejércitos sólo las naciones adineradas y mercantiles, como Inglaterra y los Estados Unidos, pueden tener y utilizar tales fuerzas, que no siempre han mantenido su crédito militar, como parece sostener el Sr. Alas, pues en el Transvaal, en muchas ocasiones, han tenido desastres, como el sufrido por el año 1882, si no recuerdo mal,

por el General Sir Eveling Wood. Y en la India no les debe ir todo lo bien que parece, cuando hemos visto que, después de apaciguada, hasta cierto punto, la insurrección del Afganistán, se echaron sobre Egipto, para tener donde apoyar un pie si á la larga ó á la corta las cosas cambiaran y tuvieran que abandonar la India, y como perspicaces y previsores que son, se preparan para que, caso de un revés, ni su comercio sufra por ello graves consecuencias, ni su población sobrante carezca de territorios donde explayarse.

No recuerdo cómo se llamaba un Ministro de Hacienda inglés que hace años, contestando en la Cámara de los Lores á un orador que combatía un crédito que había pedido el Gobierno para el aumento de la marina, le decía, con el... despejo con que hablan en ocasiones los Ministros ingleses, que, en el término de veinticinco años, la población de las Islas Británicas crecería en tales proporciones, según datos que había recogido, que acarrearía un gran conflicto á la nación, por imposibilidad material de conseguirle medios de vida en el territorio insular, *y que por lo mismo era preciso ser más fuertes que las demás naciones, para, SINO POR LA ASTUCIA POR LA FUERZA, adquirir con tiempo territorios que fueran proporcionando salida y medios de vida al exceso de población.*

Estas tendencias tan honradas y humanitarias, justifican los ejércitos mercenarios que, aun cuando cuesten caros, cuando hay que resolver problemas de tal naturaleza, los venden muy baratos porque, á pesar de ello, la ganancia es segura.

Los Estados Unidos, hermanos de raza de los ingleses, tienen las mismas razones que éstos para emplear el mismo procedimiento de recluta, puesto que cuentan con fortuna suficiente para emprender empresas como la que acaban de realizar, preparada desde hace mucho tiempo, no como ellos dicen, por humanidad, para redimir á los cubanos de la tiranía española, sino para *apoderarse con tiempo de las Antillas, para tener la llave del canal de Panamá en el golfo de Méjico*, antes de que se abra al tráfico; por lo que, si la insurrección cubana, fomentada por ellos, no les hubiera ofrecido la ocasión que desde que empezó el trazado del canal venían preparando, tan bien han sabido aprovechar, cuando han creído llegada la

oportunidad, hubieran buscado por otro camino otra coyuntura para conseguir tener en su poder las Antillas, antes de que se ponga en tráfico el canal.

¡Ya pueden esperar sentados los cubanos á que les dejen libre la isla!

Y ahora voy á intentar poner de manifiesto el fundamento del deber militar, ineludible para todo ciudadano que nace en un Estado, y cómo, por razón de este fundamento, no puede aplicarse al servicio militar la división del trabajo y, por consiguiente, que la sustitución y redención son inmorales, concluyendo con fijar los límites de edad que marcan la duración de la permanencia en filas á los ciudadanos, en nuestro país: todo ello en comprobación de lo manifestado anteriormente.

El lector que tenga suficiente abnegación para llegar al fin de este trabajo, formado con fragmentos de una obra que hace tiempo venía preparando, y que desconfío de concluir, podrá decir después si los ejércitos mercenarios son mejores que los nacionales, cuando éstos están bien organizados y no se les niegan, en tiempo de paz, los elementos precisos para completar su instrucción y su educación militar, con lo cual entro en materia.

I

Fundamento de la obligación al servicio militar y á la instrucción.

En el sistema de la humanidad el hombre debe la vida, la seguridad, la educación, los medios de subsistencia, el bienestar, la libertad, la moralidad y el progreso perfectible, á la sociedad y á las leyes; luego es claro que, en pago de tales beneficios, está obligado á dar á una y á otras un apoyo moral y material de todos los instantes, y sacrificar por ellas vida, libertad y bienes cuando se vean en peligro.

Moral, política, civil, militar y económicamente hay un empeño recíproco entre la asociación y el ciudadano: aquélla presta diariamente á éste servicios y protección valiosísimos; éste, pues, debe pagar con su persona y bienes la protección

y servicios que aquélla le procura: *éste es el fundamento racional del deber militar.*

Lo que más ama el hombre es la vida, la libertad, el placer, y como consecuencia de ello, las leyes y bienes que se lo aseguran; pero para hacer respetar todo esto, es preciso que se instruya y disponga convenientemente para defenderlo.

*
* *

«Instruyendo á los ciudadanos—dice Mr. de Freycinet (1)— es como se preparan los buenos soldados; formando soldados se encontrará ocasión de instruir á los ciudadanos. La instrucción debe existir en la base y en la cúspide de nuestro ejército. No se olvide que hemos sido vencidos por el *saber más que por el número*. Sí, se puede asegurar, con pruebas al canto, que la inferioridad de nuestra educación nacional es la que nos ha traído los reveses. Hemos sido batidos por adversarios que han empleado la previsión, la disciplina y la ciencia: lo que prueba, en último análisis, que hasta en los conflictos de la fuerza material la inteligencia es la que triunfa.

»Es necesario, pues, verter á torrentes la instrucción, es necesario que en lo sucesivo no llegue ningún hombre á los veinte años sin haber recibido, en cierta época de su juventud, un *mínimum* determinado de conocimientos útiles. Á los que intenten negar, desde el punto de vista militar, la necesidad de esta educación en el soldado, les responderé, en primer lugar, que el soldado prepara al sargento y, hasta cierto punto, al oficial; y después, ¿es acaso la instrucción una cosa indiferente aun en el simple soldado, en el soldado que no haya de pasar de tal? El beneficio de la instrucción, en los hombres que la poseen, no resulta de las ventajas directas que procura, sino de la aptitud que da para comprender todas las cosas con mayor facilidad. La disciplina, cuyo precio se exalta no sin razón, ¿no es más espontáneamente respetada por aquellos cuya cultura intelectual les coloca en condiciones de comprender mejor sus efectos? ¿Acaso el hombre,

(1) *La guerre en province.*

cuyo espíritu está, digámoslo así, desbastado no aprende más pronto el oficio de las armas? ¿No sabrá en la guerra aprovecharse mejor de las circunstancias? Y por último, ¿acaso las cualidades morales, que son el alma de los ejércitos, no se ven influídas por los progresos de la inteligencia? Si algunas de ellas, como la bravura, la satisfacción interior, el entusiasmo, parecen en cierto modo espontáneas en el soldado francés, otras no menos útiles en la guerra, la paciencia, la abnegación y la constancia, se enlazan evidentemente con la educación.»

*
* *

Las consideraciones precedentes, con las palabras transcritas de Mr. de Freycinet, demuestran hasta la evidencia, que la instrucción y el servicio militar son obligaciones generales, cuyo abandono ó rehusamiento implica el suicidio: los ejércitos de mercenarios ó voluntarios, sean nacionales ó extranjeros, han servido en todo tiempo para forzar las cadenas de la servidumbre de los pueblos primero, de los Reyes ó Emperadores después.

Tan pronto como los ciudadanos de un Estado, prefieren contribuir á la defensa general con su dinero mejor que con su persona, la sociedad recibe una herida de muerte y pronto ó tarde se disolverá.

II

Al deber militar no puede aplicársele el principio de la división del trabajo.

Está fuera de toda duda que *al nacer un ciudadano nace un soldado para la patria*; pero este principio, cuya causa está ganada actualmente en la opinión, *no debe aparecer en las leyes como concesión á los envidiosos: el rico no debe venir á las filas para acallar las reclamaciones del pobre*, que el servicio militar no debe abolirse en nombre de una falsa igualdad.

La razón de la obligación al servicio en una sociedad como

la nuestra es más profunda y más moral, como se acaba de ver en el artículo I; por consiguiente, debe mosinculcar la convicción de que *la defensa de la patria no es una carga, sino un deber*, deber que, como el de defender á nuestra familia, nuestro honor y nuestro hogar, es ineludible y, por consiguiente, estrecho, directo y personal, en cuyo cumplimiento *nadie puede sustituirnos*.

Preciso es llamar mucho la atención sobre todo esto, especialmente por lo que toca á nuestra España, donde desde algunos años á esta parte hay una opinión, nada despreciable por cierto, pues está mantenida y se propaga por hombres de valer, según la cual, para las necesidades militares del país en tiempo de paz, es más conveniente y económico componer el ejército permanente con voluntarios, como se ha visto más arriba pretende también el Sr. Alas.

Semejante teoría, sin embargo, tiene bastante de utopía, y no debe admitirse sin examen. Los adeptos á los ejércitos de voluntarios parten, en mi concepto, de un principio falso, cual es que consideran la milicia como un oficio y no como una función y manifestación de la sociedad, como un campo de Marte adecuado á las condiciones de los Estados modernos.

Admitido este principio, claro es que, como dijo ya el Marqués de Chambray, «los mejores militares son aquellos que forman su estado de la profesión de las armas»; pero no siendo la guerra el modo de ser permanente de la humanidad, sino un accidente, una crisis momentánea y pasajera, el servicio de las armas no es oficio, sino una prestación personal con carácter de moralidad y legitimidad, una escuela de educación militar para la nación.

Convengo en que los cuadros, principalmente de segundo teniente á General, deben hacer del servicio militar su profesión, si han de responder á lo espinoso de sus cargos, á la profundidad, amplitud y variedad de las misiones que deben cumplir y responsabilidades que les son propias; pero pretender ensanchar ese principio hasta el simple soldado me parece contraproducente, expuesto, antipolítico y poco moral.

El autor antes nombrado afirma y apoya su aserto en citas históricas, que las tropas mejores son las mercenarias, que

la generalidad de las revoluciones han acaecido apoyadas en las tropas nacionales casi siempre, y aun añade, como para dar más fuerza á su opinión, que los ejércitos del primer Napoleón fueron siempre vencidos por las tropas inglesas, mercenarias todas, y vencedoras de las españolas, las cuales estaban llenas de patriotismo y animadas de ardor fanático; pero también dice en otra parte que con el reclutamiento por voluntarios sólo se consigue tener ejércitos cortos respecto á la población, que el reclutamiento forzoso *se impone á todas las naciones*, desde el momento que una de ellas lo adopta como sistema; y que Inglaterra misma no está exceptuada de esta regla, pues si bien tiene el voluntario como método para reemplazar su ejército, *echa mano á la recluta forzosa para su escuadra*; finalmente, que en la Gran Bretaña, constituida aristocráticamente, el ejército ha pertenecido siempre al Parlamento, y por consiguiente, á la aristocracia, puesto que debe su existencia á la ley *mutiny act*, renovada anualmente, y en cuyo preámbulo se proclama la autoridad del segundo sobre el primero, y que la oficialidad, tomada principalmente de entre la nobleza, abiertos para ella los salones de la aristocracia, halagada por ésta y pudiendo comprar los empleos, se hallaba sumamente interesada en exigir una rigurosa disciplina y en evitar sublevaciones, pronunciamientos y revoluciones, á lo que también contribuyen las clases inferiores, por tratarlas en paz y en guerra mejor que en las otras naciones de Europa.

Si es posible y aun necesario intervenir en el gobierno y administración del Estado por medio de representantes, sería peligroso proceder de igual modo en la constitución de los ejércitos: á los diputados sólo se les hace depositarios de la voluntad de sus electores; á un ejército de voluntarios se le hace depositario de la fuerza de la nación, y esto es muy distinto; á los primeros se les puede pedir cuenta de la amplitud y forma como han empleado sus poderes, y aprobarlos ó condenarlos, eligiéndoles ó no en otra legislatura; el segundo podría obrar en contra de las ideas del pueblo, y éste no se hallaría en situación adecuada para hacerle sentir su enojo y resentimiento.

La misma Inglaterra, cuyo ejército tiene por especial mi-

sión hacer la guerra y estar pronto á intervenir en los conflictos del exterior, hase visto obligada á organizar la *yeomanry*, milicia á caballo—que por cierto tiene mucho de feudal y aristocrática—compuesta de los propietarios ricos y principales fabricantes, mandados en principio por la nobleza, y que sólo puede ser empleada para mantener el orden dentro de cada condado.

En suma, creo, con el General Marselli, que la instrucción y el servicio militares son condición de ciudadanía; una obligación muy política, muy moral y muy justa; y aun cuando ampliado el concepto en armonía con los principios más admitidos actualmente y más racionales, digo lo que Napoleón I, refiriéndose á la *conscripción*: que «si el servicio militar obligatorio es una ley terrible y lamentable para las familias, constituye, en cambio, la seguridad del Estado. Soy intratable, añadía, en cuanto á las exenciones sobre este punto, porque son verdaderos crímenes. No sé cómo haya quien se avenga á cargar su conciencia con el hecho de llamar sobre un individuo la muerte, tal vez destinada á otro. Muy dudoso es que exima yo de aquella ley á mi propio hijo. El servicio militar obligatorio es el escudo de una nación, la purificación de su moral, la verdadera institución de sus costumbres. Además, una nación se encuentra de este modo clasificada de la manera más conveniente para atender á su defensa exterior y á su reposo y tranquilidad interiores. Según mi sistema y mis intenciones, el servicio militar, lejos de perjudicar á la educación, habría, al contrario, contribuído á perfeccionarla y completarla. Con el tiempo hubiera conseguido yo formar en cada regimiento una escuela para el principio y continuación de la enseñanza, de cualquier género que fuese, bien para la parte científica, bien para las artes liberales ó mecánicas. ¡Qué beneficio tan grande no habría producido en la masa total de la sociedad la incorporación en ella de todos aquellos jóvenes provistos ya de conocimientos, aun cuando no fueran éstos más que elementales, y sobre todo, adornados con la moralidad de costumbres que deriva necesariamente de la ocupación y laboriosidad!»

*
*
*

Se ha dicho (1): «Constituye el ejército permanente una *profesión pública*, para la cual es necesaria *libre y espontánea vocación*».

Convengo en ello por lo tocante á los institutos de seguridad (municipales, orden público, guardia civil, urbana y rural); mas no por lo que se refiere al ejército propiamente dicho: ése tiene por misión combatir las graves perturbaciones y facciones *armadas* del interior, y hacer respetar en el exterior la existencia, la libertad, la integridad, el decoro y los derechos nacionales; es decir, su objeto es la guerra, bien se manifieste entre las provincias ó partidos que se agitan dentro del Estado, ora se empeñe con otras naciones. Pero la guerra no es una profesión, sino un accidente, una enfermedad pasajera que hay que combatir, y por consecuencia, *el ejército no debe tener el carácter de oficio, sino afectar el concepto de escuela, de campo de Marte permanente*. Por lo demás, para defender á la patria, las instituciones, las leyes, los derechos personales y reales *no precisa vocación especial*: todo el que se ve atacado en sí mismo, en su familia, en su sosiego ó en sus facultades y bienes se apresta libre y espontáneamente á defenderse, y se defiende mejor ó peor.

*
* *

También se ha dicho (2): «Las familias pobres y la clase media, *que tienen menos intereses que defender* contra el desorden interior y contra las agresiones extranjeras, fines principales del ejército, tendrán que ser, sin poder evitarlo, las que, por tener mayor número de hijos, *contribuyan más veces y con mayor trabajo* á la creación y renovación del ejército, mientras que muchas casas y corporaciones ricas, *que tienen grandes intereses que encomendar á la custodia y defensa del ejército, nunca contribuyen á su creación por no tener hijos varones, y las clases acomodadas redimen sin esfuerzo á los suyos*».

(1) Vidart, *Ejército permanente y armamento nacional*.

(2) Navarro Muñoz, *Apuntes para un ensayo de organización militar de España*.

«Los mozos que en cada reemplazo ingresan en el ejército, no vienen á él con la necesaria vocación, y mucho menos con entusiasmo; vienen forzados, profundamente contrariados..»
«*La contribución de guerra* no debe ser una contribución de sangre, no debe imponerse en hombres, porque en este caso el que tiene muchos hijos la pagará muchas veces, aunque tenga poco que confiar á la custodia y defensa del ejército, y el que no tenga hijos varones nunca pagará esta contribución, aun cuando tenga muchas hijas y grandes intereses que custodiar y defender; este servicio debe costearse como se costean todos los demás del Estado: no en especie, sino por una tributación pecuniaria...»

Campea en todo lo transcrito lamentable tergiversación de ideas, y se nota marcada tendencia á referir los beneficios sociales, no á la personalidad, sino á la propiedad, al dinero. Se parte de principios erróneos, y las consecuencias han de ser falsas: si el hombre tiene intereses, si puede subvenir regular ó ampliamente á sus necesidades y caprichos, es porque la sociedad le asegura la existencia, le proporciona educación, capital y trabajo, hace que su libertad y su actividad sean respetadas, establece instituciones, leyes y tribunales que garanticen á todos y cada uno en su vida autónoma, en sus derechos, en sus facultades, en sus manifestaciones, en los resultados ó productos de sus profesiones y negocios.

En la sociedad no hay más ni menos intereses; es un organismo, una entidad moral donde todo concurre á iguales fines, donde todo está unido estrechamente á todo, cuyo objeto es la seguridad, el bienestar y el progreso de todos.

¡Que las familias pobres tienen menos intereses que defender! No es eso lo que enseña la economía política: en el sistema social, el capital y el trabajo son dos términos que se completan, que no pueden vivir separados, que se apoyan mutuamente, que es peligroso separar ó poner en oposición. Si el capital debe su formación y crecimiento al trabajo, si el desarrollo de la riqueza agrícola, industrial y mercantil se debe en primer término á la cooperación activa de los obreros, el bienestar de las clases trabajadoras, la facilidad de ocurrir á sus necesidades y poder mejorar el porvenir de sus

hijos, mediante una educación más extensa, son consecuencia recíproca del aumento de la riqueza y abundancia de capitales: unos y otros, capitalistas y obreros, ricos y pobres, están, pues, interesados en la defensa armada de la sociedad.

Si hay familias pobres que, por tener hijos varones, contribuyen para el organismo ejército, mientras otras acaudaladas, con hijas, no dan contingente, aparte de que con el servicio general obligatorio por sistema permanente los cabezas de ambas familias habrán prestado ó estarán aún prestando en las reservas ese servicio, con la seguridad y el orden obtendrá la primera beneficios valiosísimos de la riqueza y empresas industriales y negocios mercantiles de la segunda.

Por lo demás, el servicio militar *no es una contribución*, y por lo mismo no puede exigirse en igual forma que un impuesto pecuniario: es un aprendizaje, la función primordial de los ciudadanos de un Estado, la condición de vida de éste y, por tanto, *un deber general*.

¡Que los mozos no vienen al ejército con vocación ni entusiasmo! Ciertamente; pero no, obedece á las condiciones de los tiempos actuales, en que la guerra no es la manera de existir permanente de las sociedades, como en lo pasado, y el individuo aprecia más la paz y la vida y goces privados que la guerra, la vida y goces públicos.

Para concluir:

«Tan pronto como los ciudadanos quieren servir más bien con su bolsa que con su persona, dijo *Rousseau*, el Estado está muy próximo á su ruina. ¿Es necesario ir á la guerra? Pagan tropas y se están quietos. Á fuerza de pereza y dinero tienen soldados para sojuzgar á la patria. *Dad plata y bien pronto tendréis hierros.*»

III

Sustitución y redención.

Las teorías de la sustitución y de la redención son inmorales, perturbadoras, inicuas y tienden á dar al ejército un carácter que no debe tener y á divorciarle más y más de la sociedad civil.

Si, como dijo Cicerón al hablar de Bruto, para salvar la libertad todo hombre es magistrado, justo es añadir hoy que para defender y salvar al Estado, las libertades y las leyes, todo ciudadano debe ser soldado.

Con la sustitución y la redención se convierte el ejército en un principio inmoral, porque el pobre que no puede disponer de una suma de dinero para comprarse ó comprar á otro hombre, considera á la milicia como un estigma de su pobreza, como una institución punidora, y no como altísimo y sacrosanto deber, por resultar evidente, como dijo el poeta revolucionario, *Aiguals de Isco*, que:

Esa contribución de sangre, lloro
arranca en el hogar del desvalido,
mientras el opulento enaltecido
se libra de las quintas con el oro.
¡Sólo el desventurado, el triste, el pobre
no halla calamidad que no le sobre!

Son inicuas, porque así como no puede renunciarse á la libertad, so pena de renunciar á la cualidad de ser autónomo y moral, tampoco puede renunciarse la obligación militar, so pena de prepararse cadenas y servidumbre.

Son perturbadoras, porque desunen y ponen enemistad y odio entre las distintas clases de la nación, que deben, por el contrario, vivir en armonía.

* * *

El ejército «no es una casta en el Estado», ha dicho un político contemporáneo (1). La administración no es propiedad de manos privilegiadas que operan en el misterio y lejos de las miradas públicas. El ejército es nacional y la nación entera debe escrutar minuciosamente todos los detalles. Derribese para siempre esa barrera que hace tanto tiempo se levantó entre la administración de la guerra y la nación, siendo el principal obstáculo para el progreso.

»Hágase desaparecer esa oposición inveterada entre el espí-

(1) Freycinet, *La guerre en province*.

ritu civil y el militar, pero que el segundo se instruya constantemente en el primero, que es, después de todo, el espíritu de la nación misma. Que investigue sus direcciones y le pida el secreto de una renovación necesaria. El concurso del elemento civil es el único que puede dar á la institución la vida y la fuerza de que carece actualmente entre nosotros. En el seno mismo de las naciones es donde se elaboran las ideas nuevas; en este depósito común es donde las corporaciones, por grandes que sean, deben venir á templarse y fortificarse si quieren conservar su juventud. Las que pretenden vivir en el aislamiento no tardan en secarse y perecer, y el día en que la nación tiene necesidad de apoyarse en el árbol que cree sano y vigoroso, se encuentra con un tronco seco y muerto que la arrastra en su caída.

»Sirva esto de lección á los modernos.»

*
* *

Pueden admitirse, sí, los aplazamientos y el voluntariado cuando se informan en principios de equidad y de positiva utilidad colectiva y personal, mas no la redención ni la sustitución.

Aun como compensación, sería también muy conveniente imponer una contribución pecuniaria á los aplazados y voluntarios.

IV

Límites de edad dentro de los cuales deben los ciudadanos servir en el ejército.

Desde la más remota antigüedad se han considerado suficientes tres líneas tácticas en los órdenes de combate: se ha creído que cuando hay necesidad de echar en la balanza la *tercera línea* no podía hacerse ulterior esfuerzo.

Es dable esperar que, rota y deshecha la primera línea, la segunda pueda restablecer el equilibrio del combate, por lo mismo que la primera del enemigo no habrá quedado muy

bien parada; aun destruído y anulado el segundo esfuerzo, posible es que haciendo avanzar á la tercera línea, ya que no se consiga la victoria, porque esto es en tal caso bastante improbable, se amengüe la derrota. Pero hecho este tercer esfuerzo, si con él no se recupera lo perdido, ocioso sería intentar el cuarto.

Pues lo mismo que sucede con las líneas tácticas puede aplicarse á las líneas orgánicas.

Racionalmente, una nación debe poder poner en acción tres ejércitos, de primera, de segunda y de tercera línea, con fuerza igual ó casi igual. Si los tres son derrotados, el cuarto lo será también.

Admitiendo, pues, cuatro ó cinco contingentes para cada ejército, los límites de edad serían: de veinte á veinticuatro ó veinticinco años para el primero; de veinticuatro ó veinticinco á veintiocho ó treinta para el segundo, y de veintiocho á treinta y dos ó de treinta á treinta y cinco, para el tercero. Y esto responde á la naturaleza humana, que después de los treinta y cinco años empieza á aparecer la grasa en el organismo y la vida sedentaria ofrece más atractivos que una actividad y movilidad exageradas.

Cierto que Francia, Prusia, Italia, Austria y Rusia amplían los límites de la edad hasta los cuarenta y dos y hasta los cincuenta años; pero esto, además de parecerme contraproducente é impropio, lo considero innecesario para España.

*
* *

El derecho internacional y la opinión universal condenan las conquistas, y así es dudoso que un pueblo tenga precisión de llamar á las armas á todos los hombres válidos de treinta y cinco años en adelante, para hacer esfuerzos supremos.

Aun admitiendo una guerra de independencia, de poco servirá que la ley sujete á los hombres de esas edades á acudir á defender la patria: cuando fueran llamados sería porque las tres clases orgánicas de ejércitos que he dicho habrían sido destruídas ó poco menos; y en tal caso, si el espíritu pú-

blico ama más su independencia que ciertos intereses materiales, no precisa que le ordenen se levante y arme para hacer el esfuerzo supremo: él lo hará por propia inclinación, y si no lo hace, el mejor partido que debe adoptar es el de firmar la paz á cualquier precio.

PEDRO A. BERENGUER.

Comandante de Infantería,
Profesor de la Escuela Superior de Guerra.

Madrid 9 de Septiembre de 1898.

LA PATRIA Y EL ARBOL

SÍNTESIS DE UN PROYECTO Y DE SU INMEDIATA EJECUCIÓN

Un español que ha llegado de Filipinas hace pocas semanas contó en mi presencia una escena de canibalismo, en que intervinieron unos quinientos tagalos y dos españoles muy conocidos en aquel archipiélago.

Como la ropa sucia conviene lavarla en casa, no mentaré la calidad de los españoles: baste saber que su conducta no estaba muy ajustada á su carácter y que, llamados á capítulo por el Capitán general de las islas y el Arzobispo de Manila, al volver á sus puestos iban con la molesta carga de una conminación que bastara quizá á corregirles.

Los tagalos opinaron, sin embargo, que la conminación no era castigo apropiado á las faltas cometidas, y al tener noticia del regreso de los amonestados á la cabecera de la provincia, reunidos en número de quinientos y en lugar propicio al crimen, se lanzaron sobre los desdichados y los machetearon, ensañándose de tal manera con los vencidos, que la pluma se resiste á escribir los detalles sangrientos que dan á aquella escena tonos horripilantes de tragedia.

Cuando las autoridades se presentaron ante los sediciosos para averiguar el nombre del actor del crimen y exigirle la responsabilidad de aquel cruento sacrificio, los tagalos contestaban como un solo hombre: «Todos, todos somos, señor, autores del crimen».

En España, por lo visto, en estos últimos tiempos nadie quiere ser responsable de las desdichas de la patria, cuando, en mi concepto, deberíamos lamentarnos como los tagalos, y puesta la ceniza en la frente, decir: «Señor, castíganos; todos, todos somos responsables del crimen de lesa patria».

Y porque esta responsabilidad me alcanza como á los demás españoles, llegada la hora del arrepentimiento y de la expiación, pídoles á Dios que me ilumine para ayudar á los que dediquen todas las fuerzas de su voluntad á restañar las heridas inferidas á la patria por la ruin maldad de los unos, los menos, y la punible indiferencia de los restantes.

Mas como hasta ahora, y lo digo con profunda pena, no he visto á nadie proponer cosa alguna práctica y con tendencias, no ya á romper los antiguos moldes, sino ni siquiera á modificarlos, dando modesto ejemplo á los que pueden más que yo, por su mejor inteligencia y mayor caudal, voy á exponer á las gentes de buena voluntad el pensamiento que he concebido para llevar á la obra de la regeneración patria una pequeña piedra, tan pequeña que basta mi solo esfuerzo para llevarla y depositarla ante el altar de la patria, confiado en que, aun con ser tan insignificante, nadie desdeñará su empleo, si se juzga digna de figurar, aunque sea en lugar humilde, en el edificio que cobijará algún día las glorias patrias.

El pensamiento me parece bueno porque es sencillo y práctico, y se limita á favorecer el desarrollo de la vegetación en las zonas forestales de la Península, mirado desde el punto de vista de la protección á la agricultura, del aprovechamiento racional de las aguas, de la conservación del suelo nacional y del fomento de la riqueza española.

.....

No hay agricultura posible sin montes, ni montes sin el amor de los pueblos á los arbolados.

Por esto quien sepa inspirar á las generaciones de lo porvenir el amor al árbol, habrá hecho á España un beneficio incalculable.

Mi proyecto, pues, que espero realizar, con la ayuda de Dios, no tiene más mira que despertar el amor á los arbolados en los hijos de España.

Para conseguirlo ofrezco quinientas pesetas al autor de la mejor cartilla forestal escrita en castellano, que contenga dos partes: una, compuesta de diez aforismos encaminados á exponer en brevísima forma axiomática los beneficios que

reporta el hombre de la conservación y el fomento de los montes, y el delito que comete contra las generaciones presentes y futuras el que tala furtivamente árboles de monte, delito que la naturaleza tarda á veces siglos en borrar de la superficie de la tierra; y otra, que deberá satisfacer las condiciones del programa redactado por un Jurado idóneo, y cuyo espíritu estará inspirado en la necesidad y la conveniencia de conservar y fomentar los arbolados, dando reglas concisas, precisas y prácticas para conseguirlo, puestas al alcance de los niños que vayan á las escuelas comunales.

La cartilla premiada, si llega á ser declarada obra de texto, podrá ser editada por su autor, pues yo le cedo todos mis derechos, con tal que el reparto de beneficios quede distribuído en la siguiente forma: una cuarta parte para el autor de la obra, deducidos los gastos de impresión, durante diez años, y las tres cuartas partes restantes para los maestros de primera enseñanza que dediquen dos meses del año á la explicación y enseñanza de la cartilla forestal.

Pasados los diez años á que me refiero en el párrafo anterior, si la Escuela de Ingenieros de Montes acepta el encargo, la edición de la cartilla correrá á cargo de la Junta de profesores, y las ganancias, ó sea su derecho á la cuarta parte, servirá para fomentar la biblioteca ó las colecciones de la Escuela, á juicio de aquella Junta.

La parte de cartilla dedicada á aforismos se insertará en un encerado especial en cada escuela municipal, con carácter de perpetuidad, y se escribirá en lengua castellana, catalana y vascuence ó en el dialecto propio de la provincia ó región en que esté fundada la escuela.

Si el Gobierno lo considerara procedente y útil, podría ordenar que los aforismos se escribieran, con carácter de perpetuidad también, en un cuadro de grandes dimensiones, clavado en uno de los paramentos del consistorio de cada pueblo, y en sitio muy visible, para que fuera continuamente recordado por los encargados de administrar los intereses de los pueblos.

Los maestros de escuela, como testimonio de consideración y adhesión al pensamiento, deberían cuidar de la cele-

bración anual de la Fiesta del Árbol en cada pueblo, instaurando la fiesta como se ha hecho en Madrid, de manera que, acompañados los niños por las autoridades civiles y eclesiásticas, subieran al monte y allí, en el rodal llamado «de la escuela», se ejercitaran en plantar uno ó varios árboles de monte, dando á los niños el aliciente de un día de campo, de merienda comunal y de respeto y consideración al bosque, que es y debe ser siempre la mejor garantía de la existencia de los pueblos forestales de la Nación.

.....

El rodal de la escuela sería sagrado para los pueblos; ¿quién, á no ser un malvado, atentaría á la existencia de la obra de los niños?

Después, convertido el niño en adolescente, en hombre maduro, el respeto al árbol plantado por sus manos, por asociación de ideas, le llevaría á respetar la que es su hacienda y la de todos los que viven y han de vivir á perpetuidad en la patria pequeña, transformándose así lentamente y con ayuda de aquellos aforismos, que han de ser como un decálogo forestal, las costumbres destructoras de los pobladores de nuestros campos y montañas, víctimas propiciatorias hoy de la ignorancia, la miseria y el abandono de la Nación.

Para realizar este proyecto no pido á nadie cosa alguna, ni á los gobiernos, ni á los pueblos, ni á los particulares. Al autor de la cartilla le ofrezco una cantidad que me parece remuneración decorosa del tiempo y del trabajo empleados en meditarla y escribirla; si la obra fuera declarada de texto, la remuneración que cedo al autor, tratándose de una nación que cuenta los municipios por millares, aun vendiéndose la cartilla á precio bajísimo, podría proporcionarle una pequeña fortuna; á los maestros de escuela, tan desatendidos y maltratados, les ofrezco las tres cuartas partes de la venta de la cartilla, cantidad que doy gustoso como tributo de respeto y consideración debidos á los que dedican sus vigiliass á la importante tarea de levantar el nivel intelectual de nuestra patria.

Y si alguien creyera, después de leer este proyecto, que el autor del pensamiento nada guarda para sí, yo he de ex-

poner aquí con sinceridad que me guardo la mejor parte, la que no se puede comprar con todo el oro del mundo, la del goce de la hermosa recompensa de asociar mi nombre á la reconquista de nuestras montañas abandonadas, sin que cueste á la Nación una lágrima ni una gota de sangre. Si yo lograra este resultado, mi paso por el mundo no habría sido estéril, porque dejaría un surco labrado con mi pensamiento en todas las montañas españolas.

RAFAEL PUIG Y VALLS,
Ingeniero Jefe de Montes.

SILUETAS DE POETAS ALEMANES

KLOPSTOCK

Federico Amadeo Klopstock nació el 2 de Julio de 1724 en Quedlinburg.

Klopstock fué el creador de la poesía moderna alemana, ennoblecida con formas griegas. Este hombre extraordinario fué, en unión de Gellert, de Uz, de Wieland y de Rabener, despertador hábil del alma alemana y de los sentimientos más benéficos para la formación del carácter de la nación (1).

Siendo aún estudiante concibió la idea de escribir una epopeya del Mesías, y al salir en 1745 de la enseñanza, profetizó, en su discurso, que un gran cantor despertaría pronto la dormida musa alemana.

Pasó á la Universidad de Leipzig, y allí escribió los primeros cantos de su *Mesiada*, mezcla de patética bíblica y de sentimentalismo alemán.

El poema causó un efecto extraordinario, principalmente por sus plegarias, himnos y arrobamientos, que delataban lo que indudablemente fué Klopstock: un poeta lírico sobresaliente; un artista soberano del lenguaje alemán, que enriqueció y vigorizó con giros atrevidos, llenos de sonora concisión.

El raudal de sentimiento y de tierno afecto y la espontaneidad del lenguaje, que rebosaban en el poema, lo hacían simpático y sensible, no sólo en Alemania, sino en toda Europa, empujada á esa corriente por el genio de Rousseau.

(1) Gellert fué un notable fabulista; Rabener, un satírico lleno de ingenio; Uz, un poeta didáctico, y Wieland, un genio fecundísimo, tan aventajado en la prosa como en la poesía.

Pero Bodmer se había engañado en su afirmación á Gleim: el *Mesías* no era un buen poema épico, y el genio de Klopstock no era el de Milton.

La demostración concluyente de que Klopstock no hizo un poema épico en su *Mesías*, y de que él no era tampoco aventajado en esa clase de poesía, está, sin duda, en el asunto del Hombre-Dios, que no puede personificarse. El poeta épico hubiera elegido á Jesús, con su vida terrenal, su misión, sus trabajos, sus desvelos, sus desfallecimientos, sus ansias, su pasión y su muerte sublime, aquella muerte que hacía exclamar á Renan:

«Entre Dios y tú ya no se hará distinción.»

Así hubiera brotado el poema robusto y firme. Pero el camino emprendido por Klopstock le pone en el trance de intentar expresar sentimientos fuera del orden humano, para los cuales no tiene rasgos el lenguaje; y de ahí esa afectación del poema, de ahí los gemidos, las exclamaciones y las lágrimas, que corren abundantes por toda la obra, sustituyendo á las palabras, y produciendo, á la postre, la monotonía y el fastidio.

Pero lo que nadie puede negar á Klopstock es el título de poeta lírico, á la par que el de regenerador del lenguaje alemán.

Su genio luce en las odas, en las cuales señaló á la poesía patria un puesto que no había gozado jamás.

Ennoblecíó Klopstock la poética con la delicadeza de expresión y la unción religiosa, y la abrigó además con un vivo interés por la naturaleza y un profundo patriotismo, títulos más que suficientes para que sea eterna entre los hombres la memoria del cantor de Fany y Cidla.

Una de las odas más hermosas de Klopstock es indudablemente la consagrada al lago de Zurich, publicada en 1750.

Y no es menos bella la *Fiesta de la primavera*, que vió la luz en 1759. Hay en esa oda sencillez, profundidad, verdadero encanto é inspiración potente.

Klopstock describe en esa bella composición los torbellinos del aire, la brisa tenue y perfumada de los campos en lucha con el bochorno matutino; pinta las nubes y los celajes

del cielo, las armonías del bosque y el crecer majestuoso del río, buscando el origen de esos apacibles impulsos en la mano del Eterno, que por ellos se nos hace visible.

¿Quién podrá negar á esa composición delicadeza, sentimiento y hermosura, ni á la preciosa canción que lleva por epígrafe *Soy muchacha alemana?*

Si nos representamos, dice un ilustre escritor, el espectáculo triste y desconsolador que mediado el siglo XVIII ofrecía Alemania, comprenderemos que el amor más entrañable á su pueblo animaba al poeta Klopstock al decir á *aquella* Alemania:

«Tú tienes la cabeza coronada
con mil años de gloria; tú llevas el paso de los inmortales
y marchas encumbrada delante de muchos países.
¡Yo te amo, patria mía!»

Supo dar Klopstock además al verso alemán, con la introducción de ritmos y pies de verso extranjeros, una flexibilidad y pastosidad que nadie, hasta él, creyó posible.

Era el alemán que moldeó el poeta un duro y nudoso tronco de roble, transformado por su destreza é ingenio en suave instrumento músico, rico en dulzuras, en tonos y en cadencias.

Tuvo la lírica de Klopstock una grande influencia social, ennobleciendo los sentimientos de la juventud, y muy especialmente el amor, que aparece siempre en las creaciones del poeta con un tinte simpático de pureza y una atractiva unción religiosa.

Léanse todas las composiciones de Klopstock, y en ellas se encontrará ciertamente un sentimentalismo delicado y jovial, un recuerdo de la patria ó un soplo primaveral y grato de elevación y de ternura, como el que palpita en su *Noche de estío* (Sommernacht), así como un vivo entusiasmo por la naturaleza, fuente perenne de dulce inspiración y de verdadera poesía.

LESSING

Gotoldo Efrain Lessing, natural de Cameuz, regeneró la dramática alemana, librándola del torpe espíritu de imitación. En sus *Cartas literarias* probó hasta la evidencia Lessing que el movimiento dramático francés carecía de originalidad hasta en su propio país, pues era no más que un calco precipitado de la poesía griega y romana, esqueleto pelado y frío, sin la carne y sin la sangre de la época. Y Lessing robustecía su obra de crítica con los hechos, alzando toda una dramática genuinamente alemana y propiamente nacional. Éste fué su mérito singular y lo que constituye su gloria.

Toda la virtualidad literaria de su época la asumió en sí este hombre, lleno de decisión y de voluntad, siempre esclavo de la verdad y de la luz de la razón, jamás vituperador ni de sus propios enemigos.

El patriotismo, acendradísimo en Lessing, no se mostró jamás rival del amor á la humanidad y de un alto sentido de cosmopolitismo, que brilla con fulgor simpático en los hermosos yámbicos de *Nathan*.

Lessing fué el primero que trazó las líneas fundamentales de la poesía clásica alemana, rellinando las formas helénicas con el espíritu de Alemania, tarea grandiosa que habían de completar, pulir y engrandecer más tarde Goethe y Schiller, produciendo aquella efervescencia idealista, que se condensa en el *Fausto* con relieve imperecedero.

Uno de los principios cardinales de la dramática de Lessing, que no olvidó jamás, fué el de que la acción mejor es la que arroja más luz sobre el carácter de los personajes. Á este apotegma ligó el de sacarlo todo del carácter nacional, dando forma y vida á lo que agrada y conmueve á todos, y proclamando como la misión más elevada del drama la verdad humana y la poética.

Desde 1747 á 1750 escribió Lessing muchas comedias, to-

das ellas con caracteres alemanes, y que son como ensayos de la gran labor que debía ejecutar más tarde, luchando con grandes dificultades, entre las cuales no era la menor la de escribir para comer.

Pasado este período de tanteo y de ensayo, en 1755 opone ya Lessing á las declamaciones huecas del drama francés su *Sarah Sampson*, drama social representado en Francfort del Oder.

En la plenitud ya de su genio en 1763, da al teatro Lessing su célebre comedia *Minna de Barnhelm*, verdadero acontecimiento y punto culminante de sus trabajos dramáticos.

Minna de Barnhelm es una completa encarnación de la mujer alemana, hermosa de cuerpo y de alma. No pondera, con femenil coquetería, el azul de sus ojos y la dulzura de su mirada, como «la muchacha alemana», cantada por Klopstock, sino que deja á sus obras la tarea de probar la alteza y la verdad de sus sentimientos.

Lessing escribe en 1772 su *Emilia Galotti*, lucha de la virtud con la seducción poderosa. En esta tragedia, verdaderamente inspirada, Lessing no hace de su heroína una virtud sin tacha, y de aquí brota el recurso trágico y conmovedor de la obra.

Nathan cierra la colosal faena del fundador del teatro alemán y cierra también su fecunda vida. En esta obra, escrita bajo la triste impresión de la muerte de su idolatrada esposa y de su hijo único, Lessing destila todo el torrente de sus meditaciones, y muestra, entre los deslumbradores colores de la poesía, toda la hondura de su dolor. Representa esta obra de Lessing todas las impresiones, todos los recuerdos, todas las realidades, todos los fantasmas vagos, risueños y fúnebres que puede encerrar una conciencia, evocados rayo á rayo, suspiro á suspiro y mezclados en la misma desnuda sombra.

Murió Lessing en 1781, cuando aún no había cumplido cincuenta y dos años.

Este poeta, innovador y grande, fué brillante porque amaba la verdad y la enaltecía en sus obras. Fué perseverante, porque jamás le desalentó la contrariedad ni le detuvo el te-

mor de la lucha, porque llevaba en su alma un gran tesoro de fe y de esperanza (1).

La sinceridad de su espíritu y la valentía de sus opiniones se condensan en este párrafo de una carta á su padre, el cual le censuraba por su despreocupación y su empleo de escritor de comedias:

«Mientras yo no vea que se observa mejor de lo que se hace el mandamiento principal del cristianismo, á saber, el de amar á su prójimo, dudaré que son cristianos los que se llaman así.»

A. GARCÍA MACEIRA.

(1) M.^{me} de Staël ha juzgado á Lessing de este modo: «Dialéctico espiritual y cerrado en sus argumentos, el entusiasmo por lo bello llena el fondo de su alma; posee un ardor sin llama, una vehemencia filosófica siempre activa y que produce efectos durables».

LA EMPERATRIZ DE AUSTRIA

¡Moriatur pro rege nostro! decían los húngaros apasionados de su gran Reina María Teresa.

¡Moriatur pro rege nostro! hubieran exclamado otra vez, impulsados por su idolatría á la que era una mujer ideal como esposa, como madre de sus hijos y de sus pueblos, como beldad prodigiosa y etérea; que vivió como madre dolorosa, llorando la pérdida de su queridísimo Rodolfo, el heredero del trono secular de los Habsburgos, y que murió cual mártir, herida en el corazón por el estilete de un anarquista, la más poética, la más solitaria de las Soberanas, la Reina de Hungría, la Emperatriz de Austria, la inolvidable Isabel. Y cada alemán hubiera querido estar en Ginebra para defenderla con su cuerpo.

Cuando las tempestades bramen en la patria, cuando la lucha de hermanos desgarré á la nación, la Emperatriz Isabel mostrará sus llagas sangrientas y éstas mismas empezarán á hablar: «Amad á la patria, amad al Emperador». Así de su sangre derramada ha de brotar la salud para sus pueblos.

Infinito como su amor de madre era su dolor por el trágico fin de su único hijo. Secáronse sus lágrimas, pero el alma quedaba lacerada y solitaria. Guardaba en su corazón el dolor de Austria entera. Murió ante los montes con que tantas veces había conversado. Al Emperador y al imperio austro húngaro no les ha evitado el destino ningún dolor. «Ningún dolor me queda ya que sufrir sobre la tierra», exclamaba Francisco José. Al duelo por el Príncipe heredero se asocia el nuevo dolor por la muerte de la madre incomparable. Los dos sarcófagos de la iglesia de los Capuchinos de Viena encierran la tragedia de dos vidas selectas que brillaron derramando la

luz y la ventura para tener un fin fatal. Ella no temía al destino, no temía á los hombres ni á los elementos; el único temor que la llenaba era por la vida del Emperador.

Homero, el poeta de la serenidad olímpica, de la armonía helénica, y Heine, el de la tristeza misteriosa, de las lágrimas solitarias, eran sus amigos. No sólo en el Aquileión se vió una estatua de este último, sino que una copia reducida del monumento erigido á Heine en la isla de Corfú mandó poner en su encantado castillo de Lainz, situado cerca de Hietzing (Viena) y rodeado de un impenetrable soto de espinas, pareciéndose á la bella en el bosque durmiente.

La dueña de Cyrnos, posesión situada en la mágica ribera de Francia, en el cabo Martín, próximo á Mentone, era su amiga.

Ambas Emperatrices, Eugenia é Isabel, eran espectros del mismo dolor. Pero la más infeliz de las dos llamaremos á la bella granadina, pues lo perdió todo, su esposo, su hijo, su imperio, sus esperanzas, y además hoy ha de ver roto el derecho de España por los Estados Unidos y haría suyos los acerbos sentimientos que desahogó Calixto Oyuela en un elocuente soneto, *¡Finis justitiæ!* que rebosa en sus acentos amargos toda la ira de su corazón:

¡Robada España fué! Cuanto ilumina
la humana senda y la barbarie enfrena,
justicia, fe, verdad, razón serena,
rodó con ella en espantable ruina.

Después de haber perdido á su hijo, la Emperatriz Isabel viajaba por sus reinos ideales, escuchaba á las melodías del mar, escalaba los montes. Sus castillos eran jardines olvidados, senderos solitarios en islas perdidas, las soledades y las cumbres.

Tomaba afición á Alarcón. «El único que nos quedó de nuestro reino de Venecia, decía Isabel, es el italiano que posee el Emperador. Yo tuve que aprenderle también, pero no he podido familiarizarme con él.»

El postrer viaje de la difunta Emperatriz desde el lago de Ginebra, lleno de sol, hasta la capital de Austria, vestida de luto, ha sido una serie inmensa de manifestaciones del dolor más profundo.

En cada estación del tránsito saludaban al cadáver las campanas todas tocando á muerte, las altas autoridades, el clero, las corporaciones, los militares, la juventud, interrumpiendo el religioso silencio los sollozos.

En las sombras de la noche volvió la difunta á la Hofburg, siendo recibida por el Emperador, que había compartido con ella cuarenta y cuatro años de su existencia y que, sin embargo, no había podido ver sus ojos cerrándose en la muerte, habiendo de contentarse con abrazarse al símbolo del martirio, el recuerdo vivo del fin triste de Ginebra, el ataúd extranjero que encerraba su bien. ¡Qué momento tan patético fué cuando el Soberano se halló en presencia de los restos de la infortunada Emperatriz, á la llegada del cortejo fúnebre á la Nofburg! Esta triste escena la relata, descrita por las personas que la presenciaron, la *Neue Freie Presse*, de Viena.

El Emperador, procedente de Schoenbrunn, fué recibido á las nueve y media de la noche en la Nofburg por los individuos de su familia: sus dos hijas, la Princesa Gisela de Baviera y la Archiduquesa María Valeria, sus hijos políticos el Príncipe Leopoldo de Baviera y el Archiduque Salvador y por sus nietos los Príncipes Jorge y Conrado y el Archiduque José Augusto.

El Emperador Francisco José subió á sus habitaciones para descansar, y cuando á las once el segundo maestro de ceremonias le avisó la llegada del fúnebre cortejo, el Soberano bajó por la escalera de Embajadores al vestíbulo que conduce á la capilla, seguido de sus dos hijas y de los esposos de éstas.

Los criados que llevaban á hombros el cadáver de la Emperatriz, al divisar en lo alto de la escalera al Soberano, se detuvieron instintivamente como petrificados por la expresión dolorosa que se reflejaba en el semblante del acongojado esposo.

Fué aquél un momento terrible, y fácil es comprender el dolor que en aquellos instantes embargaría el ánimo del Em-

perador al hallarse en presencia del cadáver del ser á quien tanto amaba.

Extendió con desesperación sus brazos y después dejó caer su cabeza sobre el féretro.

Poco duró esta triste escena.

El Emperador ordenó que se condujera el cadáver á la capilla, y con paso firme, como queriendo sobreponerse á su dolor, siguió al féretro, que fué colocado en el catafalco.

Antes de abandonar la capilla se abrazó dos veces á la caja mortuoria, y enseguida partió en carruaje para Schoenbrunn, acompañado de sus hijos.

El mundo culto no habrá visto espectáculo tan grandioso é imponente como el que ofrecía Viena el 17 de Septiembre con motivo de los funerales de la Emperatriz y como las honras fúnebres que se verificaron en los puntos más remotas del orbe, orando todas las naciones y las confesiones todas por el alma de Isabel.

Ninguna fiesta de alegría reunió tanta gente en la populosa ciudad del Danubio como los funerales con que concluyó la semana triste del Imperio. El genio de la austeridad, el sentimiento de sincera aflicción presidió el duelo y refrenó á la muchedumbre, compuesta de muchos millones. Toda Viena estaba vestida de negro. El brillo de un hermoso día de verano contrastaba con la disposición lúgubre de los ánimos. La tibia luz de las linternas veladas y el luto de la ciudad entera protestaban contra el cielo azul y el sol esplendoroso. Paraba el aliento el día de trabajo, los negocios descansaban, los pensamientos, los sentimientos y los cuidados todos se ocupaban en la adorada difunta y en el Emperador, cuyo heroísmo tranquilo asombraba al mundo. Si en la muchedumbre el color fundamental era el negro, las ceremonias cortesanas ostentaban, como las de la España antigua, el esplendor policromo propio de una dinastía universal, figurando en los funerales los regios huéspedes, los Soberanos y Príncipes vistiendo el traje militar, los altos dignatarios eclesiásticos y seculares, los Generales austriacos vistiendo el uniforme blanco, los húngaros ostentando el color subido del carmesí, los magnates húngaros, los franciscanos, los dominicos, los

cardenales, los oficiales alemanes, los Alcaldes de Viena con la cadena de honor sobre el pecho y los representantes de todos los Estados, entre los cuales se encontraba el Marqués de la Mina como Embajador extraordinario de la Reina Regente de España.

Desde primera hora de la mañana la muchedumbre desfilaría, poseída de respeto y dolor, en la capilla de Hofburg, por delante del féretro de la Emperatriz.

El coche fúnebre de los Emperadores de Alemania y de Austria-Hungría salió de Hofburg á las cuatro de la tarde. La campana de San Esteban mezclaba sus sonidos bajos á todas las voces de bronce de las iglesias de Viena, anunciando la salida de la Emperatriz para su última morada.

El fúnebre cortejo pasaba por la magnífica puerta en la plaza de San Miguel, atravesando la de José, y saludaba á la iglesia de los Agustinos, en la cual fué bendecida Isabel cuando novia, hermosa como un día de Abril. Después de haber saludado al mármol blanco de Mozart, el cortejo pasaba al Mehlmar.

Iba en el orden siguiente:

Dos lacayos de riguroso luto á caballo y llevando grandes faroles con crespones negros.

Un escuadrón de hulanos.

Palafreneros de luto.

Tres carruajes de duelo tirados por seis caballos negros. En los carruajes las damas de honor de la Emperatriz.

La carroza fúnebre, magnífica, rematada en una inmensa corona imperial negra, tirada por ocho caballos andaluces, llevados de la brida por palafreneros de luto, y rodeada de pajes con antorchas de cera encendidas.

Detrás, los dignatarios de la corte y numerosos Generales y elevadas representaciones del ejército, arqueros y la guardia húngara á caballo.

Cuando los lacayos levantaban el féretro de madera blanca de encina, que había llegado del Lago Azul de los Alpes, todos inclinaban la cabeza, las banderas se bajaban, los oficiales y las guardias presentaban las espadas ante la difunta Emperatriz por postrera vez...

El ataúd fué conducido al templo, cuya nave estaba colgada de negro é iluminada lúgubrementemente por los reflejos de los cirios.

El Emperador de Austria-Hungría se sentó en el oratorio á la izquierda del altar mayor, arrodillándose detrás del Emperador la Archiduquesa Estefanía, la Princesa Gisela y la Archiduquesa Valeria.

En un banco próximo á Francisco José se sentaron el Emperador Guillermo, el Príncipe Regente Leopoldo de Baviera, los Reyes de Sajonia, Rumanía y Servia, el Gran Duque Alejo, el Príncipe de Nápoles y el Príncipe heredero de Montenegro.

A pesar de los esfuerzos heroicos que realizaba para dominar su terrible pena, y á despecho de su gran presencia de ánimo, el ilustre viudo no pudo reprimir las manifestaciones de su aflicción, que en varias ocasiones se reveló por desgarradores sollozos.

Después de la ejecución del *Liberanos*, interpretado por los cantantes de cámara, y de la bendición, el ataúd había de desaparecer para siempre en las tinieblas del sepulcro. Seguido del Emperador Francisco José y de sus yernos, el féretro fué bajado al panteón, cuya llave fué entregada á los Capuchinos.

Ambos Emperadores abandonaron juntos la iglesia, después de haberse inclinado ante los Cardenales.

Ya está la rosa deshojada de Possenhofen, rodeada de coronas y flores, que pronto se marchitarán, en el panteón de los Capuchinos.

Los poetas la llamaban Emperatriz de las hadas, cuyos ojos brillaban como dos estrellas, cuyas mejillas eran hechas de hojas de rosas y cuyo cuello parecía de nieve y de azahar.

La peregrina ha hallado la paz. ¡Adiós, blancos lirios, pasionaria imperial, imagen del dolor!

¡Adiós para siempre, gala del trono austro húngaro, Reina de los tristes destinos, segunda Juana la Loca, Soberana más hermosa del mundo! Tus diamantes se hicieron espinas, tu diadema se convirtió en una cruz. Tu dolor ha muerto, gra-

cias al puñal de un asesino, el dolor que transfiguraba tu bella cabeza, pero vive y vivirá siempre en tus súbditos.

La carta de gracias (1) que tu esposo dirigió á sus pueblos es una elegía tiernísima á tu memoria.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 22 de Septiembre de 1898.

(1) Dice el jubilaro mártir en su manifiesto, fechado en Schoenbrunn el día 16 de Septiembre de 1898:

«A mis pueblos:

Yo y mi casa hemos experimentado la más cruel de las pruebas. Mi esposa, el ornamento de mi trono, la compañera fiel que era el sostén y el consuelo de mi vida en las horas más graves, y en la cual he perdido más de lo que pudiera expresar, ha dejado de existir... En medio de mi dolor infinito penetra en mi corazón la voz de mis queridos pueblos. Inclinándome humilde ante los decretos de la Providencia, he de dar las gracias por el precioso tesoro que me queda, el amor y la fe de millones que me rodean en la hora del dolor. Así como yo bendeciré la memoria de mi queridísima consorte hasta el último suspiro, queda á ella un monumento impercedero en la gratitud y veneración de mis pueblos... Del inalterable amor de mis pueblos sacaré no sólo el sentimiento aún mayor, si cabe, de perseverar en la misión que me fué impuesta, sino también la esperanza del éxito.»

Para perpetrar el recuerdo de su infortunada consorte, el Soberano austriaco dispuso la creación de una Orden que se denominará de Santa Isabel, y á la que sólo podrán pertenecer las señoras en premio por sus méritos en la esfera religiosa, humanitaria ó filantrópica.

Budapest erigirá un monumento á su Reina, en cuya memoria se fundará también un *premio por la virtud*.

LA DOMADORA DE FIERAS ⁽¹⁾

NARRACIÓN NOVELESCA

Hija de un vagabundo, poco acostumbrada á grandezas, bien convencida de que por su nacimiento pertenecía á una clase social mirada con desdén ó lástima por otras más afortunadas, era Miriam, sin embargo, altiva y soberbia; más que la idea del honor (calificado por ella de convencionalismo despreciable) guardaba su castidad la repugnancia que sentía á vender su cuerpo sin amor, como otras desgraciadas.

La envilecida existencia de las que ceden al dinero del hombre que las persigue, causábale horror; hubiese preferido la muerte á vivir á expensas de Enrique...

Cuando éste, desesperado ya y sin recursos, concibió la idea de exhibirse en los circos como tirador de rifle, impúsole Miriam la condición irrevocable, si habían de seguir viviendo bajo el mismo techo, de que aceptase su concurso en la forma explicada por Lucio en sus cartas; después de la inolvidable noche en que Enrique, cegado por los celos, estuvo á punto de matar en pleno circo á un espectador, y declaró sus propósitos de renunciar á tales ejercicios dedicándose á los de funámbulo, también Miriam le exigió su parte en los trabajos y en el peligro.

Así conservaba ella su independencia, su voluntad libre, no consintiendo que corriera él solo con los gastos de la vida aventurera á que se consagraban, y aceptando sólo aquella asociación en comandita que les facilitaba las contratas anunciándose en los carteles con los nombres de Miriam·Nestor.

Difícil era hallar entre la multitud de acróbatas y gimnastas, que lucían en los circos su destreza y habilidad, pareja

(1) Véase la pág. 652 del tomo anterior.

más arriesgada y que hiciese gala de más temerario valor que Miriam y Enrique; en pocos meses conquistaron envidiable celebridad, las proposiciones de contrata llovían sobre ellos y el oro iba llenando sus gavetas.

Pocos años antes de los sucesos que van referidos, el famoso Blondin había pasado sobre una cuerda las cataratas del Niágara, sin que hasta entonces hubiese hallado imitadores, aunque luego se presentaron muchos émulos del célebre funámbulo. Blondin, cuyo verdadero nombre era Emilio Gravelet, trabajó durante mucho tiempo en el teatro de Nueva York, y cuando hizo conocer públicamente su proyecto de pasar sobre las cataratas, todo América de Sur á Norte acudió á presenciar el singular espectáculo.

Los periódicos de aquella época describieron minuciosamente el suceso, poniendo en las nubes el temerario valor de Blondin, cuya fama llegó á ser universal; á S. A. el Príncipe de Gales, que hizo un viaje sólo para contemplar entre cielo y agua al sin rival funámbulo, propúsole éste llevarle sobre sus espaldas, honor que declinó S. A.

Esta y otras anécdotas en que abundaba la historia de Blondin habian dejado en Norte América un recuerdo indeleble del emocionante espectáculo, y esto explica la sensación que produjo la noticia de que iba á presentarse un rival del famoso equilibrista en la persona de Enrique.

En todas las capitales y poblaciones importantes de la gran república aparecieron tremendos cartelones que, con gigantescas letras, anunciaban el espectáculo; organizáronse trenes especiales, se construyeron á un lado y á otro del río multitud de tribunas y tendidos, cotizáronse á buen precio los billetes y se inició el cruce de apuestas. La animación era grande; de todas partes afluían espectadores; en Clifton-Housse no había una sola habitación disponible... Bien puede decirse que acudieron á ver á Enrique todos los que habían presenciado algunos años antes el paso de Blondin sobre las cataratas, más los que no pudieron entonces contarse en el número de los espectadores.

En medio de estos preparativos permanecía impasible nuestro héroe, como aquel que, habiendo afrontado en su vida

tremendos peligros, no da importancia á uno más; mirábale Miriam con interes, no descubriendo en sus facciones la más pequeña señal de emoción, y aquella serenidad, aquella admirable sangre fría, producían en la joven involuntarios estremecimientos de entusiasmo.

Ningún día dejaba Miriam de visitar de cerca las gigantescas cataratas; no satisfecha de contemplarlas desde los miradores de Clifton-Housse, hizo repetidas excursiones á la caverna de los vientos, á la roca saliente llamada el *Salón de las damas*, á Table-Rock, á Prospect-Island, á los puntos de más difícil acceso, donde no se atreven á poner la planta hombres de acreditado valor.

Lucio, que la acompañaba algunas veces, cuando Enrique no podía ser de la partida, dejábala sola descender ó trepar por rocas trepidantes y resbaladizas, sin aventurarse él más de lo que exige la prudencia bien entendida, y aunque el valiente muchacho tenía un corazón noble y era incapaz de desear mal á nadie, con frecuencia le asaltaron malos deseos, confesándose lleno de remordimientos que no sentiría gran cosa el ver despeñarse en el abismo aquella diabólica criatura...

Llegó, por fin, el día de las grandes emociones... En vano Lucio había buscado en su imaginación recursos para evitar que Enrique cumpliera el programa prometido á aquella muchedumbre sin entrañas; la noche antes no pudo conciliar el sueño, ideando los planes más disparatados, incluso el de narcotizar á su amo, ó secuestrarle encerrándole en algún oscuro sótano del hotel... Pero ¿cómo realizar tan absurdos proyectos?

Levantóse con el alba y salió á tomar el aire para calmar sus nervios y templar la fiebre que le abrasaba; la vista de la maroma ya tendida de una orilla á otra le hizo el efecto de un patíbulo levantado expresamente para acabar con la vida de su pobre señor... ¡Horrorizaba ver aquella mole inmensa de agua que se despeñaba con ensordecedor estruendo!... ¡Era imposible que saliera con bien de la aventura!

Huyó de aquel paraje y volviendo casi á la carrera á Clifton-Housse, entró precipitadamente en el aposento de Enrique, sin

solicitar el permiso para ello, según inveterada costumbre... ¡Tal estaba él de excitado y fuera de tino!

Ya vestido Eurique, disponíase á salir para completar algunos detalles y dirigir los últimos preparativos, cuando vió entrar de aquel modo á Lucio.

—¡Señor!—le gritó éste.—Me da el corazón que... que se le va á ir ia cabeza. ¡Por Dios le pido que renuncie á esa temeridad, aunque se lo lleve todo el diablo! Vámonos, escapémosnos cuanto antes... Dentro de una hora será ya tarde...

—¿Estás loco, muchacho?—le contestó Enrique sonriendo al ver el terror de que Lucio estaba poseído.—Ya es imposible retroceder... Pero tranquilízate: haré ni más ni menos que en los circos... Tengo seguridad en las piernas y bien firme la cabeza.

—¡Ay, señor! Me temo una desgracia...

—¡Qué tontería!

—¡Huyamos, señorito!

—Lucio, déjame en paz.

—¡Dios mío, eso es una locura, una barbaridad!...

En aquel momento entró Miriam en la habitación, paróse delante de Enrique y, fijando en él la más sugestiva y brillante de las miradas, le dijo alargándole una cartera bien repleta de billetes:

—Enrique, aquí hay dos mil dollars.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que... me he comprometido á ser de la partida: pasaré *contigo* el Niágara.

Lucio arrojó un grito de desesperación, y antes de que Enrique pudiera impedirlo, se abalanzó sobre Miriam é hizo presa con sus manos en la garganta de la joven, pretendiendo estrangularla...

Estaba como loco, congestionado, con los ojos fuera de las órbitas, rugiendo como una fiera...

Enrique con un esfuerzo poderoso separó á Lucio de Miriam, que casi desvanecida rodó por el suelo, y cogiendo en sus brazos al iracundo muchacho, que se retorció como un condenado, arrojóle en el pasillo, cerró con llave la puerta y acudió al auxilio de la joven...

Lucio, sin sombrero, aturdido, tropezándose con todo el mundo, abandonó el hotel y salió al campo, hablando solo como un demente y casi decidido á tirarse de cabeza al río. No volvieron á verle en toda la mañana.

La noticia de que la hermosísima Miriam iba á aventurarse sobre los hombros de Enrique en el peligroso paso de las cataratas produjo inmenso entusiasmo; cuatro horas antes de la señalada para el espectáculo cotizábanse los asientos de preferencia á precios fabulosos; los trenes llegaban atestados de viajeros; por todas partes se veían anuncios y banderas; se estaba en plena fiesta.

El cielo, que amaneció encapotado y amenazando lluvia, fué despejándose, y á mediodía brillaba un sol espléndido. A las tres de la tarde, ya todo listo, treparon Miriam y Enrique por una escalerilla que daba acceso á la plataforma, de la cual partía el fuerte cable sobre el que iban á hacer la arriesgada excursión.

Á su izquierda, y como á distancia de unos cien metros, veían las rugientes cataratas que, al despeñarse desde una altura de 170 pies, levantaban montes de espuma; tenían debajo la impetuosa corriente del río, que en tumultuosas olas parecía huir de la perpetua borrasca que poco más arriba le había sorprendido en su tranquilo curso; enfrente divisaban la orilla canadiense del Niágara, su puerto de refugio... y para llegar á él una larguísima maroma, cuyo propio peso formaba en el centro pronunciada curva.

Miriam, ataviada con su más lujoso traje de circo, subió rápidamente á los hombros de Enrique, y éste se lanzó sin vacilar sobre la maroma, dando los primeros pasos...

Una aclamación inmensa, que por un instante sobrepujó el ruido tremendo de las aguas, resonó en el espacio, saludando la aparición de los dos valientes funámbulos...

Miriam contestó á aquel saludo agitando en el aire su gorrilla de terciopelo adornada con pomposas plumas.

Enrique, firme y sereno, continuó su marcha, sin mirar á derecha ni izquierda y manejando diestramente el balancín.

Ella, por el contrario, tenía toda su alma en los ojos, contemplando el grandioso panorama que ante ellos se desarro-

llaba; dominábase desde aquella altura una gran extensión; las aguas del Niágara, encontrando á su paso el vacío, precipitábase en él por dos grandes brechas abiertas en roca viva, una de ellas constituyendo la catarata en forma de herradura por la parte del Canadá, y que tiene 600 metros de extensión, y la otra llamada *Cola del caballo*, perteneciente á los Estados Unidos, que va en línea recta desde la orilla hasta la isla de las Cabras, situada en medio de ambas.

«En el instante de la caída (dice Chateaubriand) más que un río es el Niágara un mar que, dividido en torrentes, se precipita en el abismo.»

Aquella colosal masa líquida, que arroja en el abismo noventa millones de metros cúbicos de agua por hora, produce un continuado fragor de tempestad, y al caer en la sima misteriosa, cuya profundidad no ha podido sondarse, engendra espantosos torbellinos, un caos de espuma, nubes gigantescas de vapor de agua que el viento deshace en jirones, sin conseguir jamás aclarar aquel formidable hervidero, sobre el cual flotan hermosos arco iris...

Á este maravilloso y sin igual espectáculo añadíase para Miriam el de la inmensa muchedumbre que la aclamaba, el de ver bajo sus pies el furioso torrente, el cielo de un azul purísimo, el aire que agitaba dulcemente sus cabellos... y más que todo esto la seducía el peligro en que se hallaba, el pensar que al menor descuido de Enrique podrían caer...

Enrique seguía avanzando sin cesar; llegaban ya á cerca de la mitad, á la parte más baja de la curva que formaba la maroma.

Miriam, poseída de una emoción, de un entusiasmo indescriptible, apartó por un momento su mirada de aquel cuadro grandioso que le producía incfable dicha, y la fijó en el hombre que la llevaba sobre sus espaldas por un hilo tendido entre el cielo y las aguas...

Aquel hombre... ¡un valiente! Más que un valiente era un héroe, un semidiós, á quien debía la más viva, la más intensa, la más embriagadora de las emociones de su vida... Todo lo había sacrificado por ella; era hermoso, valiente sin rival, digno de ser amado. .

Miriam en aquel momento supremo conoció el amor... acarició suavemente con sus manos las sienes de Enrique... é inclinándose sobre su oído le dijo con voz dulcísima:

—Enrique... ¡Qué feliz soy! ¡Te amo! ¡Soy tuya!

El desdichado, al oír aquellas anheladas palabras, no avanzó un paso más... sintió que el corazón le daba furiosos martillazos en el pecho... una oleada de sangre invadió de pronto su cerebro, oscurecióse su vista... y el balancín se desprendió de sus manos, precediendo su caída á la de los dos amantes, que se precipitaron en las aguas del Niágara.

.....

Los que hayan visto la furiosa corriente del famoso río, á poco más de cien metros de su caída, que forma las cataratas, se atreverían á negar toda posibilidad de salvación para los dos héroes de este relato, á no ser porque la realidad del hecho fué, como siempre, el más indiscutible y poderoso argumento contra todas las teorías.

Sea que la fuerza impetuosa de la corriente los arrastrara con gran rapidez á aguas más tranquilas, donde fueron recogidos ya á punto de perecer por las lanchas apostadas al efecto, ó, lo que es preferible creer, que la Providencia no hubiera señalado para aquel día la muerte de Miriam y Enrique, ello es que á las dos semanas pudieron hablar de la aventura como de un peligro pasado. Lucio, que había desistido de arrojar al Niágara, según proyectó al salir desesperado de Clifton Housse, asistió á los enfermos con un celo verdaderamente digno de su alma generosa.

Miriam y Enrique recibieron en un templo del Canadá la bendición católica que los unió para siempre, y fué tanta su celebridad, que en poco tiempo reunieron un capital considerable, fijando luego su residencia en Italia.

No abandonaron al pobre Chilindrín, que fué visitado por los más eminentes facultativos, aunque por desgracia ninguno consiguió devolverle ese rayo divino que se llama inteligencia; rodeado de comodidades, comía, dormía y se pasaba las horas muertas mirando al espacio. Viendo Lucio la adoración que por Enrique tenía Miriam, y que era un modelo de esposas honradas, solía pensar lo siguiente:

—No me cabe duda, el chapuzón la ha convertido en otra mujer... ¿Quién lo hubiera creído? Es amable, cariñosa y buena... Yo, la verdad, la voy tomando mucho cariño, y eso que aquella vez por poco la estrangulo.

No era posible idear existencia más apacible y dichosa que la de aquellos tres seres... Una hermosa tarde de primavera paseaban Miriam y Enrique por un bosque lindante con su bonita posesión, y como ella se encaprichase por unas florecillas silvestres que abrían sus azuladas corolas al otro lado de un arroyuelo, algo crecido á causa de los últimos deshielos, apresuróse Enrique á satisfacer el deseo de su amada...

Al poner el pie sobre una piedra para saltar á la otra orilla, resbaló y estuvo á punto de caer...

Miriam dió un grito y se puso pálida... Corrió hacia ella Enrique y tomándola en sus brazos:

—¿Qué tienes, vida mía?—le dijo.

Y Miriam, ocultando avergonzada el rostro en el pecho de su marido, costestóle con voz trémula y acariciadora:

—No sé... pero desde que te amo me he vuelto cobarde.

RAMIRO BLANCO.

EL PROBLEMA OBRERO ⁽¹⁾

V

Ahora bien, de la información efectuada hace algunos años por la comisión del Patronato francés encargada de estudiar las diferentes cuestiones relacionadas con la vida del trabajo resulta que fueron consultados 9.116 obreros acerca de si la ley debía fijar la jornada, respondiendo afirmativamente 6.785 y en sentido negativo 2.351; resultó asimismo que de los 6.785 que opinaron por que la ley fijase la jornada, 2.734 votaron por la jornada de ocho horas y 4.051 por la mayor de este límite, subdividiéndose los últimos en 685 que opinaron por la jornada de ocho horas con otras suplementarias, es decir, que atienden exclusivamente al aumento del salario y no á la protección de la vida física y moral del trabajador, 683 señalaron la de nueve horas, 2.585 la de diez horas, 43 la de once y otros 43 doce ó más.

Son fácilmente comprensibles las consecuencias que se deducen de tales datos relacionadas con nuestro objeto. Resulta de los últimos, que la inmensa mayoría de los obreros consultados, ó sea un 74,4 por 100, reclamaron la intervención directa del Estado para fijar una jornada obligatoria, sancionada por la ley, y para hacer que el precepto de ésta no pudiera eludirse; que también la inmensa mayoría estimó que la jornada de diez horas es la más conveniente; que un 30 por 100 la fijó en ocho horas, que 7,4 por 100 admitió las horas suplementarias, y que tan sólo un número reducidísimo, apenas digno de ser mencionado, entendiendo ser todavía pocas las doce horas de trabajo, faena notoriamente abrumadora, informó en el sentido de que aún podría aumentarse.

(1) Véase la pág. 541 del tomo anterior.

Respecto de España se induce que la notable diferencia entre las horas de trabajo en 36 provincias, que oscilan de ocho á doce horas, obedece á las especiales condiciones de las mismas, á la extensión de la industria agrícola en las unas, de la fabril en otras, de la minería en varias, á la distinta densidad de la población, á la mayor ó menor facilidad de las comunicaciones y á otras causas particulares.

Determinan también, á juicio nuestro, como en Francia, la diversidad de pareceres de los obreros. Las exploraciones no han sido individuales, sino de agrupaciones más ó menos ostensiblemente afiliadas en las distintas escuelas socialistas. Todas han estado conformes, y así se ha revelado claramente en las discusiones y acuerdos de sus Congresos y reuniones, en que es de absoluta y apremiante necesidad la reducción de la jornada, siendo la principal razón al efecto aducida la de que por lo regular en la mayoría de las poblaciones industriales el trabajo es bastante penoso por su duración, conforme lo demuestran los hechos. Los *colectivistas*, los que constituyen el *partido socialista obrero*, los que pretenden reconstituir la fracasada *unión internacionalista*, que absorben gran parte de las masas trabajadoras, sostienen con decidido empeño y estampam como lema en su bandera la jornada de ocho horas. Los demás, acaso la mayoría de la población obrera, á excepción de muy contadas individualidades, parecen conformarse, resignarse más bien, con la de once horas, no pocos se inclinan á la de nueve y bastantes asienten á la de diez. Como era consiguiente, aquellos que se ven obligados á un trabajo duro y de agobiadora duración, ó monótono y prolongado, aunque no sea intenso, por lo mismo que más que los otros sienten sus efectos, claman con violencia contra una explotación que les aniquila, mientras que aquellos cuyo trabajo es más moderado y atractivo, por requerirlo así la índole de sus oficios, ó egoístas, ó desconocedores de los males, asienten á mayor aumento, por más que indicando sea prudencial. Los trabajadores agrícolas, que son en verdad quienes realizan faenas más duras, rara vez han sido consultados; viviendo, como viven, esparcidos por el campo en caseríos aislados ó en aldeas pequeñas, con muy pocas relaciones entre sí y menores to-

davía con los obreros fabriles, amantes del terruño que labran, aunque sea de otro, según por lo regular acontece, *misoneistas* y por lo tanto refractarios á cuanto les haga variar de impresiones y de hábitos, sufren con resignación su calvario, no comprenden el llamado espíritu de rebelión de los demás trabajadores, y si algo beneficioso se prometen, lo confían á los esfuerzos ajenos más que á los propios. Sin embargo, la idea socialista ha comenzado á infiltrarse entre ellos bajo sus formas comunistas, y la sublevación de Loja, capitaneada por Pérez del Álamo, mediado el siglo, y la sedición *anarquista* de Jerez, que en pocas horas dejó atrás los antiguos movimientos de los paisanos en la Edad Media, y la agitación creciente de los *rabassaires* catalanes, y el disgusto de los *caseros* y pequeños colonos de las Castillas, y otros hechos, así lo demuestran. En cuanto á otros trabajadores tampoco consultados, los del servicio doméstico, dependientes del comercio, etc., etc., puede asegurarse que sus votos se suman con los de aquellos que reclaman una jornada más reducida, la determinación de ésta por la ley, la intervención é inspección del Estado: son fuerzas dispersas que comienzan á unirse con las ya agrupadas; su unión hará desaparecer las no esenciales diferencias, y una vez inspiradas por un mismo pensamiento, su influjo en la marcha de las sociedades será incontrastable.

Esto es lo que se proponía la Internacional antes de que Bakounine y sus adeptos llevasen á ella los gérmenes de disolución; esto es lo que procura el *neo-internacionalismo*.

Resulta igualmente que también se hallan divididos los trabajadores respecto á la admisión de horas suplementarias. Algunos, como por ejemplo, los que forman las *Trades Unions* inglesas, las admiten siempre que les produzcan un aumento de salario; otros, especialmente los *colectivistas*, las rechazan en absoluto. La misma disparidad de opiniones se advierte en cuanto á la admisión del trabajo á *destajo*, pudiendo citarse como prueba de ello el hecho de que de trece sociedades obreras oídas por la Comisión española de reformas sociales, diez opinaron que debía rechazarse, y tres que se podía permitir.

Síntesis de todas estas consideraciones lo es que, si los es-

critores socialistas y economistas no han podido llegar á un acuerdo respecto al número de horas que deben constituir la jornada del trabajo, tampoco lo han conseguido los mismos obreros, á pesar de su interés directo; que no obstante se ha llegado al concierto de que es indefendible la mayor de once horas, y que ha merecido general aprobación la de diez, inclinándose también la opinión á rechazar las horas suplementarias que, si aumentan el salario, perjudican bastante la salud del trabajador, habiendo llegado los más pusilánimes, los excesivamente conciliadores, á conformarse con la elástica fórmula del *Partido socialista obrero alemán*, mencionada por Cathrein en su obra *Le socialisme*, que no necesita de crítica, consistente en pedir un número de horas proporcional á las exigencias de la sociedad.

CAPÍTULO V

Las luchas entre el capital y el trabajo: actitud de los patronos.—Los colectivistas y los moderados en el Congreso obrero de París de 1889: avenencia á que llegaron.—Las *Trades Unions*: opiniones de Tom Maun, Reybaud y Julio Simón.—Consideraciones generales y actos de las *Trades Unions* y sus opiniones respecto á la jornada.—La huelga general.—Sus precedentes.—Oposición de las *Trades Unions* en el Congreso de París.—Fracaso de la huelga general permanente.—El 1.º de Mayo y la jornada de las ocho horas.—Acuerdos de varios Congresos obreros.—Resumen.

I

Es indudable que la vida particular de las industrias, como la vida general de las sociedades, está actualmente en uno de los períodos más críticos, sometida á una crisis más profunda que cuantas la han afectado en el transcurso de los siglos. La lucha de clases toma cada día mayores proporciones, se generaliza, llega hasta los rincones donde era desconocida, y los golpes y los gritos de los contendientes repercuten, por decirlo así, en toda la superficie de la tierra. El industrialismo y el capitalismo lo invaden todo y todo lo avasallan, y enfrente de ellos un proletariado extensísimo, que ha penetrado en la

misma clase media, se agrupa, se reconcentra, unifica sus aspiraciones, concentra sus esfuerzos, y con pujanza creciente se lanza contra los que considera como á sus enemigos, empleando para combatirlos todos los medios, desde los que la prensa le depara, desde los que la asociación le proporciona, desde los que encuentra en la emisión del sufragio, hasta los más ó menos violentos, el de las huelgas, y los terribles, espantosos, usados por el anarquismo militante. En los comienzos del siglo las contiendas políticas absorbían á todos los espíritus revolucionarios; ahora que termina, esas contiendas han tomado un carácter pronunciadamente social. Conquistados los derechos políticos, la agitación se ha reconcentrado en la vida económica; se persigue el mayor bienestar.

Más que á los obreros, son de imputar á los patronos, salvo muy honrosas excepciones, que afortunadamente aumentan, la tirantez cada día mayor entre los dos grandes agentes de a producción, capital y trabajo, el odio que se generaliza contra el régimen capitalista, el encono de la pelea, la enemiga á las llamadas libertades económicas, que tantos males causan, y el que hasta aquellos trabajadores que se habían expresado con plausible templanza respecto á muchas de las *cuestiones obreras*, entre ellas la referente á la duración de la jornada, se hayan adherido al *socialismo colectivista*, que proclamó la huelga general del 1.º de Mayo de cada año, adoptándola como una especie de símbolo de la unión de la clase.

Y decimos que principalmente son imputables á los patronos, porque éstos, no satisfechos con la pertinaz é injustificada oposición que hacen á la determinación legal de una jornada prudencial que ponga término á los innegables daños del trabajo cuando con exceso se prolonga, han utilizado todos los recursos, aun los que la moral y la humanidad rechazan, para impedir la legislación del trabajo en unos puntos, y para eludir su cumplimiento en aquellos países donde existe; conducta vituperable que no ha podido menos de excitar los ánimos y enardecer las pasiones de las clases trabajadoras, aumentando la gravedad de la lucha empeñada.

Ejemplo de ello nos le ofrece Suiza, precisamente un país donde todavía no ha desaparecido por completo la unión fra-

ternal, la especie de asociación familiar que antes, fortalecida por el cariño, por la consideración mutua y por la gratitud, enlazaba al maestro y al oficial, al patrono y al trabajador, interesando á éste en la prosperidad de aquél, y recibiendo á su vez apoyo en las varias contingencias y accidentes de su vida

Establecida por la ley de 1877 la reducción de la jornada, limitándola á once horas diarias, jornada que en verdad no puede calificarse de corta, buscaron desde luego los patronos el modo de hacer ilusoria la prescripción legal, y tanto lo encontraron, y tan conocidos llegaron á ser sus subterfugios, que ya en el año 1888 se consignaba en una memoria del Departamento Federal de la industria, «haber adquirido la experiencia, fundada en múltiples observaciones, de que particularmente en las fábricas de hilados y tejidos, se procura prolongar la duración del trabajo valiéndose del medio de no suspender las tareas de todos los obreros á un mismo tiempo, con lo cual no es posible comprobar la duración efectiva de la labor de cada operario», y se añadía que la cosa empeoraba más todavía «por cuanto las pausas intermedias no existen más que en el nombre, puesto que mientras las máquinas funcionan el obrero se ve obligado á atenderlas constantemente y de hecho, y por lo tanto no se interrumpe su trabajo».

Si esto acontecía en Suiza, donde el patrono es por lo regular humanitario, cariñoso y protector de sus operarios, ¿qué no habrá sucedido y continuará sucediendo en aquellas otras naciones, como la egoísta y sin sentimientos morales de los Estados Unidos, donde al mayor rendimiento de las industrias ó del negocio se sacrifican los intereses más respetables y se prescinde de toda idea de humanidad? Semejante conducta, unida á la sustitución mayor cada día del obrero por la máquina, del hombre por la mujer y de ambos por el niño y el muchacho, determinantes de la crecida oferta de la fuerza del trabajo, y del desequilibrio entre esta oferta y el pedido, cuyas consecuencias son harto conocidas, y unida también al *Truck system*, al desarrollo del tan nocivo trabajo nocturno, llevado á un extremo inconcebible, á las *coaliciones* de capi-

talistas y patronos, disfrazadas con las apariencias de las sociedades y compañías industriales y mercantiles, etc., etc., han contribuído no poco al sombrío aspecto que ofrece la llamada *cuestión social*, que en el orden económico, y dentro de él en cuanto al trabajo y al trabajador se refiere, aumenta en proporciones y preocupa con razón á cuantos ven acumularse en el espacio las nubes tempestucasas.

II

Hay ciertos hechos que por referirse más ó menos directamente á la cuestión de la jornada del trabajo, y por ser reveladores de la fermentación interna del socialismo, del partido obrero y de las demás organizaciones de los trabajadores á quienes la idea socialista inspira, no podemos dejar pasar desapercibidos. En el Congreso obrero de París, celebrado en 1880, fué donde con bastante claridad se pusieron de manifiesto las diferencias que separaban á los trabajadores en cuanto á la determinación del número de horas que deben constituir la faena diaria. Los colectivistas sostuvieron que debía ser de *ocho horas y fijarse por la ley*, y los obreros á quienes calificaron de moderados, esto es, los pertenecientes á las *Trades Unions*, que, en este como en otros particulares, dieron á conocer la modificación de sus ideas y su inclinación hacia la derecha socialista, conforme hoy se inicia en ellos un movimiento en sentido opuesto, combatieron y rechazaron tal solución, porque, según expresaron sus representantes ó delegados, no podían admitir el derecho del Estado é imponerles la obligación de no trabajar más que ocho horas si ellos podían y querían trabajar durante mayor tiempo.

Dicho Congreso tuvo bastante significación, y es de verdadera importancia en la historia del movimiento socialista obrero, á causa de esa lucha entre *colectivistas* y *moderados*, de la transacción á que llegaron, conviniendo en que la jornada fuese de ocho horas, como aquéllos sostenían, pero permitiéndose trabajar más tiempo *si así lo convenían con los patronos*, es decir, una jornada legal de ocho horas y una jornada convencional supletoria ó complementaria, de duración indefinida,

y de la actitud que tomaron esos mismos delegados de las *uniones*, que, no mucho tiempo antes, con los *cartistas*, mientras el cartismo constituyó una fuerza, y después ellas solas, habían dado lugar á poco pacíficas huelgas y á sangrientas colisiones.

Las *Trade Unions*, cuyo origen es explicado por su nombre, y de las que ya nos hemos ocupado en nuestro libro *Los problemas del trabajo y el socialismo*, comenzaron constituyendo una serie de asociaciones de los obreros para defenderse contra los abusos y resistir las imposiciones y excesivas exigencias de los patronos; tomaron en breve una actitud agresiva y de combate, que se reveló en distintos conflictos y luchas; crecieron rápidamente, penetraron y se difundieron en casi todas las naciones del continente europeo, llegaron hasta las más apartadas regiones de la América, formaron el núcleo más importante del *internacionalismo obrero*, y después de haber profesado y defendido ideas las más radicales y exageradas, fueron retrocediendo poco á poco, modificando sus programas y sus procedimientos, hasta convertirse, no ya en fuerzas resistentes contra los patronos, contra los excesos del industrialismo, sino en una especie de contrarresto de las intransigencias y aventuradas pretensiones y radicalísimas doctrinas de gran número de trabajadores inspirados por elementos extraños á su clase.

Ocupándose de las *Trades Unions* el escritor inglés Tom Maun en un bien escrito estudio, reproducido por la revista anarquista de París *L'Humanité Nouvelle* en el número del mes de Febrero del año 1898, dice, coincidiendo con nuestro juicio, que «las *Trades Unions* no fueron fundadas para cambiar la base industrial del país, no se proponían destruir el sistema del capitalismo concurrente, no buscaron en el principio sino *obtener lo que es necesario al sostenimiento de una salud normal sin un trabajo excesivo*, y colocarse poco á poco en un pie bastante firme para conseguir una parte mayor en los frutos de su trabajo, y en fin, formar con sus ahorros numerosas cajas graeias á las cuales pudieran aliviar á aquellos de sus miembros dañados por la huelga, los accidentes, la enfermedad, etc., etc.»

«En muchas ocasiones, añade, se han hecho esfuerzos para reunir á las *Trade Unions* en una federación gigantesca. en 1833 federaron bastantes uniones en *Grand Trade Union nacional consolidada*; pero esta alianza no duró mucho: en 1846, y aun en 1865, fracasaron otras tentativas: la faena era bastante pesada, pero aparecieron los *Trade councils*, debido á los cuales las uniones de cada ciudad pudieron obrar de acuerdo en diferentes objetos de utilidad común, pero rara vez con carácter agresivo.»

Ampliando en otro artículo, que apareció en Marzo de 1898 en la importante *Revue Socialist*, las anteriores ideas, expresa que «fué sobre todo debido á la influencia de Roberto Owen (1830) cuando las *Trades Unions* comenzaron á comprender que los capitalistas no trabajadores vivían á costa de éstos, y aunque Roberto Owen se propuso principalmente la implantación de un estado de sociedad cooperativo, tuvo poderosa influencia sobre el movimiento tradi-unionista. De 1830 á 1842 los trade-unionistas hicieron gran número de tentativas de carácter revolucionario, pero ninguna de ellas duró largo tiempo. Sobre todo procuraron hacer desaparecer las incapacidades públicas, que les impedían obtener su reconocimiento legal, dedicándose los jefes del movimiento á hacer desaparecer las preocupaciones suscitadas en su contra. Orthodoxia y respetabilidad, tal fué la consigna: se trataba de organizar sólidamente para cada cuerpo de oficio los organismos respectivos, evitando la táctica teatral y revolucionaria anterior».

Por último, manifiesta que «hasta ahora había sido el grito de las *Trade Unions* ¡nada de política! y hoy aumenta cada día el número de los que reclaman una política decisiva en el sentido del colectivismo, siendo de importancia hacer notar como prueba é indicación de este cambio inminente, la actitud que han tomado, formando sus Consejos los delegados de las sociedades ó de sus ramificaciones, y proponiéndose la acción común en las materias que consideran afectan inmediatamente á sus intereses mutuos, y alentando el deseo creciente de una federación nacional de las *Trade Unions*, habiéndose presentado en este mismo año varios proyectos, de entre los cuales mencionaré el del comité especial nombrado en

el Congreso de Birmingham en 1897; pero dudo de que antes de mucho tiempo lleguen á entenderse sobre un proyecto verdaderamente eficaz».

«Tales *uniones*, escribía en 1858 Mr. Luis Reybaud, constituyen una verdadera liga de obreros contra los maestros, como el *Truck system* constituye una explotación del maestro en perjuicio de los obreros. Un trabajador miembro de una *Unión* ya no se pertenece: tiene jefes, obreros como él, investidos de un mandato por la elección, que pueden disponer de su tiempo, de su trabajo, de su salario, de sus brazos como les plazca; los miembros de la *Unión* no trabajan sino cuando los jefes lo permiten, abandonan su taller á la primera orden y no vuelven á él sino cuando la prohibición es levantada.»

«El *unionismo*, manifestaba años después Mr. Julio Simón, tiene tantos enemigos encarnizados como calurosos defensores; á juicio de unos, ataca en línea recta todos los derechos de la propiedad, y al de los otros, defiende legítimamente los derechos del trabajo.»

Positivamente, ante los extravíos de la *Internacional* y los actos universalmente condenados de la *Commune*, en los que también se hizo sentir ya la mano del *anarquismo*, la opinión de los escritores se acentuó más todavía en su contra; opinión, con todo, equivocada, por no haberse fijado lo bastante en el hecho de que las *Trade Unions* se habían colocado al lado de Karl Marx, y los más exaltados internacionalistas habían seguido las funestas inspiraciones de Bakounine, siendo estos, y no aquéllas, los verdaderamente responsables de los excesos.

III

En el Congreso mencionado, las *Trade Unions*, que casi exclusivamente se atenían á la defensa de los derechos y de los intereses efectivos de los trabajadores, y que, si aceptaban, como continúan aceptando, no pocas de las ideas socialistas, justas, razonables, convenientísimas, lo han hecho tan sólo en cuanto, á su entender, pueden servir á la regulariza-

ción y modificación precisas de las actuales condiciones del trabajo, considerándolo tal como debe serlo, deparándole la representación que en la vida económica y en la vida social le corresponde, alzándole del puesto inferior en que se mantiene con relación al asignado al capital, remunerándole justa y equitativamente y poniéndole á cubierto de los abusos posibles del capitalismo; las *Trade Unions*, en ese como en otros Congresos, representaron el elemento moderador, siendo esto tan cierto que á su influjo fué debido el que el Congreso no tomara radicales acuerdos, entre ellos el de la jornada de las ocho horas. Sus delegados sostuvieron que la ley no debía imponerla ni ser la misma para todos los países y oficios ó ramas de la industria, sino que más bien debía aspirarse á conseguir su reducción por medio de la *asociación*, del *mutualismo*, de la *cooperación*, cuyas ventajas apreciaban y de cuyos beneficios habrían participado.

Lástima fué, sin embargo, que sus esfuerzos no se limitaran á esto, sino que se extendieran á conseguir, como lo consiguieron, la adopción de esas dos jornadas, legal la una, en el sentido de que la ley la fijara, convencional la otra, destruyéndose ó anulándose con ésta todos cuantos beneficiosos resultados pudieran prometerse con la primera, y que si por un lado favorecía al trabajador con el aumento posible del salario, por el otro inutilizaba las ventajas positivas de la reducción de las horas de faena, y venía á desvirtuar las razones aducidas en apoyo de dicha reducción, no defendiendo tampoco al obrero contra sí propio, pues sacrificaba su salud y el descanso conveniente, y aun el necesario, á una mayor retribución que la concurrencia, con sus conocidos efectos, convertiría en ilusoria ó reduciría á insignificante aumento. El resultado de esa doble jornada sería para el obrero el continuar en la misma ó peor situación que hoy, imponiéndose el capital al trabajo, resistiendo éste por medio de las coaliciones y adquiriendo aquél mayor fuerza con la libertad de contratación garantida por la ley, precisamente á solicitud de los mismos trabajadores.

Más lógicos, y penetrados de las necesidades y manera de ser de éstos, y en mejores vías de defensa, hay que con-

venir que se manifestaban los colectivistas: querían una jornada única, improrrogable, impuesta por la ley y por los poderes públicos amparada, para que el obrero, ni por el deseo de aumentar la remuneración de su fuerza de trabajo, y con ella sus recursos, ni por debilidad, ni por imposibilidad de resistirse, llegara á convenir en realizar un trabajo que por modo cierto le sería dañoso, que le gastaría rápidamente, que le aniquilaría más ó menos pronto; querían la jornada fija, con un límite infranqueable, porque disminuídas las horas de faena, proporcionalmente disminuiría, á su entender, la fabricación ó la obra realizada, no contando con la mayor intensidad del trabajo; y como en iguales términos y á la par no se reduciría el consumo, tendrían necesidad los fabricantes, los patronos, los empresarios, los productores en general, de dar ocupación á mayor número de trabajadores para poder atender á las exigencias del mercado. Éste es el verdadero objetivo, ó si se quiere el fin principal, á que tiende el socialismo colectivista como solución transitoria, al procurar por todos os medios el establecimiento de la jornada forzosa de las ocho horas, y proponiéndose también cambiar los términos de la concurrencia.

Todavía más que en el Congreso de París se marcó la oposición de las *Trade Unions* á las ideas y procedimientos radicales, en el Congreso internacional de los obreros mineros congregados en Jolimont en Mayo de 1890, y con no menor claridad volvieron á revelar su inclinación al socialismo práctico. Asimismo se patentizó cuánto iban perdiendo en la opinión de las clases obreras con su conducta tal vez demasiado prudente y sus tímidas proposiciones. En él fueron representadas por Mr. Burt, delegado suyo que lo había sido también en el de París, el cual manifestó que «la jornada de las ocho horas sólo existe allí donde se ha conseguido por medio de la asociación, y que tenía la seguridad de que si al día siguiente se escribiese en la ley, sería letra muerta en los países donde no hubiese una asociación robusta y vigorosa encargada de hacerla efectiva».

Á pesar de oposición tan resuelta por parte de las *Trade Unions*, el Congreso, rectificando los acuerdos del de París,

decidió por gran mayoría que era preciso la intervención del Estado para fijar la jornada de ocho horas, eliminando las suplementarias que aquél había admitido.

Nuevamente presentaron la batalla las *Trades Unions* á sus adversarios, y nuevamente fueron derrotadas, en el Congreso de Liverpool, pues no consiguieron sino 130 votos, no obstante haberse unido con los llamados en aquella ocasión *economistas*: los socialistas obtuvieron á su vez 226 votos.

Tampoco pudieron librarse de otro descalabro en el Congreso de Chatillerault. Así como en el anterior se unieron con los *economistas*, lo hicieron en éste con los *alemanistas*, con los partidarios de Allemane y del Dr. Brousse. Sin embargo, no alcanzaron mayor resultado, pues el Congreso acordó: 1.º, la intervención del Estado, del departamento ó provincia y del municipio para la reglamentación del trabajo 2.º, la necesidad de la intervención de los poderes públicos para limitar la jornada del mismo, y 3.º, la intervención del Estado para asegurar al obrero un salario suficientemente remunerador.

Á las *Trade Unions* les ha sucedido lo que á todos los iniciadores de los movimientos revolucionarios que han intentado después contenerlos: han sido arrolladas por las corrientes que sacaron de su cauce. Las revoluciones sociales, más aún que las revoluciones políticas, una vez iniciadas, ni se las puede hacer retroceder, como lo prueban los infructuosos trabajos reaccionarios, ni puede contenerse en tanto que no recorran todas las etapas necesarias á su completo desarrollo, correspondientes á la fuerza del impulso inicial y á las necesidades de cualquier orden que las determinaran, y que, por lo tanto, produzcan sus naturales resultados; á imitación de los desbordamientos de los ríos, con los que muy acertadamente se las ha comparado, antes de volver á su curso ordinario, en cuyo caso serían las que con razón ha calificado Eliseo Reclús de revoluciones regresivas, ó de seguir tranquilas y serenas por los nuevos derroteros, invaden las comarcas más ó menos inmediatas en cuanto su caudal é ímpetu las consiente, y llegan adonde no pudo preverse que llegaran; intentar encauzarlas antes de tiempo es una locura, y una te-

meridad indisculpable provocarlas antes de que el movimiento evolutivo las haya preparado debidamente marcándoles la ruta que han de seguir, los ciclos por que han de pasar.

Los iniciadores que se paran no tardan en perder su influencia, en ser arrollados y en verse sustituidos por otros que van más lejos: son, por lo regular, las primeras víctimas; sobre ellos, sin atender á sus servicios, pasa ciega, terrible, desoladora la inundación. Así sucedió á Mirabeau, á los Girondinos, á los constituyentes, en las postrimerias del siglo XVIII; así á Karl Marx, Lasalle y los demás fundadores de la Internacional; así también, y no podía menos de suceder, á las *Trade Unions* con tanto mayor motivo cuanto que caminaron sin rumbo fijo, avanzando con rapidez unas veces, queriendo retroceder con no menor precipitación otras, admitiendo hoy lo que ayer rechazaban, vacilantes, desconfiadas, tímidas, sin ese tesón, sin esa perseverancia, sin esa fe, que son las que, fortalecidas por la idea, deparan el triunfo.

¿Rectificarán su conducta en lo sucesivo? La contestación es muy difícil. Su historia, de la que no pueden desprenderse, y que influye en ellas como la herencia en los individuos, como los ascendientes en los descendientes, inclina á la negativa, y por otra parte sus elementos, que se renuevan, hacen pensar de distinto modo. En estos mismos momentos se inicia en ellas una nueva dirección y echan de menos sus procedimientos batalladores; de tal movimiento les resultarán otros desprendimientos. Puede creerse que han cumplido su misión. Dieron á conocer á los obreros lo que con la unión y la asociación se consigue; prepararon el terreno de las reformas; recogieron y difundieron ideas que han germinado, que han echado profundas raíces, que han producido, usando la frase de uno de los concilios medioevales, frutos de bendición; dieron vida á la *Internacional*, dieron vida á la *cooperación mutualista*, dieron vida al *colectivismo*, dieron vida á la *secta anarquista*, porque todas estas manifestaciones del espíritu reformista y revolucionario con miras sociales encontraron abrigo en su seno; de idea en idea, de consecuencia en consecuencia, llegaron á las conclusiones extremas; avanzaron cuando debieran detenerse para consolidar las conquistas; se

detuvieron cuando todo les indicaba que necesitaban seguir caminando; quisieron parar la corriente en su marcha cuando más fuerza tenía; el mundo obrero se deslizó bajo sus plantas. Hoy se agitan, pero sus esfuerzos semejan más bien á las convulsiones de la agonía.

IV

La marea, diremos usando de una comparación vulgarizada, ha ido subiendo rápida y amenazadora. Al mismo tiempo que las antiguas *Trade Unions* iban declinando, que sus ideas y procedimientos tradicionales obtenían cada vez menor número de sufragios, desprendiéndose de ellas otras *uniones* que respondían mejor á las más amplias tendencias de las clases obreras, y que los *economistas* titubeaban demostrando una irresolución inconcebible dadas la gravedad y trascendencia de los problemas que se debatían, según tan claramente se puso de manifiesto en el Congreso de Francfort en Septiembre de 1880, donde Brentano llegó á manifestarse en cierto modo conforme con el criterio de las *Trade Unions*; el socialismo radical redoblaba sus esfuerzos, y aprovechándose de las circunstancias, de la disposición de los ánimos y de la debilidad é indolencia de la mayoría de sus adversarios, batía de nuevo á las *Trade Unions*, no tan sólo en el punto concreto en que antes las había derrotado, sino en otros varios que, aun cuando relacionados con aquél, eran más bien pasos de avance para llegar á la soñada huelga general, «á la paralización universal y en un solo momento de todas las fuerzas productoras».

De la discusión reflexiva y fructuosa de los hombres de ciencia, de la más ardiente y apasionada de la prensa periódica, se pasó á las enconadas contiendas de los *meetings* y los Congresos; del tema concreto y práctico de la fijación por la ley de la jornada del trabajo se llegaba al de la huelga como medio de conseguir al par de aquélla la implantación de reformas radicalísimas de tal trascendencia que entrañaran una completa transformación en el régimen económico-moral de los pueblos, y se preparaba, estudiándola en conformidad

con su objetivo, en todos los países, como amenaza y al mismo tiempo como protesta.

Preciso es fijarse en esta marcha de las ideas á los hechos, de las súplicas á las amenazas, de la mera defensa á la resistencia, y de la resistencia al ataque, para no dejarse ilusionar por determinadas declaraciones de algunas de las escuelas socialistas, para comprender la lógica inflexible que informaba la conducta é inspiraba á los verdaderos directores del movimiento obrero: era un plan que se desarrollaba progresivamente, respondiendo á un pensamiento único y preconcebido. El socialismo camina lógico, lleno de fe, sin desmayos ni vacilaciones, digan lo que digan los Guyot, Garofalo, Kirchenheim y sus demás adversarios; obedece á una ley que preside todos los actos humanos, todos los más grandes y trascendentales movimientos de la humanidad. La idea se inicia, fermenta, germina, se difunde; de mera especulación se convierte en manifestación práctica; utopia hoy, posibilidad mañana, llega por fin á vencer si las circunstancias la ayudan, si la razón la abona, si la sostiene la ciencia, si la conveniencia la apoya y si el bien general ha de ser su resultado. Cuando no concurren todas estas condiciones, ó no pasará de la utopia, como sucedió con las de Platón, Morus-Campanella, Juan Valentín Andreae, Bacón, Harrington, Fernelón, Luis Holberg, Morelley, Cabet, Bellamy, Secrethan y otros, ó se desvanecerá ante la luz de la verdad, muchas veces después de luchas que puedan llegar á revestir los caracteres de conflagraeiones generales, ó se modificará desprendiéndose de los errores que la dominan. Que en la idea socialista, que en las pretensiones de la clase obrera hay no poco aceptable y verdadero, no poco basado en los más exactos principios científicos, lo demuestran su desarrollo, la conquista de espíritus selectos, antes refractarios, contrarios ó indiferentes, y la misma rapidez con que camina. Esto es lo que descubre el hecho que hemos señalado y lo que no debe olvidarse si no se quiere que por no dar salidas naturales á las aguas se conviertan en desolador torrente.

Tal elaboración preparatoria, á la que igualmente cooperó en sus primeros años la célebre *Asociación internacional de los*

trabajadores, se manifestó clarísima, aun á las inteligencias menos perspicaces, en el Congreso internacional celebrado en París durante los meses de Marzo y Abril de 1894; Congreso que prueba igualmente el desarrollo que había conseguido y los progresos que había hecho el socialismo.

En él se presentaron, entre otros temas para la discusión, los siguientes: 1.º, se impone una huelga general como medio de conseguir la jornada de ocho horas en Inglaterra, Francia, Austria-Hungría, Bélgica y Alemania, que eran los países representados; 2.º, se invita á los Gobiernos á que estudien una legislación internacional aplicable á todas las naciones; 3.º, esta ley tendrá por objeto establecer la jornada de ocho horas, tanto en los establecimientos explotados por el Estado como en los explotados por los particulares; 4.º, se invita al comité internacional á que promueva la huelga general si aquella ley no se consigue.

En él lucharon con decisión, aunque infructuosamente, las *Trade Unions*, diciendo su representante, Mr. Burt, con el buen sentido práctico que le distinguía: «Mirad antes de declarar la huelga si contáis con suficiente disciplina y con bastantes municiones, porque la falta de estas cosas ha ocasionado bastantes fracasos».

En él se opusieron también á la huelga los delegados escoceses, ingleses y alemanes, esto es, los más empapados en las ideas predominantes en aquéllas, siendo defendida calurosamente por los franceses y belgas, es decir, por los que pertenecían á países donde el colectivismo y el socialismo democrático revolucionario predominaban: el acuerdo fué afirmativo y saludado con grandes aplausos.

La idea de la huelga general cundió con rapidez; pero contra lo que esperaban sus patrocinadores, que querían sostenerla hasta conseguir la fijación por la ley de la jornada de las ocho horas, si la mayoría de los trabajadores la aceptó como manifestación de sus fuerzas, de la triste situación á que el capitalismo y el industrialismo les habían reducido y como una amenaza á éstos y á los poderes que desatendían sus quejas y menospreciaban sus ruegos, esa misma mayoría, compuesta de casi todos los elementos constituyentes del socialismo

obrero, adhiriéndose á la opinión de Mr. Burt, comprendiendo que las huelgas han de tener por causas determinantes hechos concretos que las justifiquen, sirviendo más que para otro cosa para la defensa y para la obtención de concesiones convenientes negadas por los patronos, á pesar de hallarse justificadas, que han de basarse en la asociación, en la solidaridad obrera y en la mancomunidad de los intereses y de las aspiraciones de los lesionados, que han de contar con los recursos precisos para que los huelguistas puedan sostenerse, pues en otro caso llevan á seguros fracasos que agravan y empeoran su situación, admitiendo en principio la utilidad de las huelgas, se apartó de la general permanente, para la que no estaban lo bastante preparados, desautorizando con ello á sus delegados en el Congreso, y aceptando la de un solo día, la del 1.º de Mayo de cada año, fiesta del trabajo, contrapuesta á las festividades de los *burgueses*, creyendo que se realizaría por todos, sin excepción alguna, y que serviría para recontar las fuerzas, para dar apoyo á la petición de la jornada de las ocho horas y para fortalecer los vínculos de unión de los trabajadores de todo el mundo.

Pero si esa mayoría llegó á tal conclusión, si muchos Congresos, entre ellos los de Valencia y Barcelona de 1891, la proclamaron, tributándola encomiásticos aplausos en los manifiestos que dieron á luz, otros muchos trabajadores permanecieron indiferentes, y no pocos se opusieron á ella, evidenciándose de ese modo que, si en principio estaban conformes, que si todos tendían al mismo fin, divergían en cuanto á los procedimientos y en cuanto á la ocasión más oportuna para llevarlos al terreno de la práctica.

Por eso no fué grande el entusiasmo de la clase obrera teniendo mucho de artificial; por eso la fiesta del trabajo, que nació sin vitalidad, fué perdiendo terreno en cada año, y por eso sirvió también para acentuar, primero el movimiento de disgregación, y después el de reconcentración de los elementos componentes de las diversas tendencias socialistas, creciendo las más conservadoras, las más prácticas, las llamadas *posibilistas*, y perdiendo fuerzas la que constituye la extrema izquierda.

V

No queremos dar por terminado este estudio, indudablemente imperfecto, en el que hemos procurado examinar desde sus distintos puntos de vista el importantísimo problema, tan difícil de resolver, de la jornada del trabajo, sin hacer algunas indicaciones, siquiera sean ligerísimas, respecto á otros cuatro Congresos socialistas obreros, cuyos debates y acuerdos contribuyen á puntualizar el pensamiento de las clases trabajadoras en tan interesante particular. Nos referimos al celebrado en París en Julio de 1889, al de Zurich, en Septiembre de 1897, al de Tours, en 1892, y al de Hainfeld, en 1888.

En el primero de dichos Congresos estuvieron representadas las agrupaciones obreras socialistas de Francia, Austria, Alemania, Hungría, Alsacia y Lorena, Inglaterra, Bélgica, España, Irlanda, Italia, Portugal, Suiza, Suecia y Noruega, Rumanía, Dinamarca, Polonia, Rusia, la República Argentina y algún otro país, reuniéndose 324 delegados, entre los cuales había cinco diputados del Parlamento francés, siete del Reichstag alemán, uno de la Cámara de los Comunes inglesa, otro de cada uno de los Parlamentos italiano y holandés y varios consejeros municipales de París, Berlín, etc., etc.

Si por el número y clase de las delegaciones ocupa lugar muy distinguido entre las Asambleas socialistas obreras la de que tratamos, no tiene menos significación por la brillantez de sus debates y por la transcendencia de sus acuerdos. Entre éstos, mencionaremos tan sólo el siguiente por ser el más relacionado con nuestro estudio:

«El Congreso internacional obrero socialista de París, después de afirmar que la emancipación del trabajo y de la humanidad no puede conseguirse sino con la acción internacional del proletariado organizado en partido de clase, apoderándose del poder político para la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción: considerando que la producción capitalista en su rápido desarrollo invade todos los países; que este progreso de la

producción capitalista implica la explotación creciente de la clase obrera por la burguesía; que esta explotación, cada vez más intensa, tiene por consecuencia la opresión política de la clase obrera, su sujeción económica y su degeneración física y moral; que, por consiguiente, es deber de los trabajadores de todos los países el luchar, empleando al efecto todos los medios de que disponen, contra una organización social que les aplasta y al mismo tiempo aminora el libre desenvolvimiento de la humanidad, pero que, por otra parte, se trata ante todo de oponerse á la acción destructora del presente orden económico; decide ser de necesidad una legislación económica protectora y efectiva del trabajo en todos los países donde oprime la producción capitalista, y como bases de esta legislación protectora el congreso reclama: 1.º, limitación de la jornada de trabajo á un *máximum de ocho horas para los adultos*; 2.º, prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años, y reducción de la jornada á seis horas para los de ambos sexos mayores de catorce y menores de diez y ocho años; 3.º, supresión del trabajo nocturno, sin más excepción que la de aquellas ramas de la industria cuya naturaleza exige un funcionamiento no interrumpido; 4.º, prohibición del trabajo á las mujeres en todas las ramas de la industria que afecten más particularmente al organismo femenino; 5.º, supresión del trabajo nocturno para las mujeres y obreros menores de diez y ocho años; 6.º, descanso no interrumpido de treinta y seis horas semanales cuando menos para todos los trabajadores; 7.º, prohibición de ciertas clases de industria y de ciertos modos de fabricación perjudiciales á la salud del trabajador; 8.º, prohibición del regateo; 9.º, prohibición del pago en especie y de las cooperativas patronales; 10.º, supresión de las oficinas de colocaciones; 11.º, vigilancia de todos los talleres, fábricas y establecimientos industriales, comprendiendo los domésticos, por inspectores retribuídos por el Estado y elegidos, al menos en una mitad, por los mismos obreros.» Complemento de estas bases lo fué el siguiente significativo acuerdo: «El Congreso declara que es deber de los obreros admitir á las trabajadoras en sus filas con igualdad completa, y hacer prevalecer el principio de «á trabajo igual

salario igual para los trabajadores de ambos sexos y sin distinción de nacionalidades.»

El Congreso de Tours (año 1892) se ocupó también de la fijación por la ley de la jornada del trabajo, y como la generalidad de los Congresos obreros, se decidió por la de ocho horas, consignando en estos términos su acuerdo: «El Congreso declara que, siendo ocho horas de trabajo el máximo que puede imponerse á los trabajadores, es preciso poner á los poderes públicos en condiciones de impedir á los patronos ocupar á los obreros más de ocho horas y hacer que les concedan un día de descanso semanal. Una ley especial fijará la penalidad de los patronos convencidos de haber hecho trabajar más de ocho horas y por menos salario que el establecido por los sindicatos. Los consejeros *prud'hommes* serán los encargados de la aplicación de esta ley, siendo también preciso crear un Consejo de vigilancia nombrado por los grupos corporativos y las Cámaras sindicales, ó tener inspectores retribuidos por el Estado ó el municipio y elegidos por los obreros».

En el Congreso de Zurich, de cuyos elementos é incidentes hacemos mérito en otro lugar, se suscitaron amplios debates con motivo del trabajo de los adultos, por lo mismo que, como de este estudio resulta, es una de las cuestiones capitales de las que constituyen el problema obrero, de las que más separan á los economistas-individualistas y á los que á sí propios se llaman *libertarios*, de los socialistas y de los economistas de la escuela crítica. Otto Leng y Jourbeet emitieron informe favorable á la jornada legal del trabajo y á la fijación de un máximo, pidiendo que los Gobiernos admitan la jornada de *ocho horas*, ó en el caso de ser ésta imposible por las condiciones especiales de las industrias en algún país ó localidad, que en lo posible no se alejen de las ocho horas que se fijan. Y Mr. Kuleman, de Brunsvick, cuya tesis fué la adoptada por una mayoría de 170 votos contra 80, propuso una clasificación de las industrias según distintas categorías y clases, y que en su consecuencia la duración del trabajo se fijase de distinto modo para cada rama de industria, tomando por bases la intensidad del trabajo y la pérdida de

fuerzas; solución prudente, conciliadora, aceptada por los delegados católicos, y que, dejando á salvo todos los intereses, cortaría los frecuentes abusos, siempre que un espíritu recto é imparcial, basado en la equidad, atendiese, al par que á la producción, y en caso de duda ó de oposición dándole preferencia, al factor trabajo, al hombre, cuya salud, fortaleza, desarrollo y vida moral y social deben pesar más que aquélla é infinitamente más que el capital.

Por último, y por referirse á otra importante región de Europa, donde por sus condiciones especiales predomina el que se ha llamado *socialismo* alemán, mencionaremos el Congreso de Hainfeld, cuya figura más descollante lo fué el doctor Adler, al que concurrieron setenta delegados de otras tantas comarcas de Austria, pudiendo más bien calificarse de conferencia, y en el que entre otros acuerdos fueron adoptados los siguientes: «1.º, libertad de coalición; 2.º, reducción de la jornada de trabajo á ocho horas con la prohibición del trabajo nocturno, excepto en las industrias y fábricas que no puedan tener interrupción; 3.º, descanso legal del domingo; 4.º, prohibición del trabajo á los niños menores de catorce años; 5.º, prohibición del trabajo á las mujeres en las industrias dañosas á su organismo; 6.º, penalidad que llegue á laprisión para los infractores de estas reglas; 7.º, extensión de estas prescripciones á todas las industrias, transportes, y a las manufacturas domésticas, pequeñas y grandes; 8.º, participación de las asociaciones obreras en la aplicación de estas leyes protectoras por medio de inspectores elegidos por los interesados». Refiriéndose á esta conferencia escribía en la *Revue Socialiste*, de París, en Marzo del corriente año 1898, R. Marié Oswald: «Como era natural, este programa no agradó á los anarquistas, cuyos tres delegados se salieron de la sala del Congreso. Uno de ellos, el obrero Rissmann, le combatió vigorosamente en la reunión obrera de Gratz, celebrada algunas semanas después. Ninguna voz disidente se elevó entre los socialistas, que estuvieron unánimes al adoptar tales resoluciones».

Los acuerdos de estos cuatro Congresos, con excepción de algunos particulares que revelan tendencias exclusivistas y apasionadas, y propósitos de predominio de clase, incompa-

tibles con el espíritu de justicia, de rectitud y de igualdad que debe presidir en las reformas sociales para que los odios se apaguen, se sosieguen las pasiones, desaparezcan las luchas, de las que ningún bien resulta, se armonicen los intereses, y todas las fuerzas productoras, sin preeminencias ni privilegios, caminen hacia el fin común, que debe serlo la posible felicidad social; esos acuerdos encierran las mejores bases para una buena legislación del trabajo, casi preterida en los Códigos, olvidada por los jurisconsultos, muchos de ellos tan refractarios á las innovaciones, tan apegados al derecho tradicional, tan poco penetrados del espíritu moderno. Por eso nos hemos ocupado de ellos con alguna extensión, aunque no tanta como quisiéramos y merecían.

Vamos á concluir. El problema de la jornada del trabajo y de los días y horas de descanso subsiste todavía en pie, aunque se han reducido sus términos y disminuído sus proporciones, estando en vías de resolución. También ha perdido no poca de la gravedad que revestía, no obstante lo cual hay que reconocer que aún ofrece bastante. De los hechos generales y de los ensayos particulares han resultado fructuosas enseñanzas, y del choque de las ideas, como siempre sucede, va brotando la luz. Ya no se discute sobre la necesidad de un día semanal de descanso, de limitar las horas del trabajo de la mujer y del muchacho y de reducir ó limitar las faenas realizables durante la noche, habiéndose también uniformado la opinión; en cuanto al asunto, á considerar excesiva, dañosa é insostenible la jornada establecida en varios países. Haber llegado á este acuerdo es haber conseguido no poco; pero no basta. A estas conquistas sucederán otras; así lo impone el progreso, así la ley del desenvolvimiento de las sociedades, así lo requiere la misma vida de la humanidad.

Vendrán disposiciones legislativas á regularizar en cada nación, desarrollando los principios fundamentales de un derecho universal no inmutable como los monumentos que de épocas apartadas se conservan, sino variable como la misma vida, el funcionamiento de las industrias, el modo de la producción, apreciándose todas las circunstancias, condiciones y necesidades del trabajo, según las regiones y los pueblos; y

como irán aumentando los extremos que pueden decirse comunes, se formará una legislación internacional que, declarando, como ya hemos dicho, los principios ó bases generales, deje á cada país su aplicación del modo más conveniente. Fijar un número prudencial de horas para la jornada del obrero adulto, de modo que no se perjudique su salud, ni se dañe á su organismo físico, ni se contrarie el desenvolvimiento espiritual, ni le impida llenar sus deberes ni ejercitar sus derechos familiares y sociales; prescribir un día de descanso semanal y uno ó más intervalos en las horas de faena; prohibir en absoluto el trabajo á los niños de ambos sexos menores de doce años y reducir á seis las horas laborables para los que no lleguen cuando menos á diez y seis años; prohibir á la mujer ocuparse en determinadas industrias y faenas; abolir el trabajo nocturno, fuera de aquellas industrias que por razones técnicas lo precisen, no consintiéndose nunca ni á la mujer ni al muchacho; rechazar las horas suplementarias; no consentir operaciones industriales que de un modo indudable lesionen al obrero ó pongan en peligro constante su vida; castigar con penas efectivas las transgresiones de la ley; someter las cuestiones que se susciten á la resolución de jurados mixtos, y establecer una vigilancia eficaz: tales son, á juicio nuestro, las bases de una buena legislación protectora del trabajo y las reformas que por ahora deben apetecerse respecto á los particulares de que nos hemos ocupado con el mejor deseo, aunque reconociendo nuestra relativa incompetencia.

MANUEL GIL MAESTRE.

DESDICHAS DEL PROFESOR DELTEIL

NOVELA DE CHAMPFLEURY

I

Laon es una villa de seis mil almas, que se conmueve por cualquier cosa. El menor suceso, la visita de cómicos ó saltimbanquis preocupa desmesuradamente á los habitantes de la villa, que debe á su posición geográfica, sin duda, el honor de ser cabeza de partido entre otros pueblos más importantes. Construída sobre la meseta central de una montaña de bastante altura, es muy difícil á los carruajes vencer las empinadas pendientes de sus caminos, y esta dificultad para los transportes hace imposible toda industria en Laon; por esta causa, la sociedad pudiente de la villa la forman los empleados nada más. Quitando á Laon el prefecto, el recaudador de contribuciones, el notario, media docena de abogados, los curas y algunos hidalgos viejos, quedaría reducido su vecindario á modestos comerciantes, cincuenta empleados con mil pesetas de sueldo, doscientos menestrales con dos mil pesetas de renta y á un proletariado tranquilo en sus costumbres, muy sobrio en sus placeres, que no practica los vicios ni las virtudes.

Á las diez de la noche se cierran los cafés; el atrevido que transita por las calles á esas horas, corre mucho peligro de que le tachen de calavera. El forastero que se detiene un día en Laon, cuando ha recorrido en menos de un cuarto de hora la calle que divide la villa, de un extremo á otro, en dos mitades, se aburre sin remedio; allí no hay otra cosa digna de atención. Se recomienda, naturalmente, á los curiosos que vayan á los paseos que circundan los viejos muros de Laon;

la vista se recrea sobre un paisaje rico y extenso: verdes prados, rubias mieses, huertas abundantes.

En 1830, pareció que la villa despertaba de su letargo, animándose con una sola palabra, escrita en gruesos caracteres en la pared oscura de un caserón:

COLLEGIUM

Había llegado un hombre de salud robusta y cara sonriente, que transitaba por las calles con aire magistral como si quisiera decir: ¡Todo esto me pertenece!

Mr. Tassin, nuevo director del colegio municipal, fué compadecido por los vagabundos, cuya única ocupación consistía en frecuentar los paseos, donde no hallaban otra concurrencia, y eso los jueves y domingos nada más, que los catorce alumnos del colegio, doce externos y dos internos. Á pesar de su buen deseo y su mucha economía, el antiguo director vióse obligado á salir de Laon porque las deudas le acosaban. Las gentes acomodadas enviaban sus hijos al seminario, siguiendo las costumbres de la Restauración; y sólo algunos liberales de ideas avanzadas confiaron sus vástagos al colegio municipal.

Los caciques del país, que recibían el *Journal de l'Aisne*, pequeña hoja de anuncios, y que leyeron en las «Noticias locales» el nombramiento de Mr. Tassin, aseguraban que no tardaría una semana el nuevo director en perder su empaque de hombre satisfecho.

Entre tanto, los albañiles y los pintores animaban el caserón del colegio, derribando tabiques y haciendo reformas. Laon entera se asombró de semejante audacia, porque las habitaciones consagradas á las clases tenían suficientes anchuras para catorce alumnos. Mr. Tassin, para no dejar por más tiempo á las gentes discurriendo en la ignorancia, lanzó un prospecto de dos hojas llenas de noticias; lo que más asombró fué un párrafo donde se trataba del uniforme de los alumnos. Los internos deberían llevar uniforme constantemente; uno sencillo para los días laborables, otro de gala para salir. También estaban obligados los externos á ponerse uniforme los días de paseo.

¡Semejante atentado en una villa tan sosegada! Unos desautorizaban la reforma y á otros les parecía muy bien. Provocabáanse discusiones á cada paso. El prospecto produjo una verdadera revolución.

Al cabo de tres meses el director salía de paseo acompañando á catorce alumnos, todos vestidos con su frac azul. Ni las campanas tocando á fuego hubieran producido la sorpresa que produjo el tambor de la Guardia Nacional, á la cabeza de los colegiales, marcando el paso, conduciéndolos gallardamente.

Mr. Tassin, ebrio de gozo, sonreía por todos los boquetes que abrió en su cara la viruela, sintiendo el orgullo del general que ha conseguido una victoria; y embutido en su levita negra, con la cabeza erguida sobre su corbata blanca, caminaba en actitud heroica de triunfador. Sus catorce discípulos le parecían un regimiento.

Mr. Tassin desembocaba en la Explanada, haciendo un rodeo para poder atravesar toda la villa. Los pilluelos que se desperezaban sobre la muralla siguiéronle andando, naturalmente, al compás del tambor. El efecto de esta exhibición fué al principio menor de lo que merecía, porque los comerciantes y vecinos de la calle del Claustro disimularon su curiosidad; sin embargo, algunas cortinas levantadas cuidadosamente indicaron á Mr. Tassin que las gentes le miraban. No desplegó menos actividad por sentirse ante un público escaso y misterioso; el director caminaba, tan pronto á la cabeza como á un lado, ya poniéndose á la retaguardia, haciendo sonar siempre sus botas para que los colegiales no perdieran el compás.

En la plaza del Mercado los vendedores abandonaron sus puestos, contemplando el desfile con estupefacción. La mejor parroquiana hubiera difícilmente conseguido que la despachasen mientras pasaban los colegiales. De las calles contiguas llegaron muchas personas, á las cuales el redoble del tambor hizo abandonar sus trabajos. La calle Castellana vióse pronto llena de curiosos, unos parados en las puertas, otros acompañando á los colegiales ó corriendo para sorprender á sus convecinos con el anuncio de la fausta novedad. Por eso la

plaza del Burgo presentó el espectáculo de un gentío compacto antes de que se oyera en sus contornos el tambor, y las admiraciones fueron unánimes al paso por la calle de San Juan.

Este paseo militar obtuvo un éxito que su autor no se hubiera nunca prometido. Al cabo de quince días veinticinco burgueses decidieronse á vestir á sus hijos de uniforme, aun cuando el dispendio era considerable. No estaba ya permitido en las familias aprovechar la ropa vieja del padre para surtir á los hijos de trajes nuevos; hasta modestos empleados corrieron á casa del sastre, ansiosos de activar la confección del equipo de sus criaturas.

El famoso paseo militar hizo resonar los redobles del tambor, cinco leguas á la redonda, en todas las haciendas ricas de aquellos contornos. El número de labradores que pusieron á sus hijos pensionistas en el colegio de Mr. Tassin fué bastante considerable para que pudiera el director, á fin de año, contar lo que producían treinta y siete alumnos, y desde entonces el prodigioso acierto de Mr. Tassin hízose proverbial entre los burgueses de Laon, que no se daban cuenta del impulso nuevo que las ideas revolucionarias de Julio imprimían á la enseñanza. Con esfuerzos diez veces mayores, el maestro no hubiera conseguido reunir diez pensionistas en tiempo de la Restauración.

Á pocos pasos del colegio se hallaba la escuela elemental de Mr. Tanton, que se resentía mucho con la vecindad avasalladora de aquél. Los prospectos, el uniforme, y sobre todo el tambor, eclipsaron á Mr. Tanton, haciéndole perder la estima en que le tuvieron sus conciudadanos. Su sistema de enseñanza tomó el carácter de una urdimbre de crímenes violentos. La famosa palmeta de que solía servirse para corregir á los alumnos perezosos, fué comparada con el tambor, que marcaba tan bien el paso.

¿Cómo podía luchar Mr. Tanton con Mr. Tassin? Mr. Tanton estaba reputado por su buen pulso que producía una escritura correcta, sin igual; pero la distinguida presencia del nuevo director y su eterna sonrisa de hombre satisfecho, le faltaban en absoluto. Mr. Tanton, de cara brutal, tenía una barriga

enorme, mal disimulada por su vieja hopalanda, tan grasienta como los cabellos de su dueño. De las mangas de la hopalanda salían unas manos indignas de un maestro calígrafo, manos deformadas, cortas, como dos muñones, donde sólo el pulgar tenía figura de dedo. Sin embargo, cuando aquel pulgar oprimía la pluma, ésta le obedecía como á un tirano señor y trazaba mil rasgos caprichosos, haciendo prodigios.

Mr. Tanton agarraba con dificultad cualquier objeto (exceptuando su pluma); pero cuando lo agarraba, era difícil que se le fuese. Testimonio: la oreja de un tal Bineau, alumno travieso, que á punto estuvo de ser arrancada. Este famoso tirón de oreja perjudicaba mucho á Mr. Tanton, partidario de los antiguos métodos.

El niño Bineau, hijo de Mr. Bineau, jefe de negociado en la prefectura, exageró necesariamente los malos tratos de que había sido víctima. Castigado por haber sido sorprendido echando en los quinqués lo que Mr. Tanton llamaba un «líquido indecente», no quiso el niño confesar su crimen y escapó de la escuela, dando gritos horribles, hasta encontrar á su madre, la cual, recibéndolo como á un mártir, fué luego á la oficina para notificar á su marido las violencias del maestro; el jefe del negociado abandonó al instante sus tareas para ir á la escuela de Mr. Tanton.

El maestro calígrafo estaba en aquel momento de mal humor, desesperado por los redobles del colegio vecino, que durante una hora no cesaban de aturdirle, y viendo á dos de sus antiguos alumnos aprendiendo á tocar, dirigidos por el tambor de nacionales, alumnos que Mr. Tassin había sustraído á la escuela Tanton, dándoles uniforme.

—¿Con qué derecho ha mutilado usted á mi niño?—dijo con tono airado Mr. Bineau.

—¿Sabe usted lo que hacía el niño?—repuso el maestro.

—¿Hay alguna falta que pueda merecer semejante castigo?

—No se puede repetir lo que introducía en mis quinqués... Una criatura capaz de acciones tan atrevidas merece ser castigada severamente.

—Usted no tiene derecho á tanto; si usted viera llorar á la madre, se avergonzaría de la brutalidad cometida.

—Las madres no tienen que ver con la escuela; yo he conocido algunas que lloraban por habérseles aplicado á sus hijos la palmeta sobre las uñas.

—No se aprende á fuerza de golpes: mi niño no sabe nada. ¿Qué le ha enseñado usted?

—¿Es culpa mía si no atiende, y pasa las horas revolviendo la escuela? Nunca he visto un demonio semejante.

—¡Oh! ¡El hijo mío, de tan bondadoso carácter!

—Será un hipócrita en casa.

—¿Por qué razón embrutecen á las criaturas con golpes, cuando se las conquista más fácilmente tratándolas con dulzura?

—Quisiera que le sorprendiera usted echando á su lámpara el «indecente líquido» que metía en mis quinqués.

—Caballero, mi niño está muy bien educado, y no puede hacer esas porquerías. Que un granujilla, y no faltan en esta escuela, se distraiga con esas monstruosidades, me parece posible; los hijos de gente sin educación nada respetan; ¡pero un hijo mío! Es insultarme suponerle reo de tan estúpido atentado. Usted dice que no atiende, y le citaré pruebas de que no es cierto: en casa estudia sus lecciones de música, y el profesor está satisfecho; ayer mismo decía que puede la criatura entrar en el Conservatorio. Nunca tuvo que aplicarle castigo alguno, ni dirigirle la más pequeña reprensión, porque para desarrollar su inteligencia no es preciso decirle una palabra más alta que la otra.

—Según veo por lo que usted me dice, su hijo no es el Bineau de mi escuela; el que viene aquí es un bribón que haría condenar á un santo. ¿Sabe usted lo que fraguó con su amigo Canivet, otro buena pieza? Tienen ojeriza los dos á mi Carlos, una criatura mansa como un cordero, y nunca juegan sin maltratarle; además, hace ocho días, cuando Carlos entró en su alcoba, no encontró la cama. Ni colchones, ni almohadas, ni sábanas, ni nada. Oí que decía: «Mamá, no encuentro mi cama». Mi esposa creyó que fuese algo de brujas; yo temí que hubieran entrado ladrones; sin embargo, era difícil sacar una cama entera sin ser visto. Entro en el refectorio donde los pensionistas cenan. «Señores—les dije,—la cama de Car-

los ha desaparecido súbitamente.» Ninguno pudo contener la risa y soltaron la carcajada. Sin duda los culpables eran muchos. «Advierto—proseguí con seriedad—que á todos los que tengan la insolencia de reirse les haré conjugar quinientas veces el verbo *reir*.» Habiendo recobrado mis alumnos la tranquilidad, les pregunté si alguien había entrado en casa. Respondieron que á nadie habían visto. Les di una hora de tiempo, después de la cena, para encontrar la cama perdida. ¡Estaba en el sotabanco! El hijo de usted y su amigo habían hecho el milagro.

—¿Y usted supone que doy crédito á esas historias? El niño es débil, y aun cuando Canivet le ayudara es imposible que subieran los colchones al sotabanco.

—Eso precisamente me asombra. Dos muchachos que parecen dos cerillas, y en sus travesuras levantarían montañas. Afortunadamente hay pocos de su condición.

—¿Y cómo al encontrar la cama resultaron autores del hecho mi hijo y Canivet?

—Encerré á todos mis discípulos, hasta descubrir la verdad.

—Mi niño es tan bondadoso, que le juzgo capaz de confesarse culpable para salvar á sus compañeros.

—Desgraciadamente para él, mientras disponía el traslado, la cocinera le vió. Entonces preferí no decirle á usted nada; pero lo de hoy, lo de los quinqués, me parece un atentado muy digno de castigo; es un atentado en regla.

—Viva usted tranquilo, Mr. Tanton; eso no sucederá más.

—¿Le ha reprendido usted enérgicamente?

—No le dije ni le diré nada; pero aquí no dará nuevos motivos de queja, porque lo saco de la escuela para llevarlo al colegio mañana mismo.

—¡Al colegio!

—Al colegio: irrevocablemente.

—Muy bien; pero mientras me quiten alumnos como el hijo de usted, me hacen favor.

—¿Tiene usted discípulos más inteligentes y sensatos?—preguntó Mr. Bineau amostazado.

—Sí; educo á muchachos pobres, y valen más, ciertamente, que los hijos de familias distinguidas.

—Guarde usted con mucho cuidado á sus alumnos pobres, porque yo le aseguro que las familias distinguidas no seguirán confiándole mucho tiempo la educación de sus hijos.

—No tienen ustedes en las oficinas un solo escribiente que no haya pasado antes por mi escuela. Y, pues me obliga usted á decirlo todo, sepa que le compadezco á usted y á su esposa por tener un hijo tan poco inteligente y tan malintencionado. Dentro de algunos años ha de acordarse usted de lo que ahora le digo.

Esta conversación, de la cual salía Mr. Bineau profundamente disgustado, hizo perder á Mr. Tanton siete alumnos. Mr. Canivet, como el jefe de negociado, trasladó al colegio á su hijo. El oficial primero, el segundo y el ordenanza creyeron prudente imitar la conducta de Mr. Bineau, quien, durante los dos meses de vacaciones, trabajaba encarnizadamente contra la escuela Tanton. Suponía que se interesaba más el maestro por los menestrales en perjuicio de los burgueses, y que distinguía en sus enseñanzas á los pobres, demostrando así la ordinariez de su espíritu.

Por su parte, Mr. Tassin tampoco se dormía sobre sus laureles, haciendo sin cesar mejoras en su colegio.

Dos alumnos que recibían gratis la enseñanza en el establecimiento, después de haberse adiestrado en el tambor, batían el parche como verdaderos tambores de regimiento y llenaban la villa con su acompasado *rataplán, rataplán*.

Durante las vacaciones, algunos aficionados á la música recibieron la visita de un anciano, fuerte aún, que se presentó como antiguo director de orquesta del Circo Olímpico; enviado al colegio para dar lecciones, hizo muchos ofrecimientos á los *dilettanti* que desearan servirse de sus aptitudes en las tertulias. Este profesor, que se llamaba Ducrocq, llegó al tiempo de disolverse por vigésima vez la última sociedad filarmónica de Laon.

Ninguna sociedad de este género duraba un año. El reducido número de instrumentistas, la deplorable ineptitud y el inmenso amor propio de cada uno, hacían toda unión imposible.

El profesor de música más serio de toda la comarca solía

olvidar, entretenido en una partidita de carambolas, á sus alumnos, que le aguardaban inútilmente. Otro, el profesor del hijo de Mr. Bineau, era tachado por su excesiva indulgencia con los alumnos. El tercero, hombre de setenta y siete años, dormía sin cesar y, por un privilegio incomprensible de su naturaleza, cantaba la parte de tenor en los cuartetos, sumergido en un sueño profundo.

Las anchas cejas de Mr. Ducrocq y cierto aire marcial que aún conservaba desde sus años de circo, parecieron á los aficionados algo así como revelaciones felices de un Júpiter que iba por fin á gobernar convenientemente á los músicos ingobernables. Su fisonomía y su reservado carácter, pues era hombre de pocas palabras, le acreditaron á la vez de bondadoso y enérgico, condiciones muy oportunas para ejercer autoridad; y todo recaía en beneficio del hábil director del colegio.

Al volver los colegiales, creóse una charanga compuesta de trompetas de caballería y cuernos de campo: el hijo de Mr. Bineau tocaba un cuerno, y cuando la charanga fué reforzada con un figle, en el cual soplabá echando los pulmones un destartalado profesor del colegio, la música de la Guardia Nacional tuvo que retirarse avergonzada. En dos meses, con doce chicuelos agarrados á las trompetas de caballería y á los cuernos de campo, Mr. Ducrocq había conseguido una victoria.

Esto se notó en la revista oficial, en la que Mr. Tassin y sus colegiales desfilaron detrás de los bomberos, y el entusiasmo rayó en delirio al aparecer los tricornios de los alumnos de cuarto á séptimo año. Esos tricornios, construídos con el mayor misterio en la sombrerería de Vinson, fueron la nota saliente de aquella revista.

Los colegiales, conforme á las instrucciones del director, no llevaban los tricornios como los gendarmes, con las puntas á los lados y la cara descubierta, sino como los elegantes del Directorio, para que la sombra del pico anterior, cayendo sobre la nariz, les diera un aspecto marcial.

El comandante de la Guardia Nacional y el prefecto, cumplieron á Mr. Tassin por la excelente compostura de sus colegiales y la majestad airosa de los tricornios. Por esto el

director no podía ocultar su gozo; marchaba delante de sus músicos, indicando el compás y haciendo con los brazos los mil graciosos movimientos y posturas que hasta entonces realizara solamente la gigantesca batuta del tambor mayor.

El resultado práctico de la revista fué un privilegio concedido á Mr. Tassin para que armase á los veinte alumnos mayores con fusiles antiguos que se oxidaban en los almacenes del ayuntamiento.

El servicio militar adquirió desde aquel día considerable importancia en el sistema educativo de Mr. Tassin; aprendían los colegiales el manejo de la carabina dirigidos por un veterano; aumentóse la charanga con varios instrumentos de aire y mayor número de tambores. El colegio, situado cerca del castillo en ruinas, hizo revivir el espíritu guerrero de la desmantelada fortaleza, como si de nuevo se hospedaran marciales tropas tras sus agrietados muros.

II

El hijo de Bineau, al entrar en el colegio, tuvo por camaradas, además de su íntimo Canivet, á Lamuzeaux, hijo de un labrador, Dondin, hijo de una modista de Laon, y á otros tres bribones que se llamaban Lagache, Robert y Cucquigny. Eran siete, como los pecados capitales.

Dondin cultivaba la especialidad del robo, y mientras los otros distraían al pastelero, tocando todos los dulces como si fueran á elegir uno, él se llenaba los bolsillos de pasteles. También descubría las mejores huertas, los jardines más distantes, los campos mejor provistos, después de lo cual toda la cuadrilla, guiada por él, cayendo sobre la presa, en un instante despojaba los frutales. Manzanas, peras, nueces, melocotones, ciruelas, higos, uvas, todo era recogido y llevado en pañuelos á una gruta de la montaña, donde lo devoraban con la venia del cielo sin duda, pues jamás alguno de los merodeadores tuvo que lamentarse de indigestión.

Lamuzeaux parecía formado para divertir á sus compañeros. Su deforme nariz, sus ojos diminutos y sus orejas inter-

minables le daban una fisonomía risible. Sobre todo las orejas, planas como un papel extendido, sin la menor sinuosidad, pudieran inscribirse, al hacer el pasaporte de su dueño, en la casilla de «señas particulares».

Cucquigny era el pintor del colegio. En cuanto veía una pared blanca, creyéndola un lienzo preparado expresamente para él, en un momento la cubría con mil improvisaciones fantásticas.

Canivet era un constructor y no podía prescindir de Bineau, el destructor.

Lagache, tenía el genio de la cerrajería y lo aprovechaba para sondar los misteriosos pupitres del colegio. Lagache era industrial é industrioso. El colegio de Laon le debe la cría de gusanos de seda; sin embargo, ningún testimonio conmemorativo recuerda hoy al importador de tan útiles animales.

Él y Bineau se consagraron fieramente á la cría de gusanos de seda. Cuando Lagache ofreció á su primo por vez primera una hoja de papel sobre la cual estaban pegados algunos huevecillos, Bineau no supo comprender la importancia de aquel regalo.

—Sobre todo, consévalos bien—dijo Lagache, que tenía genio comercial.

Efectivamente, llegada la primavera, abriendo por casualidad la caja que contenía los huevos, Bineau fué sorprendido por la presencia de los gusanillos que se agitaban y erguían.

—No se te olvide pedir á tu madre las hojas de col más tiernas—dijo Lagache que, siendo pensionista, no podía salir del colegio tan fácilmente como su primo.—Escoge las mejores, y podemos considerarnos dichosos si la col no da cólico á nuestros gusanos de seda. Necesitaríamos hojas de morera, pero no abundan las moreras en la villa; sólo conozco una inabordable y otra en el jardín de Robert.

—Robert nos facilitará un permiso de su padre—dijo Bineau,—aunque aseguran que es muy avaro.

Mientras duraba esta conversación, sostenida en clase, lugar poco á propósito para discurrir acerca de la manutención de los gusanos de seda, Lagache escribía sobre un cacho de

papel: *¿Están en flor las moreras?*, y arrollándolo mucho, hasta dejarlo bien apretado, lo introdujo en un cañón de pluma que llevaba en el bolsillo siempre como arma ofensiva, y soplando por un extremo lanzó el proyectil, que fué á dar en las narices de Robert, muy abstraído en aquel momento repasando sus lecciones. Robert, levantando la cabeza, con una mirada irascible buscó al enemigo que acababa de provocarle, pero una seña de Bineau le hizo ver que se trataba de comunicaciones amistosas y de ninguna manera hostiles.

Desgraciadamente, después de tocar en la nariz de Robert, el papel arrollado había caído bajo la silla del maestro, á quien dijo Robert levantándose:

—¿Hace usted el favor de cortarme la pluma?

—¿No sabe usted cortarla todavía?—contestó el maestro agriamente, porque leía una interesante novela y en aquel momento estaba embebecido en lo más arduo de su lectura.

—Se me ha olvidado el cortaplumas.

—Pues tome usted el mío, y devuélvalo.

—En seguida.

Robert, no sabiendo cómo agacharse para coger el proyectil que se había metido bajo la silla, reflexionó un momento, aparentemente muy ocupado en cortar la pluma. Cuando acabó, lanzóse atrevidamente, introduciendo un brazo entre los barrotes de la silla.

—¿Qué hace usted?—dijo el maestro.

—Señor—contestó el discípulo alzándose con la cara como un pimiento,—recogía los cortes de la pluma nueva para chuparlos: dicen que aumentan la memoria.

—Vaya usted á su puesto y no diga sandeces.

Con la rapidez del sistema telegráfico establecióse una correspondencia entre Robert y Lagache y Bineau, valiéndose de papelitos lanzados con tubos de pluma.

Á la pregunta *¿Están en flor las moreras?* contestaba Robert con estas palabras: *Principian á florecer.*

Bineau escribía: *¿Se pueden coger hojas?*

Robert contestaba: *Papá no quiere.*

Escribía Lagache: *Tú puedes cuando no te vean.*

Contestaba Robert: *Nunca me dejan solo en el jardín.*

—Nada importa—dijo Bineau á Lagache,—yo traeré buenas hojas de col.

—Las hojas de col sólo sirven para mantener ocho días á los gusanos. Luego hay que darles hojas de morera, si no se mueren.

Durante la hora de recreo, la pandilla discutió largamente acerca de los gusanos de seda y su alimentación. Lagache tenía demasiados para poderlos criar en su pupitre, y los repartió entre sus cómplices, acordando que todos prepararían un escondrijo misterioso, para poner á los gusanos en condiciones favorables á su desarrollo. Debían procurar todos abrir lo menos posible sus pupitres, para que no se descubriese la existencia de los gusanos y el maestro hiciera con ellos un destrozo general. Canivet, más prudente, propuso que se hicieran en cada pupitre dos escondrijos; así, en caso de sorpresa, el maestro destruiría solamente los de la estancia que se hallase primero á la vista, librándose los de la otra.

Ocho días pasaron así. La señora de Bineau se cansaba de oír á su hijo pidiéndole con insistencia hojas de col.

Lagache, al fin, dijo á Bineau:

—Robert es un cobarde que no se atreve á darnos hojas de morera.

—Tienes razón.

—Pues hacen falta mañana, sin remedio; todo el trabajo se pierde si no traes mañana hojas de morera.

—Es imposible que las traiga. La morera de Robert está puesta de modo que, después de apedrearla durante mucho rato, ayer no pudimos alcanzar ni una hoja.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Elementos de geometría pura y de trigonometría rectilínea, por J. M. BARTRINA Y CAPELLA, *catedrático de matemáticas del Instituto de 2.^a enseñanza de Barcelona. Primera edición.*—Barcelona, 1898.—En 4.^o, 305 páginas con 498 figuras en el texto.

Primorosamente impresa y con tal cuidado corregida que no llegan á media docena las erratas, acabamos de recibir la obra que ha dado á la estampa el docto profesor Sr. Bartrina, cuyas brillantes oposiciones á la cátedra que dignamente desempeña tuvimos la suerte de presenciar. Una vez con motivo y más sin él se habla y murmura de los libros de texto, tachándolos de malos y caros. Se olvida que es ardua empresa la de componer una obra didáctica y que en nuestro pobre país se hallan tan mezquinamente retribuídos los catedráticos, que se les hace imposible la vida á no procurarse un suplemento.

Pertenece el Sr. Bartrina á la grey de jóvenes entusiastas y laboriosos que se apartan de las tentaciones de la política, que halaga con triunfos fáciles, tan fáciles como tornadizos, para dedicarse pacientemente al estudio de la ciencia. Alcanzó Bartrina en buena lid, como antes dijimos, la codiciada cátedra del Instituto barcelonés, y no se apresuró á hilvanar un libro de texto, sino que dedicóse á ordenar sus vastos conocimientos, á meditar, y fruto de cuatro años de constantes esfuerzos es el libro que nos ocupa. Divídelo en dos partes el Sr. Bartrina, denominadas *geometría racional* y *geometría euclideana*, en las cuales expone los fundamentos de la ciencia con una sencillez y claridad que cautivan. No hemos hecho más que hojear rápidamente el volumen, y confesamos que nos encanta el acierto con que el Sr. Bartrina ha sabido exponer todas las cuestiones, despojándolas de su aridez. El estilo es correcto y sobrio; las demostraciones, rigurosamente lógicas.

Ya que nosotros, por la índole de esta REVISTA, nos ceñimos tan sólo á anunciar la publicación de un libro de texto excelente, seguros estamos de que los periódicos profesionales tratarán extensamente de la obra del Sr. D. José M. Bartrina y que los compañeros de éste le enviarán calurosos plácemes, á los que se anticipan los nuestros, no por humildes menos sentidos.

*
* *

Leçons de géographie physique, por A. DE LAPPARENT, *del Instituto. Segunda edición corregida y aumentada.*—Paris, Masson y C.^a, editores.—En 4.^o, XVI-720 páginas con 163 figuras en el texto y una lámina cromolitografiada: 12 francos.

En menos de dos años se han agotado los 2.250 ejemplares de la primera edición: esto demuestra lo útil del libro y lo oportuno de la tentativa hecha para asentar la geografía física sobre su verdadera base, es decir, fundada en el conocimiento de las condiciones genéticas de las formas terrestres.

No debe sorprendernos tan buen éxito, porque es la primera obra en Francia en la cual se exponen los datos principales de la física del globo desde el punto de vista de la ciencia contemporánea, esto es, considerando especialmente las causas que han producido las formas geográficas y la historia de su evolución. El lector puede aprender en ella la teoría al propio tiempo que la práctica. La teoría, que no es más que la de los fenómenos actuales que se estudian en geología, comprende el primer tercio del libro; la aplicación está en la interpretación de las formas de Europa descritas con más ó menos detalle y en la de otros continentes de los cuales se habla con más brevedad. La mayor parte del volumen lo consagra á ese análisis.

Al leer varios de los capítulos de la obra, entre otros los que tratan de los diversos tipos de costas y de sus modos de formación, pensábamos que es imposible resumir con mayor acierto observaciones precisas y hechos numerosos bien caracterizados, y expresar tantas cosas en lenguaje más claro, sencillo y elegante.

Pero esta segunda edición de las *Lecciones de geografía física* no es, ni mucho menos, una reproducción de la primera. El ilustre académico tiene por costumbre no quedar nunca satisfecho de sus libros; los da á la estampa y al punto comienza ya á perfeccionarlos. Lo prueban así las tres ediciones de su gran *Tratado de geología* y las dos de su *Curso de mineralogía*.

Esto acontece con la que nos ocupa, cuyo texto aparece aumentado en 128 páginas y los grabados en 46. Añade dos lecciones nuevas: una relativa á la morfología de los océanos, estudiada á la luz de las últimas cartas batimétricas; otra á manera de ensayo, mitad didáctico y mitad crítico, del difícil punto de la clasificación de las montañas, punto que ha llevado á los autores alemanes á establecer una nomenclatura sistemática que al Sr. Lapparent le parece prematura por lo menos.

Vemos con satisfacción que el autor dice en el capítulo que dedica á la Península Ibérica que ha tomado buena parte de él de las producciones dadas á luz por nuestro insigne compatriota el Excmo. Sr. D. Federico de Botella.

Mucho conviene que en España se generalice el conocimiento de la notable producción del sabio geólogo francés, porque acabará influyendo poderosamente en la enseñanza de la geografía.

*
* *

Otras publicaciones.

Memoranda, dictario y agenda para el mes de Octubre. Administración, calle de la Madera, 27, Madrid.—Cada vez resulta más útil este librito, que contiene multitud de datos y además 31 páginas en blanco para notas.

El Eco de Galicia.—Sale á luz en Buenos Aires esta excelente revista, bajo la acertada dirección de D. Manuel Castro López. En el número de 30 de Agosto último aparece en primera plana un primoroso retrato del entendido médico y notable poeta de Lugo D. Jesús Rodríguez López. Elogia aquel periódico como se merece al inspirado autor de las obras tituladas *Cousas das mulle- res* y *Pasaxeiras*, al que en sus producciones literarias se muestra gran observador de las costumbres de su tierra, y al que en su libro *Las preocupaciones en medicina* prueba su mucha erudición y buen sentido.

San Rafael. Academia de estudios superiores. Carreras militares, ingenieros civiles, arquitectos y derecho. Madrid, Infantas, 34. En 8.º, 32 páginas.—Se ve hojeando este opúsculo el orden y los envidiables resultados del importante centro docente que dirige el ilustrado capitán de Estado Mayor D. Francisco de Rute.

Guía oficial del servicio diario terrestre y marítimo de la administración principal de Correos de Barcelona. Núm. XXX. En 8.º, 96 páginas, 0,50 de peseta.—Ha obtenido gran acogida esta *Guía*, porque presta verdadero servicio dando á conocer noticias de general interés.

Amor y llanto. Colección de leyendas históricas originales de María del Pilar Sinués. Cuarta edición. Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1898. En 8.º, 430 páginas, 4 pesetas.—En poco tiempo se han agotado tres ediciones de esta interesante obra, cuyo poético título se acuerda perfectamente con su contenido. Se denominan las preciosas leyendas: *La corona de sangre*, *La diadema de perlas*, *Luz de luna*, *La princesa de los Carpios* y *La hermana de Velázquez*.

Reglamento del Colegio del Cardenal Mendoza. Director y propietario D. León Fernández, capitán de Infantería. Guadalajara, 1898. En 16.º, 15 páginas.—Además de la segunda enseñanza hay en aquel centro una sección que comprende los conocimientos necesarios para aprobar las asignaturas del preparatorio en las facultades de Derecho, Filosofía y Letras, Farmacia, Medicina y Ciencias. Cuenta con un lucido cuadro de profesores.

A.